





*En busca de la  
Perla Azul*



RAMIRO CALLE & VÍCTOR M. FLORES

*En busca de la  
Perla Azul*



© RAMIRO CALLE & VÍCTOR M. FLORES, 2015  
© ARCOPRESS, S.L., 2015

Primera edición: abril de 2015

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

COLECCIÓN ENIGMA • EDITORIAL ARCOPRESS  
Director editorial: JAVIER ORTEGA  
Edición: ÁNGELA JIMÉNEZ

Imprime: LINCE ARTES GRÁFICAS  
ISBN: 978-84-16002-21-4  
Depósito Legal: CO-359-2015  
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Cuando era joven, queriendo parecerme a un tigre, abandoné mi casa natal para recorrer el mundo. Ha pasado el tiempo, y ni siquiera he conseguido parecerme a un pequeño gato doméstico. Si me preguntas qué pienso te diré que sigo siendo el mismo, pero más viejo.

*Riokan*, RABINDRANATH TAGORE



## Índice

<i>Introducción</i> .....	11
Capítulo 1: Benarés .....	15
Capítulo 2: Shakti y Shívá .....	37
Capítulo 3: Haridwar.....	49
Capítulo 4: Saddhus, los locos de Dios .....	59
Capítulo 5: Rishikesh .....	67
Capítulo 6: El alma entre los dientes .....	77
Capítulo 7: El Gangotri.....	87
Capítulo 8: El yoga de los yoguis inmortales.....	95
Capítulo 9: Calcuta.....	105
Capítulo 10: Nacer y morir, renacer y no morir .....	121
Capítulo 11: Delhi.....	129
Capítulo 11: La trascendencia y la intrascendencia .....	145
El barrio de Goya.....	155
Masaya .....	165
<i>Epílogo</i> .....	181
<i>Agradecimientos</i> .....	187



## INTRODUCCIÓN

Este libro es un colofón, en forma epistolar, de las extensas conversaciones que Ramiro y yo hemos sostenido a lo largo de los últimos años y que han dado lugar a dos libros previos, *Donde meditan los árboles* y *El camino de la hormiga*, en los que ambos manteníamos una serie de entrevistas aliñadas con un repaso a nuestra biografía, nuestra intimidad, como una forma de explicar el origen de cada pregunta, si uno era capaz de leer entre líneas, de la búsqueda *más allá de los espejismos*, una constante que se repetirá en cada página: vivir fuera de la ilusión, lo que en el yoga llamamos el mundo Mâyâ.

*En busca de la Perla Azul* debería ser el cierre de una trilogía y un homenaje al Ramiro viajero, el último gran explorador de la India y de quien Jesús Fonseca ha descrito como un «*caminante convencido*». Más de cien viajes al corazón de la India le han convertido en un peregrino universal. Por la India han pasado Víctor Hugo, Arthur Schopenhauer, Vicente Blasco Ibáñez, Ralph Waldo Emerson, Carl Jung, Thomas Carlyle, Alejandro Magno, Mark Twain, Mircea Eliade, George Gurdjieff... Grandes peregrinos que, al igual que Ramiro, nos han transmitido su fascinación y su enorme herencia cultural. En los libros anteriores, salpicábamos algunas páginas, inevitablemente, con vivencias y recuerdos de esta inmensa tierra.

Son innumerables las cenas que hemos concluido charlando sobre las dualidades y sabores de la India. Gran parte de mis rutas por este país, o salirme de las que había previsto, se las debo a las indicaciones de Ramiro. De este modo, conocí a

los *swamis del tercer ojo* o visité mausoleos ensombrecidos por el Taj Mahal pero de comparable belleza. Ni uno solo de mis viajes ha estado al margen de la prodigiosa memoria de Ramiro, de sus libros o sus guías de viaje.

A nivel particular, es el cierre de una forma de vida. Arranca en el mismo punto de la edición ampliada de *El camino de la Hormiga*: el momento preciso en el cual había tomado la decisión de abandonar España y dirigirme a empezar de cero en Centro América, saliéndome de mi zona de confort, ese área psicológica que nos hace sentir seguros pero en la que no suceden las cosas mágicas. No nos embriaga, pero, cuando no la saboreamos, la añoramos como al pan en la mesa. Esta *zona muerta* no permite el aprendizaje, ni la experimentación, ni enfrentarse al miedo, al error o andar en soledad.

El día que sentí lo que Ramiro llama la *Nostalgia del Ser*, es decir, la gran carencia que supone la separación con el Absoluto, encontré el yoga. Fue esa llamada lo que me invitó a buscar más allá de las apariencias, rompiendo el *espacio de confort del alma*, y así encontrar un sentido a la vida más allá de los fines de mí mismo, en lo que Ramiro describe como *la senda que va de la periferia al centro, de la personalidad a la esencia, de lo adquirido a lo medular*.

Pero la misma dinámica que me impuse de investigación en esta *senda* durante más de quince años, se volvió un nuevo espacio de confort: el reconocimiento que me tenía una parte de la comunidad de practicantes de yoga, me había vuelto más mediocre y, a su vez, era como un refresco en pleno calor del verano. Me di cuenta de que mi ego no se había acomodado de nuevo. Fui consciente de ello el día en que me desperté angustiado porque había soñado con la muerte. Le volvía a tener miedo, temor que había erradicado de cuajo al comprender que mi *uno* era el Uno.

Ramiro dice que, estando o no infectados por la hipnosis fenoménica, en cada uno de nosotros se termina constelando un eco de finitud, un recuerdo de otra realidad enmascarada bajo la apariencia. En mí volvía a resonar como la campana

de un barco que estuviera en un mar encrespado y sin playas que no fuesen de pura roca. Mientras vivía en este ejercicio de observación, me encontré con el espejo de una profesora de yoga y gran activista social, a quien rebauticé con el nombre de *Maga*, la protagonista de *Rayuela*. Ella me hizo ver que Víctor tenía que reencontrarse con Víctor. Y nos convertimos en dos que, en sus palabras, *ya no servían para nada sin olerse previamente*.

Ramiro fue quien más me animó a esta aventura, incitándome a ver continuamente las muchas ventajas que suponía plantar una nueva semilla de yoga en América, como ya hacía Gustavo Plaza en Ecuador, o convertirnos en yoguis itinerantes, como Baptiste Marceau. Muy alentado con su consejo, dejé mi instituto de formación en las mejores manos posibles, que fueron las de Belinda Christensen, quien llevaba seis años como asistente de mis cursos y pedagoga, y me trasladé a la ciudad de Frankfurt, donde la mujer que me iba a desarraigar de España llevaba un pleito por la custodia de su hijo. Una vez resuelto, nuestro objetivo era viajar primero a Nicaragua, su tierra natal. Para mí era la forma de buscar de nuevo a *la Perla Azul*, pues *la Serpiente de Luz* había abandonado el Tíbet, y, con ello, Asia, tras trece mil años de residencia, para hacer su nido en algún lugar de América. Alojarme cerca de la Kundalini planetaria era una forma de acortar distancias con la Verdad Suprema, pese a que, teóricamente, la red electromagnética de la Tierra irradiase sus atribuciones hasta el rincón más íntimo de este mundo.

La búsqueda espiritual en el yoga comienza y acaba en esta *Perla*. Lo que no sea su búsqueda, supone no volver a la casa. Quien está perdido y quien encuentra, siempre es el mismo. Pero quien ha visto a *la Perla Azul*, ya no.

Aparentemente sigue siendo carne transitoria, un conjunto de tejidos que cubren vastas redes de circuitos nerviosos, vasos sanguíneos, estructuras óseas de sustentación, sacos viscerales, órganos motores y pensantes, órganos destinados al placer y residencia de un alma inmortal. Como el autista o la persona

en coma, su mente es un misterio. Vive en otro plano, no en otra realidad. En otra realidad viven los locos. Creen que los cajeros automáticos les hablan o que les espían sus vecinos. El *plano* es una *suprarrealidad*. Nuestra sociedad suele interpretar a la muerte cerebral con la misma muerte, cuando, en realidad, esta es un fenómeno irreversible. El yogui es *un muerto en vida*, por cuanto *ha cesado a la mente*, según la entienden los países industrializados pero no ha cedido su cuerpo a la muerte, pues sigue con la función vital que es el procesamiento del *prâna*, o sea, la respiración. Esto indica que cuerpo, mente y espíritu son indistinguibles. En el yoga, nos dicen que este es su unión, pero esa descripción es bastante simple, puesto que quien está separado de su mente, está dormido, y quien lo está de su alma, está muerto. *La Perla Azul* es la manifestación, únicamente una vez visible, de la muerte cerebral, de la sabiduría suprema. En *El Yogui*, Ramiro describía *la Perla Azul* como una luz tan intensa como sosegadora, y que absorbe el pensamiento, lo que permite establecernos en nuestra fuente, que es donde se constela «La Fuente». Es el sustrato sobre el que se despliega toda la exuberancia del Absoluto, más allá del juego de espejos de los fenómenos.

Se encuentra más allá de *la Perla de Plata* y más allá aún de *la Perla Dorada*. La vislumbramos en todo su esplendor no más de unos segundos, pero esta visión tiene repercusiones en la eternidad, no solo para el individuo, sino para el mismo universo, dado que la conversión del ser en el *Súper Ser* supone una conmoción cósmica.

Pero no deja de ser un símbolo, pues cada buscador espiritual puede vivirla a su manera. *La Perla Azul es esa joya cimera que hay que conquistar en uno mismo —me escribió—, que se ha dicho de ella que es como un sol de soles, que relumbra en el séptimo loto, Sahasrara.*

Llegó el mes de marzo con un clima inusual en Frankfurt, casi primaveral, cosa que me alegró bastante porque llevaba dos semanas con mis botas desgajadas y, pese a que usaba calcetines muy gruesos de lana, siempre tenía los pies fríos.

## CAPÍTULO 1: BENARÉS

*Recuerda: Lo que no descubras de bueno y malo en Benarés, no lo encontraras en ninguna otra parte de la tierra. Rajá Rao*

*Once de marzo de 2014*

Querido Ramiro, por fin he dejado Alemania. Y, con ella, Europa.

Alemania me ha reportado noches memorables en la Ópera y *Glühwein*, un vino caliente con especias que se toma para celebrar el adviento; eso sí, el precio ha sido bastante elevado. Dicen que hay dos tipos de alemanes: el alemán loco y el alemán aburrido. El primero no vive en Alemania.

Uno de sus locos, Günter Grass, dijo que América era la tierra donde la gente encontraba lo que había perdido. Ese es ahora mi objetivo. Sin embargo, también me he dado cuenta de que tampoco puedo separarme de la extendida piel de toro de España. Los españoles, cuando decimos *madre*, recordamos inmediatamente no el vientre del que venimos, sino la tierra que nos vio nacer. Quizá por eso somos los únicos que viajamos con nuestro vino, embutidos y quesos en la maleta.

Salí de nuestro país hace ya seis meses con cierto sabor agri-dulce. Por un lado, me acompañaba ese proyecto de difundir el yoga, a nivel *latino*, en un lugar donde aún esta disciplina es

una gran desconocida. Este plan me excita sobremanera. Las ideas bullen por mi cabeza como partículas atómicas agitadas en un contenedor.

Por otro lado, *Maga* ha tenido que dejar a su hijo atrás. Su padre biológico se lo entregará, según el acuerdo de tutela compartida, en el mes de mayo; *Maga* está destrozada, presa de la fiebre de la separación. La relación con ella se vuelve por momentos difícil, incluso apagada, lo que hace que me centre cada vez más en mi futuro que en mi presente. En ambos, me presiento sin ella. Se ha vuelto en exceso tirana, con un continuo y repelente gesto de apuntarme amenazadoramente con el dedo índice cuando algo no le cuadra de mí, sin percatarse de que al hacerlo otros tres dedos las apuntan directamente a ella.

Dentro de un año o dos, quizá tres, no sé (*Maga* no termina de aclararme las cosas nunca, sumergiéndome en una confusión continua que termina por enojarme, por hacerme sospechar que me oculta algo que no me quiere revelar) debe volver a Alemania y cederle la custodia de nuevo. Le he planteado la alternativa de, llegado el momento, establecernos en Barcelona y crear un puente aéreo *yóguico* con lo que sembramos en América y, a su vez, con el hogar de su hijo. No le convence la idea, terminamos discutiendo.

Miro por la ventanilla del avión. El calor de Managua revienta. Me recuerda mi primer viaje a India, que no se inició en India sino en baie d'Ungava, la península del Labrador.

Cierro los ojos, y, como la memoria de los que se están ahogando, me veo en el círculo polar ártico, a donde he llegado imbuido de mi pasión por los desiertos. El desierto es como interpretar el silencio, o una mirada, o ver la tristeza detrás de una sonrisa. El desierto es la hoja en blanco de un libro escrito con una muy hermosa caligrafía, como la letra de un Corán.

Con dieciocho años, ya había aprendido que lo más importante de la vida lo encontraría entre los muslos de una mujer y recorriendo el mundo. En cuanto pude, recorrí cada café y callejón de París, Florencia o Praga, ciudades adoquinadas con conspiraciones, revoluciones, amores crepusculares, exiliados.

De los balcones de ciudades así, se han defenestrado ministros; en sus plazas públicas, se han ahorcado y destripado a herejes; en sus sótanos, se han diseñado relojes, vacunas, gabardinas. Por sus puertas han desfilado los tanques de los soviéticos, los cascos de acero, las picas, los fusiles.

¡Viví tantas experiencias! ¡Tantos viajeros compartiendo tabaco, direcciones de los mejores *hostels*, tabletas de chocolate, chicles, cannabis!

Un día me di cuenta de que Europa se me había acabado; en algún punto de su geografía, los *bidonvilles*, los burgos, se repetían invariablemente: los puertos estivales, los castillos sobre macizos rocosos, los manzanos, la cerveza, la col agria... Para mí llegó el momento de mirar a otras latitudes. Empecé entonces un viaje de un mes a Shaṭṭ al Jarīd, una de las mayores superficies saladas del planeta, al sur del último reducto arbóreo del África norteña, Bouhedma. Y allí me encadené a ese vacío absoluto de árboles, rocas, palmeras. Solo arena, restos de sal de lo que un día fuera un mar. Ningún paisaje es comparable para mí a un desierto. Mahoma y Jesús se iluminaron en soledad porque solo así es posible sostener al *desierto mental*, si bien Buda lo hizo bajo una higuera. No dudo que alguien pueda iluminarse en un avión, claro, pero no creo que su iluminación deje de ser un abrir y cerrar de ojos hacia lo Innombrable.

Allí fue la primera vez que vi, al margen de esas manchas de agua que se perciben sobre el asfalto caliente, lo que los italianos denominan *fata morgana*, un espejismo. Poco podía suponer que mi vida estaría ligada a ese fenómeno de refracción, densidad y convexidades de luz, aire y trayectoria, dado que el mayor espejismo que haya podido contemplar es el de Mâyâ. El yoga no se ve afectado por la temperatura ni por la refracción del mundo material, Ramiro. Tú sabes perfectamente que, más allá del horizonte, no hay un alcázar negro, ni una caravana. El yoga revela que, al margen de lo que nuestra mente construya por efecto del calor o por la redondez del planeta, todo es un

espejismo, salvo el alma, sustrato atomizado de un alma más grande aún.

Desde Shaṭṭ al Jarīd hasta el polo norte habían pasado más de una docena de desiertos, muchos kilómetros a la espalda, pérdidas de avión y de kilos, robo de equipajes, el paso de idiomas guturales a silbantes, de seres de pelo rubio y lacio a seres de pelo negro y rizado. Habían pasado los sabores de la papaya, el malinche, los dátiles. Pero, por primera vez, llegué a la tundra, frontera salvaje de una ciudad impronunciable para nuestro idioma, Kangiqsualujjuaq, unida a sus bosques boreales con Quebec por la llamada ruta transtaiga.

La tundra es un desierto pantanoso de líquenes y musgo. Más al noroeste de donde me encontraba, se hallaba el *permafrost*, el hielo perpetuo.

La primavera no llegaría a tiempo para mí en el pasado, obligándome a vivir un invierno inoportunamente largo. Como hacía un frío terrible, llevaba tres días en los que apenas salía de la cabaña donde me hospedaba, y mucho menos del poblado. A veces, me asomaba al exterior para echar un cigarro u observar con un cristal roto de unas gafas de soldador, el halo alrededor del sol gracias a las partículas de hielo que flotaban en el aire. Cada desierto tiene su propio mundo Mâyâ y en los desiertos helados no hay columnas de camellos imaginarios ni peregrinos fantasmas, sino anillos alrededor del sol.

Un día, mi casero, Nanuk, me dijo que me quería presentar a un tal Jack, un amigo íntimo al que había invitado a cenar. Y esa noche efectivamente vino con él, debajo literalmente del brazo y envuelto en papel de periódico. Se trataba de una botella de *Jack Daniels*. Mientras nos servíamos unos tragos en vasos *chatos*, Nanuk y yo charlamos amistosamente. Cuando me preguntó qué me había llevado hasta allí, le dije que quería aprovechar el deshielo para descender por las aguas bravas del río pero que, desafortunadamente, ya me habría marchado para cuando llegara el calor. Nanuk me explicó que, para su pueblo, el frío era vida. Al parecer, cuando hace calor, los hielos se derriten y los cachorros se ahogan. Cuanto menos hielo,

menos focas. «Nosotros somos hijos de la nieve —me dijo—. Tú, en cambio, deberías buscar el sol».

—Sí —le dije, con cierta dificultad para pronunciar palabra gracias al *bourbon*— creo que voy a ir a buscar al sol en la tierra del sol... Quizá India.

Después de dos tragos más, Nanuk me preguntó sobre el número de habitantes que tendría la India, a lo que le respondí que *cerca de mil quinientos millones*. Muy divertido me dijo que en Kangiqsualujjuaq eran seiscientas almas que compartían entre todos algún familiar. Luego me preguntó:

—Pero, ¿a dónde irás entre tanta gente sin perderte?

Miré a Nanuk, intentando disimular el hecho de que me si volvía a beberme a su amigo *Jack* quizá ya no podría levantarme sin dar traspies. Guiñé un ojo y, con el que me quedaba abierto, miré a través de mi vaso, lleno hasta la mitad de *bourbon*, apuntando al fuego de la chimenea. Las llamas bailaban líquidas, y todo era indistinguible y difuso. Recuerdo perfectamente que pensé que cuando vaciara el vaso en mi garganta, me tragaría también el fuego, no sé por qué. Ese era mi propio *Mâyâ*, mi propio espejismo personal. No era el habitante ocasional de un desierto, sino que *yo mismo era un desierto*. Ya estaba perdido en mitad de la nada. También pensé lo difícil que le tendría que resultar a los *inuit* imaginar una calle sin nieve, una calle atestada de gente y vacas, con paredes pintadas con esvásticas rojas y dioses azules, vestidos con un *dhoti* de piel de venado. Pensé que quizá lo mejor era quedarme allí sentado, ver cómo caía de nuevo la nieve en la oscuridad de la noche, observar a la luna con su propio halo y escuchar el silbante viento por encima de las turberas. Cómo una pregunta podía sugerir tantos pensamientos, a tal velocidad y centrados luego en un solo nombre, Benarés, otro desierto habitado por miles de espejismos que mugen, que gritan, que andan, que cantan.

*Catorce de marzo*

Querido Víctor: Desde siempre he sentido la llamada de la India. Siempre vivió en mí su voz, repitiéndose y repitiéndose en mi mente. Para mí la India, como para ti, se convertiría en un vehículo para viajar de mí a mí mismo. La India es un viaje interior que te lleva a otro planeta. Siempre fascina. Es donde se generan todas las emociones que nos podamos imaginar. Lo que engancha de este país es que te pone en jaque constantemente y te obliga a luchar. A veces prometo que jamás volveré a la India porque es como un mantra: lo mismo nos hace sufrir como nos hace gozar. Es enormemente desmesurada, inagotable y te somete a presiones que te hacen cambiar los esquemas de tu mente.

Mis anhelos me condujeron a realizar, al día de hoy, más de cien viajes a la India. Las primeras veces por la búsqueda espiritual, esas inquietudes que habían comenzado con mi madre, una mujer dotada de una gran sensibilidad artístico-mística, que me aconsejó leer, muy joven, libros como *Kim*, *los Ojos del Hermano Eterno* de Stefan Zweig y, sobre todo, *Siddhartha* de Hermann Hesse. Todas me hicieron soñar con ese país enigmático, hollados sus senderos por los pies de los ascetas, tribus nómadas, *sannyasines* (renunciantes) y todos buscadores de lo Absoluto, al que allí dan el nombre de *Brahmán*.

¡Oh, la India! ¡Qué diferencia abismal entre la India ensañada y la India real, entre la India de los románticos del espíritu y esa India a veces despiadada y brutal, que nos muestra los rostros más amargos! ¡La India mítica y la India de hoy en día! La India como referente místico y cuna de las culturas espirituales más refinadas y la India atrocemente materialista, donde las desigualdades sociales son espantosas, donde los ricos exigen a sus empleados un servilismo vergonzoso y abyecto, donde impera la corrupción, la violencia detrás de la máscara de la no-violencia, la extrema superstición...

... pero amo la India. Y mucho. Por ello le dediqué mi libro

«*La India que amo*». La India siempre nos asombra. Después de tantos encuentros con ella, salpicados de gozo y sufrimiento, sigue despertando mi continua sorpresa.

Viajar por la India es emprender, simultáneamente, un fecundo y no siempre fácil viaje introspectivo. La India es prueba, es desafío, es hallazgo y es trascendencia. El mensaje del signo más allá del signo, de la Sabiduría Intemporal que ha movilizadado a todos los genuinos buscadores de todas las épocas y latitudes.

Mucho se puede escribir y decir sobre la India, pero ella está más allá de las palabras. Se puede penetrar y conocer, pero solo hasta cierto grado. Tiene siempre algo de incognoscible.

La senda de la India es la senda sin senda. Hay que indagar en ella sin falsas expectativas; explorarla desenmascarando cuánto tiene de superchería. Si uno ha elegido la India es porque, en realidad, la India le ha elegido a uno. La India modifica el nivel de conciencia, abre las compuertas del inconsciente y le enfrenta a uno al desnudo, consigo mismo.

Ha sido la tierra de las más desarrolladas civilizaciones y de esos míticos místicos, *los señores de la luz*, que han brindado mapas espirituales incomparables, portadores de la sabiduría perenne. Es el país de los *prajapatis*, emanaciones del dios Brahmā que se pueden encarnar, una y otra vez, en sí mismos para velar por el más profundo de los conocimientos.

He amado desde niño este país, donde hay yoguis auténticos y legión de embaucadores, falsarios, mistagogos... Es el país de los *munis* o eremitas, de los *márichi* o colaboradores del Absoluto, de los siete grandes sabios *rishis*, de los cuatro *munindras* o grandes patriarcas del saber silencioso.

En la India, ha florecido una mística muy elevada y una grotesca superstición. Los sabios caminan, codo a codo, con los más lerdos, los más puros con los más desalmados, los *saddhus* con los prófugos de la ley que se ocultan disfrazados de *saddhus*. Es el país de la Shakti, la diosa; la tierra de la Kundalini, la semilla de la iluminación; es la patria de los *jivanmuktas*, los liberados en vida y de los pretenciosos gurús que falsean,

engañan, explotan la enseñanza y se pavonean, abyectos, entre sus discípulos.

He convertido a la India en una gran búsqueda. Viaje tras viaje, la búsqueda de claves místicas, mapas espirituales, ejercicios para abrir el centro del corazón, la compasión, y el mismo centro del entrecejo, la inteligencia en estado puro; la búsqueda de respuestas, más allá de las palabras, para iluminar los interrogantes existenciales; la búsqueda de métodos para acrecentar la consciencia y comenzar a ver y a ser; la búsqueda de prescripciones y técnicas para hallar esa paz interior que es el tesoro incomparable, el bien máspreciado, la orquídea más bella.

### *Quince de marzo*

Querido Ramiro: Aquí el tiempo es como una piedra de horno. El calor te sumerge, te retiene, te preña, lo respiras. En cualquier lugar, siempre hay alguien durmiendo, somnoliento, sudando la gota gorda. Vivimos en Ticuantepe, en la finca de una mujer acaudalada que nos la ha dejado a cambio de que se la cuidemos y hagamos trabajos de mantenimiento hasta su regreso de Miami. Por la mañana, nos despiertan los chiflidos de las aves tropicales, hacemos nuestra *sadhana* y trabajamos. Estoy construyendo un gallinero con ayuda de don Roberto, uno de los ayudantes de la finca. Es un hombre fuerte y cetrino, silencioso, con cerca de media docena de hijos desperdigados por todo el pueblo. En la finca también vive una *doncita*, Jasmina, que se encarga de la limpieza, las compras en las pulperías, coser y remendar la ropa, y de hablar lo que don Roberto calla. Al mediodía, todos hacemos un alto para tomar agua con hielo y naranja agria.

En estos momentos que observo los cañaverales que tenemos enfrente, vuelvo a viajar inevitablemente a Benarés.

Después de visitarla por primera vez, soñaría con ella, impe-

tuosa, pavorosa y férvida hasta el día de hoy, en que se sigue precipitando en mi recuerdo como un torrente de malaria. Sueño como el sol poniente dejaba paso a la noche, al ruego del *arati* que convertía al alma en cristales, temblorosos ante la vibración de los mantras sobre el Ganges.

Ramiro, sueño con sus tinieblas, con toda su majestad decadente, convertida en una flor de loto deshojada por los dioses. Sueño con las estatuas blancas de Lahiri Mahasaya en Chau-sati Lane y que guarda sus cenizas, con su barrio musulmán saturado de telas de tafetán, túnicas, velos, enaguas, burkhas secándose al sol, con el *samadhi* de Swami Trailanga, con el *Panchakhosi*, con sus altos palacios color ladrillo y con los *ghat*, que se sumergen en el río y en la mente de quién los contempla.

Yo llegué a Benarés por primera vez en agosto del año 2007, con un libro tuyo, *Rumbo a la India del Norte y Nepal*.

Mi primera impresión fue muy turbulenta. La noche anterior había tomado el tren en la estación de la capital india, observando, con fascinación, desproporcionadas ratas en los raíles. Una sola de ellas podía devorar entero a un niño de cuna, y hasta los perros las rehuían.

Poco después de que *sobreviviera* a Benarés, me dirigí a Deshonke para visitar *Karni Mata*, el popular templo de las ratas. Se piensa que sus muchas ratas inofensivas, las cuales correteaban por un suelo de mármol blanco y negro mugriento, son reencarnaciones de *saddhus*. Los sacerdotes les dan ofrendas de leche y también muchos feligreses, pues si las ratas pasan por encima de tus pies es como si te bendijeran.

Pero las del templo de Deshonke son animalillos simpáticos. Las ratas de la estación de Nueva Delhi, hijas de la red de alcantarillas, tienen ojos feroces y muy afilados dientes. Todas las noches celebran un festín con los restos de basura putrefacta al aire libre, o incluso con los cadáveres de terneros muertos en las calles. Ese verano amenazaban con convertirse en una plaga por culpa de un extraordinario florecimiento del bambú, lo que, en lugar de riqueza, aportaba una paradójica hambruna en los campos, pues miles de ellas emigraban, des-

trozando y contaminando los graneros mientras se dirigían hacia las costas de Birmania para saltar luego a Filipinas.

Este hecho era el motor económico de los *irula*, antiguos cazadores tamiles de serpientes que, al encontrarse sin empleo, se reciclaron como cazadores de ratas, siendo contratados habitualmente por laboratorios o por comunidades de campesinos desprotegidos ante los ataques de los bestiales roedores. En ese mismo año, en un hospital de Kalkoota, ya se habían dado casos de agresiones a enfermos y ancianos, aprovechándose de su debilidad. Para proteger a los agricultores de la plaga, los *irula* fumigaban los campos con una especie de vasija de barro en la que quemaban matojos, soplando el humo en el interior de las madrigueras hasta sofocarlas por asfixia. El trabajo era realmente duro porque los cazadores inhalaban involuntariamente, en cada una de sus bocanadas, el hollín de los rastros. Con todo, lo preferían a trabajar como peones en las carreteras de Bihar, o vivir, conviviendo con sus mismas presas, de la basura durante los periodos de paz entre ambas especies.

En el tren no pude dormir buscando ratas desde mi litera, apuntando con mi linterna a los pasillos repletos de viajeros que no habían conseguido asiento y se conformaban con dormir en el suelo. De vez en cuando, entre esa multitud apretada de durmientes, podía ver a un pequeño ratón buscando comida o a otro que había robado un empalagoso *laddu*.

El sueño me terminó venciendo. No me intranquilizaba que pudieran portar enfermedades. Viajar a India es asumir que las uñas van a estar perpetuamente sucias y que la higiene en la comida es cero. Gran parte de las ciudades del norte, salvo las zonas residenciales exclusivas o los escasos *mall*, son un lodazal de excrementos. En muchos templos, hay voluntarios batiendo continuamente aguas negras que llegan hasta la altura del tobillo y en la que flotan restos de coco, vegetales podridos y cientos de pétalos de flores. Las miles de vacas cubren de estiércol su paso por las estrechas calles. Llega un momento en que debes aprender a comer con las manos sin ningún remilgo, a no rechazar una cucharadita de agua del

Ganges en un templo, o a mordisquear una galleta mordida anteriormente por un *saddhu* renacido en rata.

Benarés no era para mí solo la decisión que tomé en el Canadá de viajar al sol, sino que suponía visitar la ciudad donde Kabir había compuesto sus obras. Es, además, la ciudad donde Buda puso en marcha *la rueda de la ley* y donde el amanecer es testigo de la lavativa masiva de miles de fieles que van a purificarse al Ganges de forma espiritual, pues el baño físico les pone en condiciones de acudir, limpios de pecados, a solicitar la bendición divina en el *mandir* y conseguir quedar indemnes de las desgracias naturales, tener convalecencias breves o aumentar sus riquezas.

Borges decía que en cuatro palabras se encontraba para nosotros Oriente: *Ultra Auroram et Gangen. Más allá del amanecer y del Ganges...*

Yo llegué más allá del amanecer. Y al bajar del tren fui engullido por una oleada gigantesca de *ratas* humanas. Nada más salir de la estación, una muchedumbre de seres, difícilmente ya reconocibles como humanos, se arrojó sobre mí galopando, cojeando, arrastrándose sobre su vientre o sobre muñones. Eran parte de la legión infinita de mendigos que pueblan la ciudad santa. El asalto de los mendigos desde ese momento sería una constante en todos mis viajes a las ciudades norteñas de India.

Todas las malformaciones posibles tenían en ese grupo humano una representación. Había personas con elefantiasis que movían pesadamente sus piernas deformes apoyándose sobre rudimentarias muletas, cretinos con su abdomen gigantesco, enanos sobre los hombros de familiares que hacían penitencia con ellos, leprosos que habían perdido las manos o la nariz, otros tenían los brazos doblados en ángulos imposibles, tumores extraordinarios encima de la boca, rostros destrozados por una especie de varicela...

Me quedé paralizado y, como si recrease una película barata de zombis, me vi rodeado por media docena de estos infelices, sin saber bien qué hacer, pues al ver mi asombro, se acercaron

mucho más a mí, abrazándome mientras se llevaban la mano a la boca, o lo que quedaba de ella, para indicarme que tenían hambre. A mí me parecía vivir una pesadilla. Conseguí zafarme a empellones, y cuando estaba a un par de pasos de ellos, metí mi mano en el bolsillo y tiré al aire unas cuantas monedas, creando un gran tumulto entre ellos, pues se arrojaron en un círculo sobre estas, como descienden los gallinazos sobre la carne muerta. Huyendo de ellos, perdí tu guía de viajes.

Es tan difícil imaginar cómo son los pedigüeños de Benarés como creer que el Banco Mundial no les considere pobres, dado que para ser considerado como tal, según sus ejecutivos, una persona no puede ganar más de noventa céntimos de euro por día. Los miserables de la ciudad son el estrago viviente de la lepra, de la poliomielitis, de fiebres virales, neurofibromatosis, de la acción de parásitos que vagan libremente por la sangre de los infectados sin que haya tratamientos que lo eviten, y que generan brazos hipertróficos, genitales desmesurados, mamas tumefactas, cráneos con osificaciones anormales o manos macrodácilas.

Los sacerdotes indios no mostraban ninguna piedad hacia los mendigos. Al parecer, las desigualdades por el nacimiento solo son una expresión de una justicia universal e imparcial. Las enfermedades no son sino *p párogas*, castigos kármicos. Cualquiera puede, incluso, reencarnarse en un animal inferior y solo antes de su última reencarnación, vivir en la sagrada forma de una vaca. ¿Renacerán los ejecutivos del BM como leprosos en Benarés o como vacas?

La vida pueden ser una fiesta, la lucha interminable por ser el jefe de la tribu o las caricias que se profesan los hombres y las mujeres en la profundidad de la selva cuando se convierten en selva, pero la gran lección de los mendigos de Benarés es que solo hay tres facetas que deberían preocuparnos: dónde nacer, cómo vivir y de qué manera alcanzar una muerte digna.

Pronto aprendí a no dar limosna. En concreto, cuando compré leche en polvo para una mujer que llevaba un bebé malnutrido en sus brazos. Costaba cerca de seiscientas rupias, un

precio desorbitado. Pero quería ayudar, no soportaba seguir día tras día tomándome un buen desayuno mientras observaba ese desfile interminable de mendigos que se dirigían a los *ghat* para levantarse el *dhoti* y mostrar la herida donde antes nació una pierna. Luego, por esas cosas del azar, vi como devolvía al tendero la bolsa de leche y este le entregaba la mitad del dinero. Me enteré por Rama, el gentil cocinero del *Family Guest House* de donde pernoctaba, que el bebé ni siquiera era suyo. Al parecer, era *prestado* por una madre que se encontraba trabajando en el campo, pues son un recurso muy valioso que no puede ser desperdiciado. Ese día mi ayuda sacó a esa pobre mujer del umbral de la pobreza: había ganado tres euros.

*Diecisiete de marzo*

Querido Víctor: Numerosas veces de mi centenar de viajes a la India he penetrado en Varanasi, la ciudad que tú llamas Benarés. En aquel lugar, hallé a uno de los *saddhus* al que más cariño he tenido de cuantos he encontrado en mis búsquedas personales y a quien llegaste a conocer, Baba Shivananda, descarnado muy recientemente.

Hasta aquí, viajé en una ocasión con mi madre. Un amanecer, cuando el gentío era impresionante y había gran número de cadáveres, y también cenizas, perros de caras famélicas, lisiados y leprosos, mi madre me miro y me dijo: «*Hijo mío, estoy visitando el infierno de Dante*».

Varanasi es una bofetada y una caricia. Es como una bailarina que gira y gira sin descanso y en cada giro te ofrece vida y muerte, refinada espiritualidad y burda superstición, grandeza y miseria, encanto y horror. Es como una alucinación, una pesadilla, y a veces, un sueño. Todo ello, y mucho más, es Benarés, la ciudad más insólita del mundo, un verdadero salto al medioevo, una localidad fascinante, donde todos los rostros se nos ofrecen. Muchos la visitan y parten espantados en cuanto

pueden; para otros es como droga dura y les engancha de tal modo que allí se quedan por años.

¡Oh Varanasi! Siempre sorprende, caótica, bulliciosa, contradictoria y febril; siempre asombrosa, despertando sentimientos muy dispares, un reto a la lógica, un desafío al intelecto, una bofetada a la razón. Más congestionada de cuanto pueda decirse, penetrada por una legión de turistas ávidos de epatarse contemplando las abluciones en el Ganges y la cremación de cadáveres; excepcionalmente ruidosa, escenario de burdas supersticiones, pero también de yoguis y anacoretas.

Tal es la paradójica y difusa Varanasi, que atrae y rechaza, imanta y repele. A hombros, en automóviles, en autobuses, en carretas, en bicicletas, en trenes, llegan los cadáveres, a miles, a la ciudad de Śhivá. A veces uno halla un cadáver sobre un ciclo-rickshaw, a la espera de ser transportado, mientras el que lo conduce se ha ido a orinar o se está fumando un *bidi*.

Siempre que voy a Varanasi paseo en barcaza por el río o hago excursiones por el mismo a lo largo de todo un día. Cierta día, de súbito, una barca se adentra en las aguas fangosas del río más penetrado del mundo y una criatura de muy corta edad, envuelta en un trapito blanco, sin siquiera un sudario decente, es sumergida en el agua, mientras su padre llora desconsoladamente. Viaja por las profundidades del río hasta el seno de Shivá. El padre quizá acepta su implacable Dharma, pero eso no parece darle consuelo.

Callejuelas sucias y malolientes; laberinto de estrechas calles que conforman la parte antigua de la ciudad, cerca del río. Paseo por los bazares, visito los templos, adquiero sándalo y me confundo con la abigarrada multitud. Recuerdo a Mark Twain, que ya dijo que en las aguas del Ganges, de tan infectadas, ni las propias bacterias podrían sobrevivir. También escribió sobre la India: «*La única tierra que todos los hombres desean ver y, habiéndola visto una vez, aunque sea por un instante, no cederían este instante por la contemplación de todo el resto del globo*». Esta India, esta Varanasi que amplifica nuestros estados emocionales, que

nos emborracha de estímulos, que lacera y es, a la vez, un bálsamo que nos deja una huella profunda e indeleble.

Me prometí no volver a Varanasi tras haberla profanado muchas veces. Me lo prometí, me resistía a volver, no quería vivir allí más vida ni más muerte, ni más *saddhus*, ni más mosaicos de callejuelas umbrías, ni más viudas que parecían fantasmas errantes, ni más vendedores de objetos religiosos. Pero volví, y, al menos, otra media docena de veces. Porque al final me atrajo como un imán cósmico, como un ojo de buey proyectándome al infinito.

Volví, porque así lo quiso Baba Shivananda o mi anhelo de él, porque me esperaba frente al Ganges, para decirme: «*No entiendo nada, no comprendo nada, pero Él lo sabe todo*». Años después, yo enfermé y me dieron casi por muerto. Pero él estaba meditando por mí. Y me prometí volver a visitarle. Murió mi hermano Miguel Ángel, improvisamente; murió un mes después Baba Shivananda, sin previo aviso. Dolor sobre el dolor. Quizá no vuelva a Varanasi por no ver vacío el rincón donde él se aposentaba, con su humor incomparable, con su mirada a través de esos sonrientes ojos ambarinos, con su despedida cuando yo partía para mi país: «*Amigos para siempre*».

¡Las noches caliginosas en Varanasi! En la total oscuridad, sentándome en una de las plataformas para meditar frente al río, soportando las picaduras de los implacables mosquitos, recitando el *Om Namah Shivaia*, soñándome soñado por la mente de Shívá, que todo lo abarca.

Varanasi está incorporada a mí, con lo mejor y lo peor de ella, pero como un amante le dijo a su amada cuando iban a separarse: «*Supongo que entre tú y yo habrá habido cosas también malas, pero esas no las recuerdo*».

*Dieciocho de marzo*

Amigo mío: El canto de las chicharras, como el chirrido de los goznes oxidados de una puerta que estuviera continuamente agitándose, se prolonga todo el día en Ticuantepe. Parece como si siempre fuese mediodía. En España, es primavera. Aquí, es la estación seca, que durará hasta junio. El transporte lo realizamos en los *Inter-locales*, furgonetas desvencijadas y renqueantes en las que piensas que no vas a sobrevivir a la siguiente curva, a un nuevo frenazo. En un espacio para una docena de personas, solemos ir hacinados más de veinte, compartiendo el sudor, una gallina, una cesta de mangos, una mochila escolar, una bolsa de compra. La otra opción son las *caponeras*, triciclos motorizados similares a los moto-rickshaw indios. El viaje cuesta lo mismo que una tortilla de maíz, por lo que también, renqueantes, suelen ir a tope.

Llegué a Benarés en agosto, durante su monzón, ese viento que se produce por el desplazamiento del cinturón ecuatorial y que se condensa en forma de lluvia en el Himalaya. El Ganges iba crecido pero sereno, silenciosamente implacable frente a la algarabía de la ciudad.

Para conocer la India hay que chapotear en el limo de sus *ghat*, penetrar en esa inmensa cueva de experiencias que supone la inmersión en sus aguas verdinegras para ascender empapado de intelecto. Desde que tú lo visitaste y antes, Benarés está varada en el tiempo: las gentes que se bañan en el río de forma pública mientras aprovechan también para asear sus ropas, mezclando sus *poojas* con la limpieza de sus cacharros; las largas y coloridas barcas del Munsí; los *ghat* transportando turistas a granel; los agobiantes vendedores ambulantes de postales; los aún más insufribles masajistas; los búfalos de agua sumergidos hasta el lomo mientras se posan sobre su cuerpo aves zancudas; las vacas tumbadas en los graderíos; las minúsculas capillas que custodian cantos rodados naranjas con dos ojos naif, que representan a Ganesha, el dios con cabeza de

elefante o a Hanuman, el dios mono; los lavaderos en el Man Mandir golpeando todas las mañanas sábanas y colocándolas en la costa para secarlas al sol; las arcaicas plataformas octogonales que entran como espigones en el río y donde se reúnen algunos estudiantes occidentales de sitar para tocar al anochecer... Venidos de toda la India y de todas las castas, se han reunido en sucesión de escalón tras escalón los devotos indios, siglo tras siglo, y se han adentrado en el agua, incluso ahora frente a los dos enormes cilindros de cemento que hacen de depuradoras y donde la ciudad eterna vierte sus aguas fecales. Tampoco el hedor ácido a orines y el dulzón de los despojos de los bueyes o vacas en descomposición, flotando hinchados como odres de vino, han disuadido a los devotos de lavarse los dientes y las orejas o beber hasta saciar su sed física o espiritual.

Desde esos *ghat*, me he pasado días incontables contemplando el fluir de las aguas desde los glaciares hasta el mar de Bengala, por debajo de los modernos puentes que flanquean y unen la ciudad poblada con la ciudad deshabitada, la *orilla maldita* que se inunda con el monzón y que esconde, tras la selva, un templo agonizante y maravilloso, el Durga Mandir de Ramnagar y que tiene frente a él una piscina ritual espléndida.

Todas las mañanas, cruzaba las líneas de mendigos en la escalera de llegada al río, encabezados por un cambista, encargado de canjearlas rupias por paisas, de tal modo que así se pudiera repartir con ecuanimidad la limosna, y me sentaba a contemplarlo.

El Ganges está unido no solo a la vida, dado que, como todo país asiático, todo estanque, fuente, salto de agua y río se convierten en lugares de culto, sino que también es la gran diócesis del culto vivo a la muerte: Manikarnika, el tétrico *ghat* de la incineración de los cadáveres.

En Delhi ya había visitado un *samshan*, Nigambodh, pero la idea de escuchar los versos de los familiares de los fallecidos mientras aventaban sus cenizas al río Ganges me sobrecogía mucho más, por su mitología.

Manikarnika es una especie de explanada delimitada por

templos, miradores, *chatris* y galerías de piedra. Consta de tres balconadas coronadas, en lo alto, por un templo en cuyo interior arde, desde hace cinco mil años, un fuego, una de las siete lenguas del dios del calor y de la lumbre, Agni, y que ha sido continuamente velado por sacerdotes, responsables de que nunca se haya apagado. Por todo el *ghat* y a todas horas se agolpan muchos espectadores que charlan contemplando las piras. Los barberos afeitan a los familiares de los fallecidos mientras esperan que le toque el turno de realizar los ritos del cadáver de su padre en la pira mientras la estancada superficie del Ganges espera sus cenizas. Mientras, las vacas rumian las ofrendas sin que nadie las espante, como parte de la escena de despedida.

La muerte no existe en realidad en Manikarnika. Se trata de la disolución de la forma física del hombre en la *divinidad no física*, por la cual se efectúa la reencarnación: el ido al más allá no ha purificado convenientemente su karma y deudor de esto, ha de volver para refinarlo y ser digno de integrarse en la divinidad, pues debe entrar inalterado, tal y como en su momento emanó. Shívá vigila este retorno del alma a su origen, pero si muere en Benarés le libera de la caducidad de un nuevo cuerpo material llamado al terrible destino que es la vida en un cuerpo material. Como recompensa, el muerto se une a dios en su espíritu, y, por ese motivo, sus seres más allegados se sienten felices.

La primera vez que fui testigo de esto no pude evitar caminar entre las hogueras, cubriéndome la boca con un pañuelo mientras la ceniza caía sobre mí en forma de copos desde lo alto. Me embriagaba el olor a sándalo y a carne quemada. El fuego rápidamente consume la carne dejando al aire las costillas de los recién liberados mientras cuece las vísceras. Es algo que no puedes hacer en ninguna otra parte del mundo, pasear entre vivos y muertos mientras los *dom*, los parias incineradores, dan la vuelta a algunos de los restos que se obstinaban en no ser consumidos por las llamas, insertando un palo afilado entre las hendiduras de las pelvis o en la oquedad donde antes

la cresta vertical del atlas se unía en el cráneo. Terminado el proceso de la quema, los *dom* se encargan de transportar las cenizas hasta el río y tamizarlas con un colador, buscando pendientes, muelas o anillos con los que han engalanado al cadáver, del mismo modo que los buscadores de oro ansían encontrar pepitas. Lo que se recaba es donado al templo de Śhivá.

Detrás del *ghat* se encuentra un hospicio donde decenas de desclasados esperan a la muerte, acompañándose en sus lamentos dentro de una gran sala. Sentados sobre sus propias heces, consumidos, lacónicos, sin fuerzas ni para espantar las moscas que se posan en su cara, hay hombres que parecen extraídos de un campo de concentración y que anhelan una agonía breve. Cuando fallecen, al igual que los mendigos que nunca más vuelven a despertarse en cualquiera de los *ghat*, se les cubre con una tela blanca y la gente piadosa arroja monedas hasta que hay suficiente dinero para que los *dom* los quemen. Antes no lo harán. Pese a la penuria, nadie tiene la osadía de robar una de esas monedas, aunque todo el *ghat* está tomado por pequeños estafadores, desde falsas viudas que piden donativos para poder quemar a sus *esposos* hasta vendedores de opio.

La puesta de sol regala a Manikarnika una espeluznante belleza: barcazas cargadas de leña llegan por el río, mezcladas pero no confundidas con las de los turistas desde donde pueden tomar fotos. Restos de coxis, de espinas dorsales, de bóvedas craneales y de caderas, quedan anclados en el barro. Algunos perros merodean llevándose un pequeño hueso entre las fauces. Las clases más adineradas compran una vaca y la liberan por la ciudad para asegurarse un buen futuro. Orillados, asoman la cabeza anfibios carroñeros. Algunos *saddhus* se pasean casi desnudos cubriéndose con las cenizas.

Me llamó la atención uno de ellos, vestido con una túnica negra en lugar de roja y con la cara espectacularmente maquillada de blanco. Cuando le pregunté por qué llevaba esos colores, me dijo que era en honor de una diosa horripilante, Dhuvamati, una vieja de senos colgantes y sin dientes que se paseaba por los campos de cremación, lo que impregnaba sus

harapos de color negro. Le pregunté, además, si él había visto alguna vez a Dhuvamati en Manikarnika:

—Siempre —me dijo—. ¡En todas partes! O ves a Dios en todas partes o no lo ves en ninguna.

Después se marchó, muy solemne. Le volvería a ver muchas veces sentado en el *ghat* de Dasashwamedh, cerca de la turbiedad plomiza de las aguas solo coloreadas por las guirnaldas de caléndulas flotantes, bajo un parasol de madera.

Unos días más tarde, mientras me adentraba en la red de pasadizos que se introduce en el casco viejo de Benarés, una maraña de tan irregulares callejuelas como estrechas, y que forma la segunda línea de la costa, el Chowk, descubrí una pequeña plaza mucho más despejada que las infinitas tiendas que invaden las calles con sus mercancías, especias, rosarios y juguetes. Estaba flanqueada por tres locales de estatuas. En sus puertas, tenían algunas muestras de diosas y dioses, elefantes y bailarinas celestiales.

Entré en el local del centro, cuyo interior recordaba a un museo que hubiera sido saqueado. Había montones de bronce, desde estatuas doradas a estatuas barnizadas de negro u óxido, famélicos Ganeshas de hierro y orondos Ganeshas escribas; Śhivá sedente, tumbado y danzante; el flautista Kṛshná; la hermosa Lalita... Cada vez que miraba a una de esas estatuas, el hombre me colocaba a su lado cuatro o cinco versiones más, en distintos tamaños o materiales, con mucha amabilidad.

Le pedí al encargado si me podía mostrar el *murti* de *Dhuvamati*. Después de pensárselo un rato (largo, eterno, mientras miraba a su alrededor, y luego al suelo, y otra vez alrededor) me dijo que no era una diosa, sino una *mahavidya*, una cara de la *Madre*.

—Mis hijos me llaman papá, mis padres me llaman hijo, mi esposa me llama esposo... pero todo el tiempo soy el mismo, Ravi. Vishnú tiene *avatares*, la Madre Divina, *mahavidyas*... Si quieres ver la *mahavidya* de los crematorios, tienes que buscarla en el Shakti Phetta de Vishlakshi Gauri, en el Mit ghat, donde se le cayeron los ojos a Sita. Allí puedes encontrarla,

pero no aquí. No vendemos imágenes de Dhumavati porque ella es humo —y al ver mi cara de incrédulo me insistió en esto, haciendo un gesto con las manos, como si los dedos estuvieran crepitando y alzándose al cielo. Al llegar a los labios, los sopló, y abrió las manos hacia los lados, dejándolas caer de nuevo— Humo— repitió.

Le miré y di tres pasos hacia atrás, confuso, encogido. *Humo* pensó, *no es nada, no pesa nada*. Pensé en mí mismo convertido en humo, en mis manos convertidas en humo, en que si hacía ese gesto tan explícito que me había mostrado, tal vez si lo hacía y soplabla mis manos, estas volarían convertidas en pavesas. Me eché a reír por considerarme ridículo al ir buscando un *murti* de humo, una diosa de humo, y di una palmada sonora en el mostrador.

—Humo —le dije, señalándole mientras salía por la puerta, feliz de no llevarme ninguna estatua, pero sí una gran revelación: la *Madre* es el vacío absoluto, se nos muestra como el espejo de la existencia del ser humano fuera de la iluminación... Un ser errático, que todo lo que crea es para ser ahogado por las arenas del tiempo, cuyos logros serán olvidados, cuyo momento más trascendental tendrá lugar cuando lo que quede de su cuerpo sea devorado por el fuego y todo lo que fue se resuma en un puñado de cenizas y en humo.

—Si vas, llévale cigarrillos —me gritó desde la entrada de la puerta de su local mientras me sumergía de nuevo en el Chowk—. El humo busca al humo: lo que buscas, te busca.

Iba alucinando por los angostos callejones con las paredes vencidas del peso de cacharros de plástico, acero inoxidable, latón, con los suelos pastosos de restos de fritangas, té, pasteles, verduras. Convertí las jugueterías y sus figuras de madera con escenas del Ramayana o de *maharas* en elefantes de guerra en humo, sus pistolas de mentira, sus animales de hojalata articulados. También convertí en humo las sedas y los brocados, las vacas, las sacas de *gheena*. La calle que conducía a los *ghat* era una jungla humana. El aire era tan denso que parecía

mineral. Pero todo era humo. Era el espejismo que intuía un año antes mientras me emborrachaba con un *hijo de la nieve*.

Benarés se convirtió para siempre en una continua alucinación donde tuve la sensación de soñar despierto.

## CAPÍTULO 2: SHAKTI Y SHIVÁ

*Miradme. Soy un esclavo de mi propia intensidad.*

Kabir

*Diecinueve de marzo*

Mi querido amigo Ramiro: Mis estudios posteriores al descubrimiento de Dhuvamati Devi y a lo que se denomina como la Kalikula (la familia de Kali, o sea, las madres divinas iracundas) como parte de los *mahavidyas*, los diferentes aspectos que tradicionalmente son atribuidos al dios varón y cuyo espectro de potestades abarca desde la fiereza hasta la generosidad, desde un aspecto terrible a una sobresaliente belleza, desde la castidad hasta el furor uterino, me llevaron a la conclusión de que, al igual que el múltiple Vishnú, no dejan de ser manifestaciones de aquello que es Unidad Indisoluble y, si se muestra furiosa, es por tener que manifestarse en un mundo material.

Pero quizá el aspecto más interesante del culto al *divino femenino* por parte de los yoguis es su concepción de que en el cuerpo humano reside Shivá, no solo como conciencia, sino como Dios mismo independiente de su *recipiente*, con un séquito de diosas con las que se amanceba dentro de sus dominios que pueden ser el ombligo, el corazón, la raíz del paladar, el cráneo. Quizá, no sé, esta es la fuente más antigua de la que posteriormente se originaría el concepto de *chakra*.

El *shivaísmo* observa la *posesión* por entidades divinas, llegando a desarrollar toda una práctica exorcista. En este sentido, que el cuerpo del devoto sea residencia de dioses autónomos a la voluntad de su recipiente, supone que este devoto se encuentra continuamente *poseído*. El yogui tiene que comer, ayunar, andar y comportarse continuamente como si ya estuviera *liberado* puesto que su personalidad es ficticia, al estar subyugado por toda una colonia de seres sobrenaturales incontrolables con los que mantiene una relación de simbiosis, pues cada manifestación de Shívá o de las diosas le otorga facultades que mediante el yoga va a aumentar, cuantitativa y cualitativamente. Más que nunca, el cuerpo es un templo.

De hecho, escuché en un *ashram* en Cachemira que la *yogui* tiene que perfumarse simbólicamente cada parte de su cuerpo con distintas esencias (jasmín en las manos, azafrán en los pies, *keroa* en el cuello, champa en los pechos, sándalo en los muslos, etc.) dado que los alimentos de los dioses son los olores. De esta forma, el dios la devora, la digiere y luego la regurgita con todos sus poderes en ella, una vez que ha satisfecho su hambre.

En las doctrinas yóguicas, los *chakras* se asocian con múltiples dioses de múltiples cabezas, brazos y atributos, sus vehículos, mantras y número de pétalos de lotos de colores; reflejan distintos aspectos de la psicología humana (progenitura, placer, vigor, amor, comunicación y misticismo) y permiten diferentes estados de delicadeza y crecimiento espiritual, incluso poderes milagrosos. Pienso que no es sino una rudimentaria autopsia de nuestros *centros de poder* fisiológicos, pues todos son fábricas hormonales: el suelo pélvico, el plexo supra-ovárico, el solar, cardíaco y laríngeo, y, por último, el hipotálamo, verdadero *tercer ojo*.

Nacida el alma con una predisposición a reintegrarse en su fuente materna divina, la diosa se encuentra latente en el organismo humano en forma de serpiente tres veces enrollada sobre sí misma, la Kundalini, que se esconde en el lugar más alejado de la mansión de su cónyuge, *hivá*, la conciencia que

mantiene cerrado un *vórtex* místico situado en la coronilla y que sirve de conducto con el Absoluto. Esta energía biológica se desenrolla, sube verticalmente por medio del fluido espinal a través de la columna vertebral, intentando alimentar al cerebro. Dentro de la matriz del cuerpo humano se agita un embrión búdico que ve vigorizado cada *chakra* con el reptiliano caminar de la Kundalini, que cierra unas esclusas llamadas *granthis*, lo que hace que la serpiente este continuamente en un punto de no-retorno y solo le quede el ascenso. De este modo, alcanzará a *Śhivá* en la coronilla, que se obstina en impedir el ascenso, y ambas contingencias, unidas, provocaran que el practicante regrese al mismo mundo del que proviene, libre de las oscuras nubes del pensamiento ilusorio.

Pero la realización ha de trabajarse en *este* mundo, en *este* cuerpo, por una conciencia de encuentro con los engaños ordinarios. Shakti es real en la irrealidad del ser humano, lo que le confiere un sustrato de verdad pese al espejismo. Es decir, si el mundo es la manifestación de la Divinidad, no es *Mâyâ*. El espejismo no existe porque cada célula es consciente por sí misma y dotada de psique, emociones, memoria genética... La conciencia no es una propiedad exclusiva de la compleja mente sino que pertenece a todo el cuerpo. La mente hace que el mundo sea *Mâyâ* pero el yogui se puede integrar en esta coexistencia para percibir la parte real. El cuerpo es un micro-universo con el que el practicante se unirá a los principios cosmológicos para sentir la divinidad, pero una divinidad de carne y hueso, no una conciencia sutil.

Las propiedades del éter, el agua, el fuego, el aire y la tierra, son inherentes, tanto a las partículas subatómicas como a las galaxias. El cuerpo es el recipiente de estas energías extraordinarias que el yoga despierta.

Podríamos verter ríos de tinta sobre Kundalini, Ramiro. Ríos, cataratas, un diluvio. Pero fundamentalmente creo que los yoguis primitivos llamaban Kundalini a una energía de mutación que, según el grado de activación, condiciona un estado de conciencia normal o anormal.

Kundalini se encuentra despierta cuando dormimos o cuando ayunamos, en la soledad, en la ascesis, en el baile, en el perecimiento y en el renacimiento, siendo la base espiritual y biológica de todos los portentos yóguicos y su aspecto más sobrenatural: la magia, los augurios...

*Veinte de marzo*

Querido Víctor: La todopoderosa Kali, enguirnaldada de rayos, armada de la espada, el *chakra*, el arco, devoradora y sustentadora, noche de destrucción al final del mundo, practicante de austeridades, maga inmortal y eterna. Ella es la omnipotente, la que da muerte a los demonios, la que mata el ego y te conduce de su tenebrosa mano hacia la luz del Ser. La misma Shakti o energía primordial que vela es la que tiene que desvelar. El suelo que te hace caer es en el que tienes que apoyarte para levantarte. De la mano de la Shakti tenemos que llegar a Śhivá. En términos de la filosofía *shamkya*, nos apoyamos en la Shakti para ir más allá de la misma, disociarnos y establecernos en el Śhivá.

Pero vamos a lo práctico y apuntemos más allá. Śhivá es como la pantalla en la que se proyectan las películas incesantes de la vida; pero por mucho que llueva en la película, la pantalla no se empapa y por muchos incendios que haya en la misma, la pantalla no arde. Shakti es la energía dinámica, que produce todos los fenómenos de los más ultra-sutiles a los más infra-burdos; Śhivá es lo Inmutable. Śhivá y Shakti maridan en nosotros. Shiva como nuestra naturaleza real, nuestra esencia, lo que no es adquirido, la naturaleza auto-iluminada. Shakti como procesos psicosomáticos. Si desarrollamos en grado sumo la consciencia-testigo, uno puede estar en Śhivá observando los prolijos juegos de la Shakti, sin dejarse involucrar, implicar o confundir por los mismos. Aquí la meditación juega un papel esencial y, por supuesto, trabajar la consciencia en la

vida diaria, para poder sustraerse a las fuerzas que nos sacan de nosotros, nos centrifugan y nos alienan; para poder mantenerse establecido en el punto de quietud aun en la inquietud; para, en suma, no creerse el carnaval y no dejarse enajenar por el mismo. En la rueda todo gira, excepto el cubo de la rueda. El péndulo de un reloj va a un lado y a otro, pero, si nos colocamos en la parte alta de la varilla del péndulo, mantenemos un lugar de calma. En el centro del tornado es donde solo hay sosiego. Como decía Nisagardatta, hemos estado siempre en el movimiento (la Shakti), pero podemos aprender a estar en lo que no-se-mueve (Śhivá).

Śhivá se constela en el ser humano como la presencia de sí, la certeza de ser. Cuando uno recita el mantra *Om Namah Shivaia*, es para interiorizarse y conectar con la presencia de ser, y absorberse en la misma, ignorante a los juegos de la Shakti. Pero la Shakti, como tal energía, es la que todo lo anima y de ahí el antiguo adagio: *Śhivá sin Shakti es un cadáver*.

Shakti se manifiesta también como emociones y pensamientos, y la consciencia-testigo debe atestiguar todo ello sin entrar en el juego. El que se establece definitivamente en esa consciencia-testigo es un liberado-viviente, y, con razón entonces, de él se dice: *Es de todos y de nadie; está en el mundo sin ser del mundo*. La Shakti, que es lo ilusorio y fenoménico, es una prestidigitadora excepcional: te hace ver lo que no existe y te escamotea lo que existe. Pero el buen observador puede terminar por descubrir los trucos y ya no dejarse aturdir. La ignorancia de la mente se desvanece y aparece así el discernimiento puro o sabiduría discriminatoria. Para contrarrestar el atolondramiento que provoca el frenético juego de la Shakti en uno, creando todo tipo de apegos y aborrecimientos, hay que desarrollar la presencia de ser y sentirse un poco aparte de todo ese escenario de luces y de sombras. No es nada fácil; representa un trabajo de gran envergadura. Hay que quebrar, mediante el poder de la voluntad y de la consciencia, la identificación con el ego y todas sus actividades. Hay, pues, que resistirse a ser atolondrado por el

canto de las sirenas, o no encontraremos el modo de regresar al hogar interior y abrazar al Śhivá interno.

*Veintiuno de marzo*

Ramiro, pienso que Śhivá encierra en sí todos los mitos, cualquier explicación, y está tan unido a Benarés como la sal al agua.

Más o menos la historia que me contaron era así: Śhivá era un yogui enamorado de una mujer, Sita. Su suegro, al que no le agradaba este matrimonio, le insultó delante de su hija, y esta, avergonzada, se arrojó a un horno. Śhivá llegó en esos momentos, vio lo sucedido, rescató del fuego el cadáver de su mujer y se rasgó los cabellos, de los que nació un guerrero que decapitó de un solo tajo a su suegro, colocándole la cabeza de un animal de pezuña hendida en su lugar, como burla. Mientras, el dios se puso a bailar de dolor amenazando con destruir al universo con sus pisotones. Vishnú para evitarlo, pues a la sazón es el preservador de la vida, descuartizó el cadáver de Sita para que Śhivá se entretuviera recogiendo los pedazos y dejara de bailar.

Śhivá viajó con lo que quedaba de Sati, pero desgajada como pan sumergido en leche, no pudo evitar que nalgas, pechos, mejillas, dientes, labios, orejas, nariz, dedos de los pies y rizos de sus cabellos, cayeran en distintos sitios de Bengala, Cachemira, Bangladesh, Tíbet, Nepal y Punjab. En cada lugar se levantó un Shakti Pheeta, un templo de algunos de los aspectos de la diosa, que renació con el nombre genérico de Parvatī para volver a acompañar al dios en sus aventuras, adquiriendo durante estas otros epítetos.

El *ghat* de Manikarnika es también un Shakti Pheeta aunque, en este caso, se había formado porque Parvatī había escondido sus pendientes entre las cenizas para que Śhivá los buscase.

De cualquier modo, el Shakti Pheeta consagrado a Dhumavati no me impresionó, a pesar de que ya había visto otros templos tan monumentales como el Shankat Mochan o tan pintorescos como el templo de los monos, e incluso el *ashram* católico Matridham. Sin embargo, sus feligreses eran muy distintos a los que estaba habituado a ver. Para empezar, estaba frecuentado por viudas, al parecer las únicas que pueden resistir sus blasfemias, y muy pocos hombres, que la adoraban con los dientes ennegrecidos a base de roña. La mayoría no buscaba su bendición, sino su *maldición*, es decir, le rezaban para vengar injurias, cuernos, insultos.

Durante ese mes, se iba a celebrar el Kajali Tij, su festival. Según me explicó uno de los visitantes, sus devotos podían convertir su mente en un cuervo a través de un rito llamado *kakamarkay* que, entre otras potestades, tenía la facultad de escapar volando del mal *karma* si cometían un crimen sangriento.

Antes de peregrinar a su templo, los devotos tenían que visitar previamente el templo de Viswanath, *el templo de oro*, compuesto por muchos pequeños templos a los que se accede por una calle en zigzag que atraviesa pasadizos abovedados, joyerías y locales, que hacen difícil saber qué es la calle y qué es una tienda o un restaurante. Solo desde las azoteas de las viviendas circundantes, se puede contemplar al templo y su cubierta de oro.

En la noche de los tiempos, Śhivá y Parvatī rastrearon el mundo buscando un lugar donde vivir y terminaron en Benarés. El dios se paseaba por sus *ghalis* seguido de yoguínis desnudas y una buena legión de espíritus que no querían reencarnarse para permanecer cerca del dios. A los comerciantes les resultaba desagradable esta procesión por el Chowk. Todos dejaban de comer o de remendar los saris cuando veían a Śhivá. Por eso, se le pidió al dios que se marchara, y este obedeció, a regañadientes, sumiendo a la ciudad en la oscuridad. Pero otro dios, Brahmā, encontró el lugar donde Śhivá había escondido su *lingam*, que garantizaba una perpetua luminiscencia y lo robó. Viswanath guarda ese *lingam* de luz y fuego

que permite que Benarés sea el prisma focal del faro que alumbraba a todos los buscadores espirituales.

El culto a Śhivá es el culto más primitivo, chamánico y fraccionado de todos los existentes, moviéndose en polos extremos, viviendo siempre en la absoluta entrega y devoción. Se puede decir que hay tantas diferencias entre *shivaístas* de uno y otro culto como puede haberlas entre un monje zen y un cristiano ortodoxo. Básicamente, las muchas escuelas filosóficas, regionalistas e incluso clanes, se van en diferenciar entre los que son *oficialistas* con el hinduismo o los que se han dejado seducir por la magia negra o el tantra.

De toda la cosmogonía india, Śhivá es mi predilecto, quizá porque al contrario del resto de sus hermanos divinos, no está interesado en provocar guerras y observar con regocijo las matanzas para mayor gloria de los conquistadores, ni tampoco le interesa descargar el vientre de las nubes hinchadas de lluvia, ni regalar al mundo un cielo de espléndidos colores. A Śhivá solo le motiva vencerse a sí mismo y conquistar lo que solo un ser iluminado puede conquistar: *la Perla Azul*.

Además veo en Śhivá una gran humanidad, pues tanto sus vicios como sus virtudes son más propios de las personas que de un dios. Mientras que Brahmā es el dios que otorga la vida y Vishnú el dios que permite vivir, Śhivá es el que quita la vida. Los hombres creamos poco, preservamos con dificultad y destruimos rápido. Pero al igual que Śhivá, en el desafío y en la desgracia, nos crecemos. Los seres humanos, pese a ser fácilmente doblegables, bien por la fuerza bruta, bien por el soborno, ya sea por lujuria u oro, tenemos la naturaleza de un ser perfectamente realizado. Śhivá, con el yoga enjaula su furia e inesperadamente la libera para aplastar a la ignorancia. Sacerdotes y parias, ricos y pobres, se encuentran al desnudo ante él, sea cual sea su origen. A todos nos destruirá del mismo modo que la ola se rompe contra las rocas.

Cuando el humo que soy se vuelva definitivamente humo, cuando Śhivá lo demande, me gustaría que se arrojaran mis cenizas al Ganges.

*Veintidós de marzo*

¿Acaso, Víctor, no somos juguetes, títeres, marionetas en manos del uno y en manos de la otra? La Shakti o energía femenina, primordial en sus manifestaciones más diversas. Y fíjate, te cuento. En una ocasión, estoy en la puerta de un templo y la voz de un *saddhu* me hace volverme y encontrarme con sus ojos de fuego. Me dice: «*Extranjero, busca dentro de ti, deja de ir de aquí para allá y busca dentro de ti. En ti mismo, vive el poder supremo*». Para desarrollar la consciencia-testigo y establecerse en Śhivá hay que hacer un gran esfuerzo de vigilancia y *desidentificación* que nos ayude a no dejarnos tanto implicar por lo experimentado, o sea, lograr que lo dinámico no nos arranque de lo estático, que seamos capaces de mantenernos en el espacio de quietud dentro del tornado. La Shakti quiere jugar con nosotros, estamos en sus manos, pero tenemos que aprender a nosotros jugar con ella. La Shakti es capaz de volver loco al mismo Śhivá, pero Śhivá tiene un poder del que carece la Shakti y es el discernimiento. Ten una cosa en cuenta, querido Víctor, y es que Śhivá se revela en el silencio, cuando cesan los automatismos de la mente podemos llegar a la raíz del pensamiento, a la fuente. El pensamiento, con su poder centrífugo, nos aleja de nuestra naturaleza real, Śhivá, el dios que reside en lo profundo de nosotros y que no es el pensamiento sino el que hace posible el pensamiento.

Como deidad cósmica, Śhivá es enormemente variado, polifacético: todo cabe en él, todos los rostros surgen de su rostro. Como Śhivá interiorizado, el ser interno, es una naturaleza auto-iluminada que se esconde tras las sombras y películas configuradas por la Shakti. ¿Qué es el yoga? Y hablo del verdadero yoga, no de todos esos estúpidos inventos que llaman yoga. Yoga es la suspensión de los pensamientos en la mente para establecerse uno en su naturaleza real. Es decir, que dejemos de danzar la Shakti para que podamos conectar con nuestra esencia. Tan enamorados estamos de la Shakti, que

olvidamos la pantalla sobre la que la Shakti despliega sus innumerables películas. Peor si yo me siento como la pantalla y no como las películas, ya estoy menos alienado, ya el espectador no es necesariamente el espectáculo, ya soy un yogui que está en el mundo sin estar en él, que se sirve de la Shakti pero no deja que la Shakti se sirva de él, que logra el no-movimiento en el movimiento y que es capaz de, a través del no-pensamiento, entrar en la Mansión de Śhivá, donde la Shakti pierde su poder seductor y deja de atolondrarnos. La vía del yogui es la de aquel que no espera más que lo que ocurre, que no se apega ni odia, que pone su osamenta humildemente a los pies de la Shakti sin dejarse devorar.

El templo verdadero está dentro de uno. Kundalini es la bella durmiente que mediante el trabajo interior hay que despertar para que nos permita acceder a una realidad que se nos escapa. Pero es una paradoja hablar de despertar Kundalini, cuando ella es lo único despierto. Los esposales con ella solo son posibles si se diluye el ego. Solo por la orden del gurú interior puede Kundalini, pasar del sexto *chakra* al séptimo. El practicante, primero conquista la *Perla Plateada*, luego la *Perla Dorada*, y después la *Perla Azul*. Todas las perlas se refunden en la *Perla Azul*. Śhivá extiende su mano invisible desde la Perla Azul y nos lanza luego al insondable abismo del cosmos.

#### *Veintitrés de marzo*

Hoy hemos llegado de Nahualapa, una reserva indígena, donde un *resort* dirigido por un neoyorquino muy loco, Jaime, y su esposa argentina, la dulce Gabriela, pretenden contratarnos para dar clases de yoga a surferos californianos que vienen hasta aquí buscando olas, algunas de ellas llegadas desde Asia.

Aprovechando la estancia, hice una pequeña excursión por la selva. En estos bosques, todo está diseñado para matar al distraído. A la sombra de los mangos crecen setas, escondiéndose

perpetuamente del sol, muy tóxicas si su cabeza es globosa y del color de la menstruación, o diarreicas, si son blancas. Cerca de las guayaberas se pueden ver los gigantescos nidos de arañas enormes y peludas, muy venenosas. Unas acacias, a los que llaman *cornizuelos*, y que siempre tienen hojas, están salpicadas de agudas ramas y espinas. En su interior, habitan una especie de hormigas muy pequeñas que se alimentan de los aceites de la planta y que solo asoman a las oquedades de las ramas cuando un animal toca la planta agrediendo con saña. En la copa, se refugian pequeños pájaros, seguros de que ningún depredador se acercará a sus nidos, los únicos a los que las hormigas no molestan porque, a su vez, les protegen de otros insectos. Hay serpientes de coral, cuyos colores alertan de su peligrosidad, y serpientes de falso coral, inofensivas, pero que ahuyentan del mismo modo por su perfecto camuflaje, y que son las únicas que se exhiben. El resto de animales se agazapa o huye con rapidez, salvo las mariposas, que, aunque las persigan, parecen no tener prisa. En estos meses, la selva vive de las lluvias pasadas. Los *nonis* se pudren, apestosos, en la base de los árboles y las avispas, desesperadas por la sed, acuden en decenas a cualquier vestigio de agua, aunque en la ribera del río sean cazadoras cazadas.

El río es el patrimonio de las aves. De garzas, garzones, garcillas, martín pescadores, de loros de frente roja o loros de cuello blanco, de periquitos de todos los tipos, tucanes, pájaros mitológicos, de difíciles colores combinados en un solo plumaje, como los de los chichilotes, las urracas copetonas.

Sin embargo, Ramiro, la contemplación de todo esto no es posible. A cada paso de ensimismamiento, te juegas la vida o te llega un dolor palpitante, un picor insoportable. Puede que pises un hormiguero, o coloques la mano en la hoja de un árbol que inmediatamente emana resinas urticantes. Solo la profunda meditación, la atención consciente y plena, es posible. He llegado a la conclusión de que los habitantes de la selva profunda deben vivir en el *samadhi*, pues este entorno, esta manifestación primitiva del Absoluto, de la furia creadora de

la Shakti, este amanecer del hombre, conduce inevitablemente al individuo al Ser-Ahí.

Anoche remontamos el río en canoa. La oscuridad era absoluta, por lo que debíamos ir muy lento para evitar encallar o esquivar los árboles caídos. Pequeñas erupciones de peces voladores rociaban la superficie. Tanto los remos, que a veces usábamos como la quilla, como el motor, provocaban que el plancton del río brillara como las lucecitas de una bengala. Introduje mis manos para poder contemplar cómo el agua se convertía en luz. Era hermoso poder ver luces en el cielo y luces en el agua. Por unos instantes, me sentí capaz de escuchar el *Pará Nada*, el discurso supremo del Absoluto, la forma no manifestada del OM, y con ello, el beso de la Shakti. No concibo tanta belleza sin su intervención directa.

## CAPÍTULO 3: HARIDWAR

*Creo en el Dios de Spinoza, que nos revela una armonía de todos los seres vivos. No creo en un Dios que se ocupe del destino de los seres humanos. Einstein*

*Veinticuatro de marzo*

Querido Víctor: El contacto con la Shakti es supremo. Yo tuve la fortuna de entrevistar a una Shakti viviente: Anadamayi Ma. Fue en Haridwar. De esta santa se había dicho que era la flor más perfecta que había producido la India y muchos yoguis decían que no se podía aspirar a comprenderla.

Sería este, una vez más, un viaje hacia fuera y un viaje hacia adentro; sería, a su modo, un viaje iniciático. De alguna forma, todos los viajes a la India son iniciáticos o, al menos, así fantaseamos. Como he visitado en varias ocasiones los santuarios himalayos, he pasado muchas veces por Haridwar, y siempre me detengo en ella. Esta ciudad, lo sabes, escapa a toda descripción, desde luego. Ni el más diestro con la palabra lograría describirla. Es para sentirla, vivirla, sufrirla. ¡Qué cosas he visto en la sacrosanta ciudad de Haridwar!... como para espantarse. Una de las veces me encontré a una joven agonizando, al borde de la muerte, echada sobre un desvencijado banco, la mirada extraviada, las moscas entrando y saliendo de su boca, sucia y harapienta, sufriendo los estertores de una muerte inminente

¿Qué se podía hacer? La gente pasaba, indiferente, a su lado. Unos van, otros vienen, y la mujer estaba muriendo sola, como un perro.

Víctor, no es sobrecogedor solamente, es mucho más, es la desolación absoluta de la tierra. No es el hecho de ver un cadáver sobre una bicicleta, o apoyado en un árbol mientras el conductor del *rickshaw* se va a orinar. Es ver un cuerpo vivo agonizando en la infinita soledad, aún rodeado de miles de personas.

Haridwar atrae mendigos, leprosos, indigentes, mutilados y discapacitados de toda India, apelando a la religiosidad y a la caridad de los devotos para poder obtener algunas rupias de ellos. A veces, llega un rico con un saco de monedas y empieza a distribuir rupias formando largas filas de mendigos.

Una vez que estuve visitando Haridwar, se estaba preparando el Maha Kumbha Mela, que reúne a millones de devotos y cientos de miles de *saddhus*, eremitas, yoguis y buscadores de lo Inefable. Estaba fascinado por la multitud de personas haciendo sus abluciones en el Ganges.

Fue justo después cuando visité a Ananda Ma, la que por entonces era la más gran *yoguini* de la India, con diez millones de seguidores. Era la gran Shakti, constelada en mujer, que impartía su energía como la rosa exhala su perfume.

La gente acudía a ella para captar su néctar de realización, su gracia o *darshán*; para servirse de su energía en el progreso interior; para tomar su Shakti, su poder espiritual. Llego al *ashram* a mediodía, donde cientos de personas forman cola para admirar a la madre bendita, a la Mahadevi. Todos están anhelantes de su presencia, de su sonrisa, de su mirada. Entonces, se entonan los himnos sagrados con devoción y entusiasmo; se espera con ansiedad. Cada vez es mayor el número de devotos formando una larga fila para pasar ante la Madre.

En una sencilla habitación, sobre una tarima, está la que se considera una diosa viviente, la misma Shakti encarnada. A pesar de su avanzada edad, conserva la ternura de una niña y la coquetería de una joven. Estoy varios minutos en su presencia. Estoy con ella, pero ¿ella está conmigo? Sonríe. Me mira

fijamente desde detrás de sus lentes. Fue bellísima de joven y se las hizo pasar muy mal a su marido. Va inmaculadamente vestida de blanco. Mantiene el tronco muy erguido, *yogini* inquebrantable. Dignidad, disciplina, pero, a la vez, soltura, fluidez. Sigue sonriendo, pero sus labios, permanecen sellados. Yo sí hablo. Yo sí profano el silencio. El occidental sediento de respuestas quiebra el silencio de la sala. Le hablo de mi búsqueda, de mi largo rastrear espiritual, de las enseñanzas que imparto en mi centro de yoga, de mis libros promoviendo el Dharma. Yo le hablo, pero ¿realmente ella me escucha? Siempre serena, mayestática, sonriente, sí, pero en otro nivel, en otra parte. Una mujer hermosa en su ancianidad. ¿Puedo fotografiarla? Sí, accede. Se atusa el pelo, se yergue todavía más sobre sí misma, me mira con fijeza penetrante. La Shakti es muy coqueta, por eso es seductora, atolondra, fascina, imanta, aturde, embelesa. Varias fotografías. Se deja retratar complacida. La observo con mucho detenimiento, tratando de sondear más allá de su cuerpo. Llevaba años intentando encontrarme con ella, pero nunca habíamos coincidido en la misma ciudad. Ya lo intenté años atrás en su *ashram* de Benarés pero finalmente he podido estar en presencia de esta Shakti en forma de mujer. Y al final, entreabre los labios, se interesa por mi labor espiritual y me insta a que siga difundiendo el Dharma.

Larguísima entrevista mantengo luego con Acharya Shama, un verdadero *pandit*. Me habla de reencarnación, de cómo hay que aprender a morir, del cuerpo astral, del Samadhi, del liberado-viviente.

Me entretengo después observando a los *pandas*, hombres encargados de llevar los registros, escribiendo a mano, sobre enormes hojas que se van acumulando en libros gigantescos desde hace siglos, Paseo por los abigarrados bazares. Y al final, me siento frente al río más santo del planeta, aquel que tanta devoción despierta que el emperador Akbar bebía diariamente sus aguas, esas en cuyo seno muchos se han suicidado para fundirse antes con la Madre Ganga. Como declaraba Henri

Michaux, nadie es tan ávido de santidad como el hindú, también cuando tiene ocasión de riquezas y objetos materialistas.

Escuchando el rumor de las aguas *gangéticas*, me asaltan las preguntas y pensamientos. ¿Qué es este fenómeno tan misterioso que llamamos vida y que está salpicado de sufrimiento? ¿Por qué tomamos un cuerpo y brota súbitamente la consciencia? ¿Por qué la aflicción y la insatisfacción? ¿Por qué una masa tan colosal de sufrimiento? ¿Es posible cultivar una manera de percibir y ver, que nos permita ir más allá de la mente condicionada y encontrar un estado de ser más allá del sufrimiento, la soledad, la amargura y el desamparo? Las preguntas son innumerables, así como los imponderables. Desde siempre, los seres humanos con inquietudes y sensibilidades místicas se han lanzado a la búsqueda de respuestas, en un intento por explicar lo que se presenta como aparentemente inexplicable. Y en la India eterna, en la India de siempre, los buscadores de la Esencia, han formado legión. Y han concebido métodos, vías, y procedimientos para poder captar lo que está al otro lado de la mente ordinaria, más allá del pensamiento. Por eso Buda declaraba: *El que interroga se equivoca; el que contesta se equivoca*. Así que, querido Víctor, permíteme que, durante unos momentos, quede mudo.

#### *Veinticinco de marzo*

Haridwar, Ramiro, para mí también fue un viaje dentro del viaje. Mi última noche allí, tras una semana, la pasé mirando al cauce del Ganges, cuando solo se ve la oscuridad perforada por las mechas de aceite colocadas sobre unas hojas trenzadas en forma de pequeñas barcas y que se dejan a la deriva como ofrenda al río, formando una procesión de temblorosas lucecitas que navegan aguas abajo. Recuerdo que jugaba a seguir una en concreto y tratar de distinguirla entre otras, al unirse a ellas en fila india. Cuando un pequeño golpe de agua la apa-

gaba o se quedaba trabada en la orilla hasta consumirse, buscaba otra.

Muchos motivos me empujaron a visitar Haridwar. Es una de las cuatro gotas que salpicaron de la Vía Láctea cuando los dioses la batieron buscando un elixir para la inmortalidad; Vishnú dejó allí las huellas de sus pies; alberga algunas *akharas*, las organizaciones de los *saddhus* y, en cada una de ellas, un Mahamandaleswhar, el título más alto de la tradición *védica*; también *dharamshalas*, asilos y su *ashram*, el *baba* guerrero, Ramdev.

Creo que el tiempo ha suavizado Haridwar desde tu visita, Ramiro, pues me encontré con una ciudad limpia, de mendigos deformes, sí, pero muy poco pedigüños. Me pareció en todos sus aspectos una ciudad íntegra, al margen del turismo espiritual que se dirige a Rishikesh y un bosque menos fácil de talar por los estafadores espirituales que tanto abundan en los templos de Benarés. Una ciudad absolutamente vegetariana, en la que resultaba imposible conseguir cualquier alimento extraído de un animal, vivo o muerto, salvo la sagrada leche y sus derivados en forma de requesón o yogur.

Creo que al contrario de Benarés, donde la población creciente ha creado una Benarés moderna de caóticas barriadas adyacentes a la medieval, de algún modo, en Haridwar se ha contenido la avalancha de inmigrantes de las zonas rurales. El diseño urbano de Haridwar no es tan denso, sus calles más estrechas se encuentran según se va uno acercando al área comercial. El resto es ancho, aunque atestado de gente, claro. El tráfico es más contemporáneo y no está tan cruzado de carros tirados por cebúes, rebaños de bueyes y cabras, o de la presencia de vacas recostadas plácidamente sobre el asfalto. Incluso los monos son más tranquilos y abreven de las fuentes públicas al lado de los humanos. No les vi enfrentarse a los vendedores de verduras, ni a las madres saltar histéricamente con las crías colgadas de sus tetas. Además dispone de un buen alumbrado salvo en algunos tramos del río donde se agrupan los campamentos de los *saddhus* y que se iluminan a base de

lámparas de petróleo. En Benarés los *ghat* se quedan totalmente a oscuras, y, si no hay luna, caer en socavones llenos de aguas negras es relativamente fácil, eso sin contar con las vacas que te aplastan contra la pared si te topas con ellas de frente o que te orinan si caminas detrás.

*Veintiséis de marzo*

Yo amo la India, Víctor, y la he penetrado hasta sus mismas entrañas, aunque muchas veces me ha puesto al límite de mi resistencia. La India dispone de un raro y misterioso poder para abrir las espitas del subconsciente y que emerja mucho del material psicológico almacenado. Hay una supuración inconsciente continuada. A veces de modo calamitoso; a veces como un tónico para sacar lo mejor de uno mismo. Es difícil no dejarse atrapar por el ambiguo hechizo del caos, al que se suman con no poca frecuencia el entusiasmo o la exasperación, la alegría desbordada y desbordante o una inmensa tristeza y una aversión insuperables. Todo está en la India: lo mejor y lo peor; todos los rostros inimaginables, así como la más elevada mística y el más salvaje materialismo. A mí me interesa, Víctor, la India de los *upanishads*, los *darshanas* o vías de Sabiduría, el Buda o Mahavira. También es cierto que la India nos hace sentirnos vivos, exacerbando nuestra quietud o inquietud, alertando o embotando nuestra consciencia, haciéndonos pasar por infinitos estados de ánimo que ni siquiera sospechábamos. Es un buen despertador; vas a la India, te das el *electroshock* psíquico y te vuelves. Todo está abierto a la sorpresa. Pero a los occidentales, tal sordidez, tan absoluta falta de higiene, nos hiere, y ya se lo avisaba Gandhi una y otra vez a sus compatriotas. Así que hay que hacerse a la India, porque la India no va a hacerse a nosotros. En mis últimos viajes, me interesé mucho por las tribus y visité innumerables poblados. Me sentía bien entre los aborígenes, tan menospreciados, uniformados,

maltratados. Son las raíces de la Madre India y yo les tengo un respeto profundo.

La India y Haridwar son bullicio, gentío y plegarias, en santísimas ciudades que son pueblos de casas destartadas, tiendas desvencijadas y comercio sacro. Una marea humana, espesa, compacta, de peregrinos sin fin. Familias enteras que se zambullen en el río, ancianas mujeres tambaleantes que se las ven y desean para no sucumbir a la corriente de las aguas. Hay vendedores ambulantes, adivinadores y decidores de fortuna, todo tipo de penitentes y renunciantes. En todas partes una empapadora humanidad. Pero el río se remansa, siempre hay un lugar donde se remansa y se torna apacible y sumiso. En Haridwar es en el Hari-ka-Charan, recinto preparado para los baños sagrados, estanque santo donde los cuerpos entran y salen para hallar los espíritus, la purificación. Y detrás de las gradas o escalinatas, a tal fin, y un poco más allá, templos y santuarios. Y detrás de estos, la vista de las montañas bajas, preámbulo de algunas de las más altas del planeta.

#### *Veintisiete de marzo*

Aquí en Ticuantepe, la mayoría del tiempo carecemos de agua corriente y tenemos que utilizar un motor eléctrico muy ruidoso para abastecernos. Por las mañanas toda la casa está llena de animales: *perros zampoños*, lo que nosotros llamamos salamandras, se espantan al oírnos y salen despavoridos, sin rumbo, por las paredes. El suelo se ve recorrido por procesiones de hormigas, algunas pequeñas y casi transparentes; otras con alas, con una cabeza y ojos enormes. Cualquier migaja de pan, un pedazo de cáscara de fruta o incluso una salpicadura de zumo reseca se convierte en una convocatoria de las múltiples formas de vida del subsuelo.

Haridwar, al margen de quedar unido a mí como las aguas remansadas del Ganges, que era cristalino y no terroso, tam-

bién me dejó unido al templo de Mansa Devi, un maravilloso lugar de culto a la *Madre* sobre la colina Bilwa Parvat, al que se podía acceder andando o en un funicular, pero prácticamente imposible de tomar debido al gentío de peregrinos que esperaban incorporarse a las cabinas.

Manasa es otra hija de Śhivá para muchos devotos, y está protegida por un dosel de capuchas de cobras. Al parecer, su madrastra Chandi, una forma de Parvatī, le quemó un ojo, por celos. Ambas diosas son supernovas espirituales, las energías de Śhivá combinadas en la forma de una mujer. Su templo se encuentra también en lo alto, en Neel Parvat y a este también se podía acceder en otro funicular, aunque se repetía el mismo escenario de Manasa: montones de gentes aplastadas contra la taquilla agitando las rupias a cambio de un tique. Además, los tiempos de espera eran escandalosamente largos, por lo que accedí a pie.

El paseo resultó algo fatigoso, pero muy agradable. Una excursión de un colegio subía cantando y jugando. A lo largo del ascenso, y a medida que se volvía más empinada, se iban multiplicando los vendedores de agua, zumos de frutas y también de ofrendas, que consistían en abalorios, en verdad, juguetes de belleza, como falsos espejos, peines de plástico, *gehena*, pulseras y pendientes.

En el interior del templo de Chandi, los devotos tenían que hacer cola por unas celosías de metal para poder ser bendecidos o presentar las ofrendas, que eran recogidas por los sacerdotes sin ningún tipo de ceremonial, amontonándolas en un altar. Algunos de los visitantes entraban en éxtasis y gritaban *Jai Matangi! Jai Matangi!* hasta quedarse roncós.

Lo que más me llamó la atención fue la tolerancia de los peregrinos y sacerdotes, que me permitieron tomar fotos y curiosear libremente. Además, estaban razonablemente limpios e incluso había gente que almorzaba dentro, organizando un pequeño *picnic*. Lo único que estaba terminantemente prohibido era entrar con objetos hechos de cuero o con un cadáver animal como alimento. Acostumbrado al fanatismo

de Benarés, los templos de Haridwar eran muy permisivos y el cacheo de los policías, apoltronados en la entrada, era meramente una apariencia; ilusión de seguridad como el juego de Mâyâ, el juego de la reina reptil, la amante incestuosa de los *saddhus*...



## CAPÍTULO 4: SADDHUS, LOS LOCOS DE DIOS

*Siempre me río cuando no debo: me consideran cruel y  
despiadado, cuando no soy sino resistente y duradero.  
Pero si me río cuando los otros ríen y lloro cuando  
lloran, entonces tengo que prepararme para morir como  
ellos mueren y vivir como ellos viven. Henry Miller*

*Veintiocho de marzo*

El día antes de partir de Europa, *Maga* y yo salimos a cenar. Encontramos el mejor sitio en el cual decir adiós a Alemania, es decir, un sitio español: *La Moraga* donde pude saborear una tortilla de patata auténtica. Después decidimos regresar andando a casa, atravesando Alter Opera. Mientras paseábamos, nos paramos en los escaparates de Goethestrasse. Se trata de una de las calles más exclusivas de la ciudad. Allí se encuentran las tiendas de Louis Vuitton, Montblanc, Chanel, Uli Knecht o Tiffany entre otras.

Nos fascinó algo a lo que yo ya estaba acostumbrado al asomarme a los escaparates de Puerto Banús: relojes de setenta y cinco mil euros, jarrones de cristal labrado de Lalique de quince mil, plumas estilográficas de seis mil, *pullovers* de seiscientos, zapatos de Jimmy Choo a precios astronómicos.

Nosotros nos habíamos pasado días rascándonos los bolsi-

llos y vendiendo todo lo que podíamos y nos parecía un escándalo que alguien pudiera comprarse un cinturón de quinientos euros. Hubo un tiempo en el que ese consumo desmedido no solo lo justificaba, sino que participaba de él, en la medida en que me resultaba accesible. Ahora mi visión era mucho más minimalista, muy influida por los *saddhus* que tanto te gustan.

Los *saddhus* cambiaron la visión de mi vida. Ellos no pueden comprender Goethestrasse. Sería como explicar a un ciego cómo es el color rojo. La primera gran concentración de *saddhus* que me encontré en Benarés fue en el Assi Ghat, una de las mejores fotografías de los *saddhus* y sus estrafalarias rastas, sus largas barbas, sus minúsculos taparrabos triangulares. En medias cáscaras de coco llenas de ceniza, se pintan con los dedos en la frente rayas horizontales. Otros, en cuclillas, en las escalinatas, encienden su *shillom* de *ganja*, otros te saludan con el *mudra sin-miedo* para que les regales rupias. Más allá del Assi se encuentran campos estercoleros donde se ponen a secar toneladas de boñigas de vaca para convertirlas en combustible.

El *saddhu* es el triunfo del *śhramana*, la renuncia a la vida mundana, para buscar, de forma individual, el sentido de la vida. Es lo único en la India al margen de la casta y de su clasi-sista evangelio religioso.

Se supone que todo hindú nace con deudas que debe saldar cada veintisiete años. Una es con los sabios, otra con los padres y otra con los dioses.

La primera, la paga, convirtiéndose en *brahmacharya*, estudiante célibe, que no pueda centrarse en otra cosa que no sea la recitación de los Vedas para observar los pechos de cualquier mujer como si fueran los de su misma madre.

Superada esta, el hindú entrará en su vida como *grihastha*, el esposo, respondiendo a la llamada de la naturaleza para saldar la deuda que ha adquirido con sus padres de perpetuar su linaje. Cada familia hindú tiene que tener, al menos, un hijo varón para poder hacer esto y así quemar al padre convenientemente en un *samshan*. Esta etapa dura hasta los cuarenta y nueve años, cuando el tiempo arruga su piel. A partir de ese

momento, ya no debería cortarse las uñas ni usar otra prenda que no fuese una única tela, volver al celibato y partir al bosque. Es la etapa de búsqueda de Dios llamada *sannyasin*.

Al *sannyasin* no le faltará nunca comida, ni un techo donde guarecerse del sol o de la lluvia. Ellos inspiran al hombre corriente, y han parido durante siglos a todos los hombres santos de la India.

Los *saddhus* son *sannyasines* consagrados a Śhivá, cuyas ropas son túnicas rojas al lavarlas en la sangre menstrual de Parvatī, a quién reconocen como madre y también como amante.

Tu gran amigo el *saddhu* Baba Shivananda me explicó que, antes de convertirse en uno, tuvo que realizar una muerte simbólica, como forma de despedirse de las ataduras materiales que dificultan el renacimiento a una vida en la que sería un embajador de Śhivá.

Mientras le interrogaba lleno de curiosidad sobre esos ritos, apareció otro *saddhu*, un hombre esquelético con harapos negros. Le seguía un chico muy joven, con la cabeza rapada pero con algunos mechones sin cortar, esparcidos dantesca-mente por toda la cabeza, como si fueran protuberancias, pequeños y rizados cuernos de chivo. Era bizco y vestía una túnica muy raída, que antes había sido de color blanco. Continuamente se le secaba la boca abierta, de la que caían de manera intermitente espumarajos. Cuando el *saddhu* vio a Baba Shivananda se arrojó a sus pies, lamiendo el suelo donde los tenía apoyados. *Babaji* le acariciaba la espalda mientras el *saddhu*, una y otra vez, se postraba a sus pies. En un momento dado, se separó de él y abrió mucho la boca. Solo se distinguía un único incisivo en la boca, grande y amarillo como el diente de una vaca. Miró al cielo con los brazos muy abiertos como si estuviera contemplando una aparición y empezó a temblar rítmicamente girando en dirección a su aprendiz. Cuando sus ojos le enfocaron, cerró esa boca ciclópea, gruñó y se arrojó sobre él como una fiera, liándose a golpes con él, agarrándole de la nuca y obligándole a postrarse ante Babaji. A nuestro alrededor se había formado un círculo de curiosos. El *saddhu*

obligaba al muchacho a estar postrado de rodillas, y, cuando trataba de levantarse, le aplastaba de nuevo contra el suelo. Babaji los invitó a marcharse y el *saddhu* y su *chela* se fueron, formando un gran revuelo.

—A veces la bendición de Śhivá vuelve loca a la gente —me explicó.

—¿A dónde van? —le pregunté.

—Quién sabe —me dijo mirando en dirección al *ghat*— Nadie sabe nada en realidad, pero por allí se va al río.

#### *Veintinueve de marzo*

Querido Víctor, mi fascinación por los *saddhus*, surgió desde el mismo momento en que los vi. Toda la India está salpicada de *lingams*, y espermatizada por el poder de Śhivá. El *saddhu* lo sabe mejor que nadie. El *saddhu* tiene algo de vaca, de cuervo y de mono. Es resistente y quedo, pero también sabe ser ladino y hábil, sin dejar de ser inquieto y movible, sobre todo el *saddhu* errante, el nómada. Hay cientos de miles que van y vienen, vienen y van, están aquí para irse allá y los ves allá para venir acá. Así no hay apego; así hay desarraigo. El *saddhu* es su propia ley. Él hace su norma. Él sigue el camino sin buscar un camino.

El fenómeno del *sadhuisimo* es impresionante. Ha llegado a haber, en determinadas épocas, diez millones de *saddhus* en la India. Cierto que muchos mendigos y pordioseros se hacen pasar por *saddhus*. Pero el *saddhu* es el símbolo del portador de la sabiduría ancestral, del anárquico espiritual que sigue su propia senda, del desarraigado de todo para arraigarse en sí mismo, desaferrarse para aferrarse a su propio Sí-Mismo. Es un colosal movimiento contracultural; una reacción contra la rígida e hipócrita, muchas veces, ortodoxia brahmánica. ¡Con cuántos *saddhus* no me habré relacionado! ¡Los hay de tantas sectas, tendencias, escuelas, órdenes! He estado en dos Kumbha Mela, en Nashik y en Haridwar. He estado con ellos

en Calcuta cuando se disponían a peregrinar a Ganga Sagar y, con ellos, en Pehalham, Cachemira, cuando iban a peregrinar a Amarnath. He estado con ellos en Gangotri, Kedar-nath y Badridnat. Su temperamento varía mucho de unos a otros. Unos peregrinan en solitario y otros en grupo; unos son huraños y otros empáticos; algunos se esconden en las cuevas himalayas o en las junglas, y otros son nómadas. Es un fenómeno de gran interés. También lo son los *baul* o trovadores de Dios, con los que tanto simpatizaba Rabindranath Tagore. Ya fascinaron los *saddhus* a Alejandro Magno, que se quedó atónito al ver a esos gimnosofistas con un autodomínio asombroso. Alejandro tuvo como maestro de yoga al monje Kalano, que finalmente se auto-inmoló en la hoguera para protestar por la guerra. Antes, al parecer, ya Alejandro se había topado con otro sabio, el peculiar Diógenes. Cuando Alejandro le preguntó qué podía hacer por él, Diógenes repuso: «*Apartarte un poco, que me tapas el sol*».

Hay *saddhus* que se atiborran de *bhang* y otros limpios, por fuera y por dentro, como una patena. Están los *nagas* o *saddhus* guerreros, que asisten desnudos a los grandes festivales.

### *Treinta de marzo*

Coincido en tu fascinación por los *saddhus*, Ramiro. Según Baba Shivananda, los aspirantes a *saddhus* se tienen que afeitar la cabeza y unirse a una caravana que se sumergirá en el Ganges, a la altura del Gangotri, para purificarse de toda mancha. Bajo la tutela de otro *saddhu* más viejo, al que interpretaran como gurú y padre, vagarán por templos y aldeas viviendo de la caridad.

La personalidad de los *saddhus* es la de un encantador de serpientes: aman ser fotografiados y, cada vez que pueden, demuestran sus habilidades ascéticas, algunas de carácter épico. Entre las más extravagantes de las que fui testigo en

Haridwar fue la de los *khareshwari*, que permanecen siempre de pie, reposando en un arnés una pierna cada vez que duermen, como hacen los caballos cuando descansan, la que más me impresionó. También me hablaron de un *saddhu* que, buscando la iluminación, decidió levantar un brazo y no bajarlo nunca, para ver qué pasaba, para comprobar si tal vez era la forma de conseguir Moksha; por desgracia, esto no pude verlo. Me dijeron que el brazo de este *saddhu* se había atrofiado por no recibir suficiente riego sanguíneo, que era hueso y una película de epidermis, más parecido a la pata de un pájaro que a un miembro humano, y que, de no lavarlos, se había vuelto verde; otros testigos me dijeron que, en realidad, no es que el brazo fuera verde, sino que había crecido encima de este una especie de musgo; otros me aseguraron que se trataba de yerba y hubo quien me dijo que si alguien se atreviera a tocarlo, lo podría partir en dos ya que se le habría petrificado. Para los profanos todo es leyenda, pero nada es imposible en un *saddhu*. Asimismo, me encontré con una *sadvhi*, una *saddhu* mujer, acompañada de su hijo de once años que tenía labio leporino. El niño vestía una simple *langota* y un fular.

Cuando le pregunté sobre el porqué de su decisión, me contestó muy honestamente que «era la única forma honesta de escapar de la viudez». Se trataba de una mujer de apenas treinta años, del color de la piel de las aceitunas, muy pulcra y hasta refinada, y a quien tuve la fortuna kármica de encontrar en la penúltima planta del Bharat Mata Mandir, un templo de siete plantas.

Akka (nombre que adquirió en el *namakarana*, la imposición del nombre espiritual) también me dijo que muchos *saddhus* no solo habían sido pescadores, *brahmanes*, confiteros, cordeleros o pastores, sino fugitivos de la ley. «El gobierno reconoce la muerte legal del *saddhu*. Un *saddhu* no es un hombre vivo, es un *saddhu*. Es un ciudadano al que se considera muerto». Muere el hombre, pues, y nace el *saddhu*, al margen de cualquier ley humana. Cuando le pregunté por qué se fumaba grifa me contó que era un regalo de Shívá, el cual, tras volverse absolu-

tamente perfecto después de cinco mil años de meditación, se dio cuenta de que ningún ser humano vivía tanto.

—Entonces lloró, lloró mucho —me dijo—. Una de sus lágrimas rodó hasta el monte Kailash y se enterró germinando en forma de *ganja*. La *ganja* hace más soportable la vida.

Hoy por la mañana hemos sufrido un seísmo: los cuadros se descolgaron, las paredes vibraron, cayeron las estanterías y los libros, la tierra se convirtió por segundos en crestas intentando batirse. Tuvimos que salir al centro del jardín, lejos de los árboles y del tendido eléctrico. Afortunadamente, su epicentro fue en el mar. La televisión se ha pasado todo el día retransmitiendo a un obrero encargado de derribar un muro de piedra que había quedado afectado por el temblor mientras los reporteros pedían mantener la calma.

Al atardecer, nuestro barrio se puso *alegre*. Los *chavalos* habían organizado *una noche de lucha*: dos muchachos escuálidos, con guantes de boxeo viejos, gorras de béisbol y grandes calzones, se enfrentaban en una timba, en mitad de la calle, enloqueciendo a la arena con sus pasos. Todo el mundo estaba afuera, desde abuelas centenarias en mecedoras de madera a niños que jugaban a perseguirse, hombres con camisetas sucias sin mangas bebiendo *guaro* y cerveza, e incluso una familia estaba haciendo un asado y repartiendo pedazos de costillas entre los vecinos.

### *Treinta y uno de marzo*

No creo que haya conversión, Víctor, en el *sadhuismo*, salvo la apariencia, el tránsito entre serlo y reconocerlo. *Saddhu se* nace, no *se* es. Viene con el espíritu y el espíritu no tiene miedo de nada. En una ocasión, Víctor, me encontré con un *saddhu* muy especial, de ojos vivos que miraban directo al trasfondo de mi mente, intentando descubrir las motivaciones de la búsqueda de un occidental por la India. Me miró y le miré. Había hecho

muchos años de penitencia, que había dejado secuelas irreversibles en su cuerpo. Solo había que ver su escuálido cuerpo para saber que había ayunado más tiempo del que había comido.

—Si quiere despertar Kundalini— me dijo—, viva a través de ella, mímelas, arrópela como a la mujer más deseada. No la olvide ni un momento. Recite el mantra y recuérdela. Despiértela con amor, sin brusquedad, sin recurrir a medios artificiales. Dígale: «*Madre, ¿por qué te ocultas? Enséñame tus manos para tomarlas entre las mías; enséñame tu rostro para cubrirlo con mis besos. Ven a mí y hazme tu siervo, tu hermano, tu amante.*» Kundalini espera a que le ayudemos a resurgir.

Sentí paz. Enorme paz ¿Cómo pagar un instante de quietud? Quizá es un regalo que me hizo la Shakti, una caricia de calma profunda para la agitada mente de este occidental llamado Ramiro en mitad del círculo de los círculos.

El *saddhu* sigue su ruta, es un ácrata. Algunos son recios como rinocerontes; los hay con un gran sentido del humor, pero también huraños. En Katmandú, uno me arrojó un puñado de cenizas a los ojos. En Jaipur, en un campamento de *saddhus*, uno joven me dijo: «*Creo que ustedes tienen una sustancia que te lleva al samadhi enseguida*». Se refería al LSD. En mis libros sobre la India cuento muchos encuentros con *saddhus*, anacoretas, *sannyasines*. Siempre he hecho buenas migas con ellos. Como yo por la India iba con luengas barbas, largos cabellos alborotados y bastante desastrado, debían pensar que yo era «*un saddhu de otro país*». También he encontrado algunos occidentales que se han hecho *saddhus* y algunos que, en su alienación mística, incluso se han desprendido del pasaporte, como para así, ilusamente, sentirse más libres. He encontrado occidentales terriblemente perdidos, alienados, empobrecidos, mendigos, en Bombay, Cachemira, Manali, y otros lugares.

El verdadero *saddhu* lo es de alma, como el *baul*, puede o no puede salirse de la sociedad, pero no es necesario marginarse. Es una actitud de vida. Dentro de todo verdadero buscador hay un *saddhu* de algún modo, ¿verdad?

## CAPÍTULO 5: RISHIKESH

*Árboles: Abrazadme sobre la corrompida ciudad  
sagrada de los hombres. Antonio Gala*

*Uno de abril*

Ayer llegamos, amigo Ramiro, a San Juan del Sur, una bahía del Pacífico que se halla a la espalda de un Cristo de metal revestido de láminas de cristal, y que se encuentra, colosal, sobre un cerro. El dedo índice de su mano derecha apunta hacia el Sur, hacia *la serpiente de luz*, si es cierto que ha anidado en el Perú. Tenemos que formar a dos muchachas de un complejo turístico como profesoras de yoga, nuestras primeras *pedras* sobre las que edificar el yoga.

Es mi primer paso en el objetivo marcado, y además el espacio es definitivamente de los más hermosos del continente. Mi idea, y con la que he contagiado a *Maga*, es establecer unos patrones de intervención en los cuales una gran población relegada a trabajos de poca relevancia, debido a su falta de acceso a una escolarización completa, pueda acceder al mercado laboral como instructores de yoga. Para ello facilito que los *resorts* que ofrecen clases de yoga vayan sustituyendo gradualmente a los profesores, mayoritariamente gringos *mochileros*, por profesores nacionales, y así hacer posible la ascensión social y profesional. De este modo, al ya conocido triple beneficio del yoga

(físico, mental y espiritual), se le añadiría un *cuarto elemento*, el social, convirtiéndose en un motor de crecimiento dentro de las clases sociales más susceptibles a los cambios económicos, permitiendo así igualar los estratos sociales.

No tengo muy claro cómo aceptarían algunos conceptos yóguicos, me refiero a la frontera entre espiritualidad y religión, metáfora y ciencia.

Nicaragua es un país muy cristiano, con multitud de iglesias de todos los cultos, no solo liturgias romanas, sino también iglesias libres anabaptistas y escuelas bíblicas dominicales. Hay oficios de hiperdulía, de veneración de mandíbulas, cartílagos o falanges de vírgenes, y mártires de la época de Nerón. Los predicadores profesionales y los espontáneos abundan, ministros anglosajones y radio-evangelistas caribeños se disputan el rebaño, básicamente con el mismo mensaje: *Jesús confía en ti...*

Les hablo de que el OM es el *verbo de oro*, de que todo es obra de un mismo dios y, por lo tanto, que somos su morada, y como tal, divinos, que los hindúes llaman a la Shakti, Durga o Lakshmi, como los españoles a María, Macarena o Carmen. Eso sí, no terminan de entender del todo que en nuestro cuerpo habite una serpiente.

#### *Dos de abril*

Mira, Víctor, cuando le pregunté a Swami Krishnananda sobre qué es lo que tenía que hacer una persona para encontrarse a sí misma, sin dudar me respondió: *Que aprenda y practique yoga. Si es posible que recurra a un profesor. Eso es todo. El yoga le hará encontrar su camino y le mostrará la forma de llegar a la autorrealización.*

Me señaló entonces que era una buena técnica utilizar los *chakras* como soportes de concentración. Me dijo que *la transformación que busca el yoga es de hombre a Dios y el individuo debe desarrollarse plenamente y establecerse en su naturaleza divina. El*

*liberado-viviente tiene plena consciencia de Dios y el hombre común carece de esa consciencia.*

A su vez me indicó que Dios era un vocablo que «*utilizamos para designar a la naturaleza última de las cosas*» y que los obstáculos más difíciles de superar para alcanzar la autorrealización eran el apego y la ira, insistiéndome en que «*una vez que se obtiene plena consciencia del Universo, se deja de tener apegos*».

He estado una veintena de veces en la localidad de Rishikesh, punto de emanación de muchos de los discursos del yoga. Unas veces por estar en ella misma y otras por tomarla como base para ir a los santuarios himalayos. Badridnat me entusiasma y a cuatro kilómetros, ya en la frontera indo-tibetana, hay un pueblo tribal impresionante, llamado Manas. Fenomenales alfombras artesanales. Gente tosca pero amable. Desde Rishikesh también me he trasladado varias veces por carretera a todo el área de Almora, donde gustaba de meditar Vivekananda. Allí había una lama a la que me gustaba entrevistar y allí estuvo años el célebre lama alemán Anagarika Govinda, cuya obra en castellano yo promoví. También he visitado por aquella zona Niainital, que tanto gustaba a Gandhi, ciudad en un paraje muy bucólico.

Las primeras veces que fui a Rishikesh me alojé en el *ashram La Vida Divina*, fundado por Sivananda. Así como Sivananda nunca me ha gustado nada en su manera de escribir, su sucesor, Chidananda, me inspiraba, y mantuve con él muchas entrevistas. Recuerdo especialmente, en aquellos tiempos, en las décadas de los setenta y los ochenta, cómo por las noches me sumaba al *darshán* que daban Chidananda y una veintena de monjes. Era muy emocionante. ¡Otra época! También tuve mucha relación con Krishnananda, al que entrevisté muchas veces para mis libros. Forjé igualmente un estrecho vínculo con el secretario de Nehru, Atmaramananda, y con el que se consideraba el mejor *naad-yogui* de la época, Nadabrahmananda. La verdad es que tenían una mediocre opinión de Vishnudevananda o algunos *swamis*, llegando a mostrar incluso una absoluta indiferencia. En esos primeros viajes a la India, visité muchas veces el *ashram*

y me alojé varias veces en el mismo, e incluso una vez me dieron la habitación que fue de Sivananda, al lado del Ganges. En aquella época Rishikesh era muy distinto; hoy es casi un circo «místico» un supermercado espiritual. Pero me divierte, tiene su encanto: el paraje es bello, la gente se ha atrevido a profanar el río más santo del mundo haciendo *rafting* por sus aguas, hay devotos, peregrinos, frikis, drogadictos, faquires falsos, mistagogos, algún profesor interesante de *hatha-yoga* como Surinder, empleados muy antipáticos en la academia de Iyengar, vendedores de objetos sagrados, perros rastreadores y vacas meditabundas, leprosos, obesas señoras de las muchas veces insoportable clase acomodada de la India, monos y más monos, cuervos y más cuervos, restaurancillos simpáticos, cánticos de día y de noche.

Hace muchos años, cuando ambos teníamos treinta y nueve años —ahora ambos tenemos setenta—, conocí a un *swami* llamado Anandadevananda. Me impresionó su porte crístico, immaculado, y le seguí. Le entrevisté en diferentes viajes para mis obras, vive en un *kutir* al lado del río, sabe mucho, pero su "debilidad" es ser un poco pedigüeño. Meditamos juntos, intercambiamos energías de *chakra* a *chakra*, hablamos de *vipasana*, técnica que, me dijo, ya era bien conocida por los yoguis miles de años antes de ser utilizada por Buda, e hicimos *hatha* y *radja*. Un personaje notable.

Almudena Haurie me acompañó en varios de estos viajes, los primeros; entonces estábamos casados y juntos habíamos fundado el centro de yoga *Shadak* en 1971. Ella fue de una ayuda excepcional, irremplazable. Me ayudó a hacer una gran labor de campo entrevistando a más y más mentores, *saddhus*, anacoretas, por toda la India. Es una fenomenal traductora. Luego vivió varios meses en Rishikesh, alojada en el *ashram La Vida Divina*, en condiciones muy espartanas. Conservo todas las cartas que me enviaba desde allí. Incluso llegó a sugerirme que probara la experiencia de hacerme *saddhu*, pero no va con mi carácter. Ya sabes aquello de *el espíritu está presto pero la carne es débil*.

### *Tres de abril*

Sin ningún lugar a dudas, Rishikesh es la capital mundial del yoga, y si bien es cierto que la búsqueda del Sentido se halla desde en una estación de tren hasta en la sombra de una higuera, es en los *ashrams* donde resulta más evidente, tangible. De todas las ciudades indias, Rishikesh es la que más *ashrams* posee y, desde mi punto de vista, la menos adecuada para esa búsqueda, y, sin embargo, es la más visitada y ambicionada por los practicantes de yoga.

Rishikesh son dos Rishikesh. Uno el pueblo y otro el que hay al otro lado del puente Laksman Jhula, donde se encuentra esa cósmica estatua meditadora de Shívá, específicamente en los dominios del Parmath Nektan, un abrumador *ashram* con más de mil habitaciones y extensísimos jardines. En su interior, los trabajadores han construido su propio barrio, con zapateros y tienduchas en las que se abastecen.

Allí me quedé en el hotel Taj Royal, un hotel muy modesto pero cómodo, donde por las mañanas impartía clase Surinder Singh, el profesor de yoga clásico a quien yo conocí en España y que me conquistó para siempre. Surinder es un hombre humilde, simpático a raudales, discreto hasta en su misma *sadhana*, en la cual percibes su enseñanza sin percibirle a él, conduciéndote a tus límites mediante susurros, obligándote a sonreír con las escápulas, a reclutar nuevas musculaturas que tenías aletargadas o recabar los últimos resquicios de energía de pozos a los que ya habías andado para soportar un segundo más, una respiración más, en una elongación donde el dolor es mezclado con el placer. Con Surinder he sentido cómo el pecho me explotaba del mismo modo que nacen los *tsunamis* submarinos, y he notado todo peso planetario de cien reencarnaciones sobre la flexión de mi columna.

Surinder es lo único que me parece auténtico del *Rishikesh del yoga*. Todo allí me parece impostado: indigentes de diseño, monos de pelo blanco y caras negras aceptablemente dóciles,

vacas pequeñas y limpias, jóvenes occidentales vestidos como indios con malas en las manos y jóvenes indios vestidos como occidentales, exhibiendo en motos GP a una turista espiritual polaca, una japonesa. Restaurantes con farsas de dioses... y todo en un marco incomparable, poco apabullante, casi un oasis. No me parece India, me parece una imagen idealizada de India.

#### *Cuatro de enero*

Con nuestros puntos de vista de occidentales, Víctor, nunca podremos realmente acercarnos a la India. Ni siquiera a Rishikesh. Tenemos que hacerlo con la mente libre, dejando que funcione no solo la lógica aristotélica, sino sobre todo la lógica *paradójica*, porque en la India la racionalidad y lo irracional caminan de la mano, y lo intelectual debe dejar paso a lo intuitivo; lo secuencial a lo simultáneo; lo preciso a lo ambiguo; lo profano a lo sagrado y lo temporal a lo intemporal. La India es macro-India, un caleidoscopio de micro-Indias. Por algo, la India encuentra una puerta de salida a toda descripción, por mucho que se intente resumir en cualquier calificativo trivial. La India es más para sentirla que para pensarla; incluida Rishikesh.

A mí Rishikesh me pareció un pueblo muy simpático y hasta entrañable. En cierto modo, me divierte. Por otro lado, es indignante ver lo que se ha hecho de esta localidad. Fíjate, Víctor, si hace ya cuarenta años, el presidente de la Misión Ramakrishna de Calcuta me dijo: «*Rishikesh ya no es lo que era*» imaginémos cómo es ahora. Tiene mucho de circo y ya poco de lo que era la «*morada de los santos*». Ha ido reformando su fisonomía y comercializándose más y más, y muchos de sus *ashrams* son un ejemplo de banalidad.

Me he topado con buscadores espirituales que venían de muy lejos para visitar Rishikesh y sacar algún provecho místico,

y estaban indignados, al borde de una incontenible rabia al ver hasta qué punto se comercia en esta santa localidad, antigua morada de sabios. Hay un problema, Víctor. Algunos contorsionistas del yoga indios, que solo son eso, no nos engañemos, vieron la posibilidad, desde hace ya muchos años, de «pescar» en Occidente, dándose las de gurús. Ellos son los verdaderos traidores del yoga, traicionaron su tradición, el verdadero yoga, se vendieron impudicamente, sobre todo en América. Su apostolado era una farsa, siempre utilizando la mentira de que sus maestros les habían pedido que vinieran a occidente a extender el verdadero yoga. Ese solo fue el caso de Vivekananda. ¡El verdadero yoga! Sí, lo que han hecho sistemáticamente es falsearlo, adulterarlo, mostrarlo como contorsionismo puro y duro, como un canto al ego y al cuerpo.

#### *Cinco de abril*

He de decirte, querido Ramiro, que con el tiempo me he reconciliado con el linaje de Sivananda, el cual abiertamente se encuentra en mis antípodas al ser una tradición *gurukula*, es decir, de idolatría al gurú, gran parte de ellos, aunque no todos, más *becerros de oro* que *bueyes sagrados*.

Creo que se ganó mi respeto por la infinita compasión de muchos de sus instructores y por un sencillo *adagio* que ha llegado a conmover y a comprender su mensaje: *la roca, duerme; la planta, respira; el animal, se mueve; el ser humano, piensa; el sabio, intuye.*

No he encontrado una frase tan concluyente acerca de lo que busca el yoga y que, de algún modo, resuma los estados de existencia de este planeta. El yoga no es sino un estado natural del ser humano que, desde el nacimiento, se encuentra operativo, pero sin encender. No afecta materialmente, sino que aumenta la vibración de la conciencia humana.

La psicología desconoce esto y, si lo observa, lo confunde

con alguna de las muchas patologías de la mente porque no entra dentro del campo de su facultad. Así, observa al éxtasis como histeria, a la manifestación de cuanto es numinoso como alucinación. Por eso, la ciencia es incapaz de explicar la profecía o la clarividencia. Sivananda lo sabía perfectamente desde el hombre de ciencia que fue, dejando la medicina del cuerpo para practicar la medicina del alma.

Además, de algún modo, Rishikesh debe a Sivananda su fama de hoy en día.

#### *Seis de abril*

Rishikesh me atrae por lo que fue, pero por lo que fue infinitamente antes de Sivananda que, como te digo, no me gusta ni cómo escribe ni cómo plantea los temas yóguicos. En Rishikesh, estuvo varios meses Mircea Eliade; también Evans Wentz y tantos otros notables e indiscutibles orientalistas que con sus libros les dan sopas con hondas a los de Sivananda o afines. Es decir, una vez más, también en la literatura espiritual, joyería o bisutería.

Volveré a Rishikesh, porque desde allí viajó a parajes maravillosos desde donde se ve en todo su esplendor el Nanda Devi. Y porque me gusta ensoñar todos los genuinos eremitas que antaño había en cuevas o meditaban en los bosques. Ya jamás me alojo en *ashrams*. Muchos están atrocemente comercializados. Seguro que hay verdaderos yoguis realizados en todo el área de Uttakand, pero como decía nuestro admirado amigo Babaji Shivananda de Benarés, se ocultan, no se suman al gran *circo espiritual*.

### *Siete de abril*

Rishikesh supuso, en cualquier caso, Ramiro, un auténtico balneario. Cuando la visité llegaba de Benarés, donde había contraído una infección en la garganta que venía arrastrando desde la ciudad de Agra. En Benarés, terminó de asomar, y, abatido por la fiebre, busqué penicilina en una suerte de farmacia, un local sin puertas con un metro como máximo de profundidad y cuya única pared era una fila de estanterías abarrotadas de cajas de medicamentos. El farmacéutico estaba sentado en una silla al borde mismo de la calle.

Le expliqué lo que me pasaba y lo que necesitaba, pero insistió en tratar de concluir, por él mismo, que era lo que me sucedía. Así que me hizo sentar en su silla e inclinado sobre mí, hundió hasta el fondo de mi paladar una espátula médica que sacó del bolsillo de su bata, me hizo sacar la lengua y me fue girando la cabeza para que el sol me alumbrara la garganta. En pocos minutos, naturalmente, media docena de indios, y luego una docena completa, estaban observando mi garganta mientras el hombre daba, lo que yo suponía explicaciones sobre mi faringitis. ¿Qué es lo que me entregó? Electrolitos, sales minerales para evitar la deshidratación.

Mi viaje a Rishikesh fue para estrecharme en un abrazo con Surinder, a quien había anunciado mi visita por *mail* y que, al verme, me compró un medicamento ayurvédico que resultó ser mano de santo.

Al día siguiente, me encontraba mucho mejor y de buen ánimo, así que entré en la *sadhana* matutina de Surinder, en un pequeño cuarto en el que no cabía ni un alfiler, pues la fama de Suri como yogui es legendaria. Cuando terminamos, estuvimos charlando. Después me invitó a que conociera a Mata ji Divyananda Saraswasti Santosh Barhi, la directora del Ved Niketan Dham, el *ashram* de Yogacharya Dharmananda, un ex militar que tomó los hábitos y que se había trasladado

a vivir a Colorado, seducido por las posibilidades mediáticas norteamericanas.

Su espacio había sido ocupado por esta mujer, aún más brillante que él, pero mucho más discreta, lo que, creo, la mantendrá siempre en un segundo plano dentro del panorama espiritual. Santosh Barthi es una mujer menuda, con unos ojitos pequeños de ratón muy brillantes. La conversación fue muy animada y en muchas ocasiones le cedía la palabra a Surinder, cuyas respuestas acerca de los *yamas* y *niyamas*, o el papel de Brahmā dando alimentos o Śhivá quitándolos, resultaron esclarecedoras. Antes de marcharme, Mataji me dijo:

—Antes de morir, ¿te preguntarás quién eres? Yo te lo diré: Eres alma. El río que ves es Mâyâ y tienes por eso experiencia de Mâyâ, pero no tienes experiencia de alma, por lo que no le ves el alma al río. Cuando te vayas a Rishikesh, a Delhi ¿Qué necesitarás? Quizá, un coche. En el trayecto de la vida necesitas tu cuerpo: ese es tu coche. Puedes ver tu cuerpo, sentirlo como sientes el coche. Cuando comprendas esto, comprenderás que, en realidad, te desplazas a través de Mâyâ y entonces Mâyâ ya no es tu reflejo.

Tanto Mataji como Surinder siempre cerraban los ojos cuando me respondían. Al salir del *ashram*, le interrogué a Surinder sobre la razón. Suri me respondió que la razón se debía a que la verdad siempre se encontraba dentro, y que solo era visible cuando se dejaba de observar lo exterior.

—Yo te puedo ver —me dijo con los ojos abiertos. Luego cerró los ojos y me puso la mano en el corazón, diciéndome— pero ahora te observo mucho mejor.

## CAPÍTULO 6: EL ALMA ENTRE LOS DIENTES

*Todo el mundo no es más que un espectáculo,  
espléndido y vacío. Nisagardatta*

*Ocho de abril*

Hoy, mientras reptaba por encima de mi esterilla en mi *sadhana*, ante Darling y Verónica, mis primeras pupilas, pasó por delante de mi mirada un río de hormigas que se dirigían a su agujero. No pude evitar acordarme del mito del dios Indra, que, en el fragor de una batalla contra demonios, mató por equivocación a una serpiente que era Brahmán y piadosa, lo que le costó reencarnarse en hormigas, algunas de las cuales terminaron siendo diosas hormigas y otras, no.

En estos tres días en la costa, he recibido los *mails* de cinco personas de España diciendo que habían soñado conmigo. A dos, apenas las conocía. No sé si todo esto tiene relación o no pero, poco después, durante un receso en las clases, *Maga* se abrazó a mí llorando: se acababa de enterar de que el padre de su hijo se negaba a entregarle a su hijo, reteniéndolo en su apartamento de Alemania y negándole su derecho a ejercer su maternidad. Hemos pasado largo tiempo llorando y maldiciendo, pues detestamos ese país y la noticia apunta a que *Maga*

tendrá que regresar y emprender un juicio. La idea de Barcelona está descartada definitivamente. No sé qué hacer. En Alemania, carezco de futuro, no veo un proyecto de vida al lado de *Maga*, cada vez más ajena a mí y, por otro lado, no me siento capaz de dejarla sola en su querella por mucho que Krishnamurti insistiera en que no debemos cargarnos los hombros con los problemas de otros, por muy cercanos que fueran. Ellos se descargan, trotan felices porque otros les están buscando la solución. Y sí, es cierto, Krishnamurti era un clarividente, pero la sola idea me hace sentir indigno. He percibido con claridad, como si lo pudiera engullir físicamente, que la gran conexión que me unía a su ser y que se había vaporizado lo hizo para, de golpe, aparecer de nuevo. Abrazado a ella, mientras las lágrimas le caían por el rostro, aprecié como mío el musical, el callado sufrimiento que la embargaba. Gran ironía de la vida: ahora que quizá vayamos a separarnos, me siento unido a ella como el vértigo al abismo.

Pero ni *Maga* es mi maga ni yo soy capaz ya de prescindir de esta tierra. Camina sobre mí como un gigante, en mi siesta, en mis misiones, en mis rutinas. Su profundidad de montaña invertida, su desorden, su clima de azúcar quemado. Sorbo a sorbo, me he amarrado a Nicaragua y siento que solo puedo dejarla a rastras, como alguien que agonizara por una cuchillada en el abdomen. Amo sus incendios, cómo ha vuelto dóciles a los más violentos.

Quiero vivir todo aquí. Quiero morir aquí. En este país, la gravedad tiene más fuerza. Quiero sus noches sucias y hermosas, no los blancos días de Centro Europa, sus aburridas calles, sus estrellas frías reflejadas en los charcos fríos. Quiero andar con poca ropa, arriesgarme a que un sapo me escupa, hundirme en el fango por una tormenta tropical. Quiero comer con las manos, desayunar papaya o melón, aprender salsa, conocer el sabor de sus salivas.

Me ha enseñado a vivir en el desabastecimiento. No tiro ni una hoja de papel hasta que no está completamente emborronada, reutilizo hasta que se desmiga una goma elástica. Los

lápices, las maquinillas de afeitarse usadas o las mismas bolsas de plástico tienen un valor incalculable porque conseguirlas se encuentra lejos. Me ha enseñado a ver cómo el conductor del autobús maneja, al tiempo que cuenta billetes o chatea con su teléfono móvil; mientras, su novia, tumbada en el salpicadero, abre y cierra las puertas con una palanca para que se bajen o suban los pasajeros en marcha. Te acostumbras a que una tormenta desbarate el tendido eléctrico, la línea telefónica, a que riadas de lodo entren por debajo de tu puerta, a ver capas de moho en las tazas de barro.

Pero a lo que no te acostumbras del todo es a la profunda mirada de las negras rumbo al mercado, al campesino anciano que parte al maizal cada mañana, a la sonrisa blanca y ancha de los niños, a la infinita tristeza de la pobreza, perennemente solapada por la alegría.

Mis indecisiones han convertido mi mente en una montaña rusa. Tengo entendido que cada Diosa lleva el nombre de su marido, aunque, en realidad, no son sino el aspecto femenino de este. La diosa es la energía ilusoria, la que hace que las almas vivan dentro del universo material. Parvatī tiene el poder de cegar a los seres con engaño y el poder de liberarlos del mismo velo. La diosa atrapa al dios en sus telarañas, enloquecida por el acto de crear, y retiene al ser humano en una escala evolutiva que le impide acceder a su divinidad y cuyo objetivo es alargar su existencia en el mundo de los espejismos, de la vanidad, del triunfo del ego que represa su evolución espiritual.

No sé si eso se puede aplicar a *Maga* y a mí como pareja, aunque no dudo de nuestra unión como mónada espiritual, pues tenemos una relación al ciento por ciento kármica. No obstante, el karma está para romperlo, no para aceptarlo domésticamente. Hubo una era en la que el Absoluto retenía a Shakti y a Śhivá, pero nada existía. En nosotros, lo que existe, no nos retiene pero nos ensambla como piezas de un único ser.

Creo que elegimos a nuestras parejas por lo que las precede, es decir, su alma. Y, con tal conexión, no puedo sino detestar que *Maga*, de alma cristalina y pura, viva una situación como

esta, que solo encierra una profunda xenofobia. No hay peor demencia que la que afecta a los pueblos, a las naciones, a los países, aquella demencia que conduce a la histeria del patriotismo y con ello a sus casposos tribunales.

En una estúpida catarsis, vergonzosa, salí al jardín y quemé todos los libros de autores alemanes que tenía, salvo Nietzsche. Al fin y al cabo, hubo una década en la que ellos hacían lo mismo a diario en sus universidades. Intentaba sentir algo mientras veía cómo, en rojo y negro, los libros se encogían, crepitaban y terminaban siendo una cáscara de ceniza blanca aún con sus letras impresas que, finalmente, una leve brisa desintegraba. ¿Sabes qué sentí, Ramiro? Nada, absolutamente nada, lo que me hizo comprender el porqué de la monstruosa mentalidad de los nazis. Es algo que se llama alexitimia, es decir, eso que hace que los peatones nunca crucen una calle vacía con el semáforo en rojo, ni cedan el paso en una puerta o levanten a su hijo del suelo si se ha caído. No reconocen sentimientos, porque son indescifrables. Solo la norma es comprensible.

#### *Nueve de abril*

Víctor, amigo mío, hay un término que me gusta acuñar y utilizar y que es el de *completud*. La mayoría de los seres humanos, como no han finalizado su proceso de maduración y su desarrollo armónico, se sienten incompletos, lo que deriva en angustia existencial, exacerbado sentimiento de soledad, inseguridad, carencias emocionales y miedo. Porque no nos sentimos completos, tendemos a creer engañosamente que otras personas o incluso cosas nos pueden completar; pero es un enfoque equivocado y que conduce a más sentimiento de soledad, más ansiedad, más desamparo e incertidumbre, más miedo.

A quien llamas *Maga* no te completa, nunca lo ha hecho. Solo tu mente lo ha creído.

Nadie puede hacer por nosotros el trabajo de completarnos, y cualquier expectativa en que otra persona pueda hacerlo, nos aboca a la amarga frustración y al desaliento. Tú conoces a Jesús Fonseca. Él siempre previene contra el hecho de creer que otra persona que venga a nuestras vidas va a resolver nuestras complejidades, porque no es así y, en todo caso, puede añadir las suyas. En efecto, como sabiamente señaló John Lennon, no podemos poner en manos de los demás la responsabilidad de que nos completen, además de que no pueden hacerlo aun si se lo propusieran. Krishnamurti llegó a decir que nunca toleraría que alguien le dijera que le era indispensable, porque es un modo de sutil manipulación, por romántica que resulte la aseveración entre enamorados. Uno tiene que hallar refugio en uno mismo, poner los medios para llevar a cabo su desarrollo armónico y su proceso de maduración, y luego compartir el bienestar logrado con los demás. Ciertamente que el despertar de la consciencia no es un juego de niños, sino un trabajo de gran envergadura, que nos permite aceptarnos conscientemente a nosotros mismos y, desde ahí, comenzar a construirnos desde la humildad y el esfuerzo.

Esfuézate y permite que ella se libre de todo mal sin ti, pero contigo.

### *Diez de abril*

A pesar de mis cuitas e interrogantes, observo que quizá todo cobra un sentido, que hay una lógica tramada... Si el Absoluto no permite el caos, sí, en estos momentos, la vida me arrebató la respiración, quizá sea porque tenga que ser así. Quizá es que las pasiones, los sentimientos y los dolores que los acompañan, encierran algún mecanismo de crecimiento, algún aprendizaje transformativo que tiene tanto que ver con la vida como con el karma, pues la vida es la raíz y el karma, los frutos.

Soy un poco del Todo, lo que lleva en sí mismo que soy

Aquello que no entiende de máximos y mínimos, sino que mantiene el equilibrio más allá de sus partes, del mismo modo que se renueva el tegumento en las ninfas de los insectos o la serpiente muda, su pellejo. La armonía universal no implica que las cosas queden intactas. Por el contrario, toda evolución se basa en un latigazo preciso, una intervención quirúrgica, un vómito de luz. Para saltar, hace falta apoyarse.

Quizá solo busque una explicación a esta perturbación para poder aceptarlo, como el cristiano se somete los designios misteriosos de su señor. Pero pienso que somos crisálidas, Ramiro, que estamos envueltos en cápsulas, hilos de seda que van adaptando nuestro organismo sutil a nuevas estructuras, que nos otorgan alas invisibles para ser capaces de planear sobre las estancadas aguas del sufrimiento y sus acólitos, los desalmados. No hay diferencia entre un yogui y un esquizofrénico, pues ambos adaptan su cuerpo, uno a la muda del espíritu y otro a la enfermedad, convirtiendo esto en una cooperación.

Hay que aprender, pues, a cooperar con el alma, a facilitar la metamorfosis.

#### *Once de abril*

Te cuento, Víctor: Mis buenos amigos Joaquín Tamames y Javier León han venido a visitarme a casa y a degustar conmigo una humeante y olorosa infusión. A medias, con Joaquín Tamames, he escrito dos libros («*Dividendos para el alma*» y «*El cielo en la tierra*») y, a medias, con Javier León, «*Amor es relación*». En el buen sentido de la expresión, puedo decir que me han tirado de la lengua. Hemos hablado, nada más y nada menos, que del alma. Hoy está de moda hablar de muchas cosas, pero ¡del alma! Y, sin embargo, hace meses, sin el menor pudor, titulé a mi última novela «*La Dicha del Alma*» porque hay un estado muy especial de consciencia gozosa que los hindúes denominan *vilasa vivarta*.

En los tiempos que corren, donde abundan personas desalmadas, hablar del alma resulta casi chocante. Pero he aquí que nos hemos aventurado a abordar el tema del alma, aunque sin excedernos, como para no abrumar con demasiadas conjeturas a mi gato *Emile*. Más allá de si el alma es permanente o no, perecedera o imperecedera, temporal o tras-temporal, lo cierto es que, en determinados momentos, la experimento como una entidad no-egocéntrica que trata de manifestarse. Solo a veces, ella consigue asomarse entre la maraña de patrones, identificaciones, apegos y miedos, y entonces uno conecta, experimenta vivamente, una energía muy fina o sutil, una presencia, un eco de infinitud que parece estar inscrito en las células y más allá de ellas. Cuando se experimenta esta presencia, se tiene un destello o vislumbre de la certeza de ser, pero tan fascinados e identificados estamos con todo lo exterior y con nuestro flujo mental, que todo ello nos aleja de nuestra esencia y el alma vuelve a esconderse, como el sol se oculta tras los nubarrones. Por ver la ostra, no presentimos la perla que dentro de ella se oculta. El alma, o como a esta la podamos llamar (la esencia, lo real, la base, lo vacío, el núcleo del núcleo, el castillo interior) es el maestro interior y no hay que ir a buscarlo a ninguna otra parte. Es la gracia que mora en uno mismo y que se manifiesta como un impulso sagrado que nos induce a buscar en el universo *suprasensible*. Nadie nos la puede dar.

Me confieso incrédulo, descreído, iconoclasta. Me gusta la actitud de Tomás el Incrédulo, que necesitaba meter los dedos en la llaga para creer, porque eso es experimentar, y lo que transforma no es la creencia, sino la experiencia directa. La creencia divide; la experiencia une. La creencia se puede convertir en un modo de violencia y fanatismo; la experiencia nos permite emerger de nuestros estrechos puntos de vista.

Cuando mi alma llama a la puerta para hacerse escuchar, trato de estar en disponibilidad para abrírsele. Brinda la presencia de una muy fina o sutil energía más allá del ego, que, de repente, nos colma de plenitud y asunción del cosmos. Los hindúes le llaman «*el toque de la Shakti*». Vislumbramos, por unos

instantes, una realidad que se nos escapa, pero que se traduce como un impulso para que no dejemos de buscarla. ¿No será, como dicen los grandes místicos, que la buscamos porque ella ya viene buscándonos? O ¿no será que si la buscamos es porque de algún modo ya la hemos hallado?

*Emile* guarda un hermético silencio. Quizá porque sabe, como diría Ramana Maharshi, que «*el silencio es siempre elocuente; es el mejor idioma*».

#### *Doce de abril*

Ayer, *Maga* partió hacia Alemania, con una pequeña maleta y esa especie de acordeón indio, el *armónium*. La despedí en el aeropuerto, con un abrazo interminable que intentó unir todos sus pedazos rotos. No podía disimular en sus ojos el terror a perder la custodia de su hijo. El saber que allí nadie la espera para consolarla, que es considerada una ciudadana de tercera, me desconcierta, me hace apretar los puños. Sin embargo, estos días, pude observarla más fuerte, con gran optimismo y siempre confiando en la compasión y en la ecuanimidad. Solo ayer se vino abajo y se pasó el día llorando sin consuelo.

Yo le digo que lo escriba todo, que no pierda memoria, porque un día su hijo será adulto y merece saber la verdad de su madre, el porqué de las distancias, el porqué de su lucha. Ella confía también en que esto sea una de esas madejas del karma que, al deshilvanarse, permiten la salida de la complejidad del laberinto. Para mí es la salida del laberinto de nuestra relación.

Con esta ruptura empieza para mí el día cero. No voy a mentirte, Ramiro, la paz para mí no es una opción por el momento. Soy un contenedor de rabia que solo libero en la *sadhana*. Hoy, mi práctica ha sido de cuatro horas seguidas, solo interrumpidas cuando paraba para beber agua, mojarme la cabeza o secarme las gotas de sudor que entraban, triangulares y saladas, en mis lagrimales. Hacía tiempo que no practicaba con

tanto vigor, y, sin embargo, creo que mi intención no era pura, pues mi mente solo encontraba argumentos en la rabia para continuar de *asana* en *asana*, como el mono salta de rama en rama.

Mi mente no encontraba *sthira* ni *shuka*.<sup>[1]</sup> Quería una guerra, observar a ovejas devorando lobos, romper algo hermoso, quemar más libros. No soporto este sufrimiento ajeno, que ya no es solo de una mujer, sino universal. Quiero el fin de la injusticia, a Cristo, descendido de la cruz, diciendo a sus apóstoles que el que carezca de espada, venda su manto para comprarse una. Todo se reconvertía en *sadhana*. La furia se diluía en *citius, altius, fortius*.<sup>[2]</sup>

Ayer sufrimos, además, otro terremoto poco antes de la puesta del sol. Mientras me encerraba en el baño observé furia de las placas tectónicas como la mía. Después, mientras recogía los pedazos de vasos que se habían precipitado al suelo, me di cuenta de que, unos segundos antes del temblor, todo había sido silencio, como si el planeta contuviera el aliento.

Entonces hallé una respuesta cósmica: ahondar más en el silencio, como *Emile*, tu gato, y volver al desierto, a la sombra sedosa de la respuesta más sutil, a lo que abarca cuanto es inmóvil y contundente. El yoga no es sino silencio y el no-yoga, ruido.

El Sí-Mismo carece de ruido, es el océano. Lo que no es Sí-Mismo es la turbulencia del océano al romper contra la costa pedregosa. Quien te aporta ruido, solo busca sacarte de tu paz. Voluntaria o involuntariamente, es un ser tóxico, negativo, un huérfano emocional. Náufrago, arroja piedras al sol que ama tanto. El yoga no es una oenegé. Es auto-búsqueda, sanación del alma, no un diván. Ofrece más preguntas que respuestas.

---

1 Estabilidad y confort en el sistema de Pátanjali, imprescindibles para entrar en el estado del yoga.

2 Lema de los juegos olímpicos: *más lejos, más alto, más fuerte*.



## CAPÍTULO 7: EL GANGOTRI

*Ganges, no te describo, no te dibujo. Me postro ante ti, me hago humilde, bajo tus ondas. Fortalece en mí el silencio y el abandono. Oremos, oremos, en la India, si no se reza, se pierde el viaje. Es tiempo dado a los mosquitos. Henri Michaux*

*Trece de abril*

Querido Víctor: Si hay una verdad, se encuentra en el Gangotri. Desde tiempos inmemoriales, Gangotri ha sido lugar de peregrinación, ya te lo he dicho. Quien peregrina a las fuentes del Ganges, constela, diría yo, la peregrinación a su propio poder nuclear. Ir remontando el Ganges, homologa la remonta de nuestros pensamientos, siguiendo el largo peregrinaje del hilo de la consciencia para ir más allá de la consciencia, hacia el espacio inmaculado de quietud que reside en toda criatura viviente. Ya sabes, querido Víctor, las pasiones que ha levantado el Ganges. Intenté cuatro años seguidos llegar a sus fuentes, pero siempre me encontré con desprendimientos de tierra en las carreteras, que me dejaban detenido, y tenía al final que vérmelas y deseármelas para poder volver a Rishikesh, de donde había partido. Bueno, eso me daba la oportunidad de seguir asistiendo a visitar a Swami Anandadevananda, meditar con él y recibir enseñanzas, en su kutir al lado del río. En una

de esas intentonas, finalmente, tras un viaje bastante accidentado, logré llegar a Gangotri. Dormí en carretera una noche, en una *tourist lodge*, en un dormitorio colectivo donde había una treintena de sikh.

En Gangotri, dormí en el *tourist bungalow* más sórdido, creo, del país. Justo al lado de donde el Ganges se precipita con un ruido atronador. ¡Qué peste la de los edredones! Tú ya conoces el lado sórdido de estos viajes fuera de los circuitos turísticos. Fue muy interesante y revelador. Porque en ese viaje a Gangotri, yo iba sintiendo como si viajara al origen, a la fuente de mis pensamientos, donde se experimenta la realidad supra conceptual. Rishikesh ha sido mi base para viajar también a Badrinath y Kedarnath, los sacrosantos santuarios himalayos. Cantidad enorme de peregrinos, *saddhus*, ancianos decrepitos teniendo que ser ayudados en angarillas, leprosos y legión de mendigos, la santidad a raudales, pero suele ser una santidad bastante interesada y no el desprendimiento del místico. Es la santidad para reclamar muchas veces favores muy concretos al Divino. Entre los millones de corazones que tratan de conectar con el universo suprasensible, hay todo tipo de intenciones y motivaciones.

En la India, yo he sido durante años como un frenético correcaminos, anhelando llegar al último rincón de este inmenso país, queriendo abordar lo inabordable, poniéndome a prueba con cada desplazamiento. Que yo sepa, dos veces estuve a punto de morir, pero habré estado en esa situación en más ocasiones. Accidentes en carretera he visto los peores que uno pueda imaginarse. Pues bien, junto al templo de Gangotri me encontré un *saddhu* centenario, tambaleante, ojos vivos como antorchas, el poder de la energía sagrada o la superstición insuperable, no lo sé. La India religiosa es muy misteriosa, es la que me interesa. La India imitadora de Occidente, materialista sin fin, donde se valoran el Rolex y el Mercedes, no me inspira la menor confianza. No hay quien entienda la India, y tú lo sabes bien. Me dijo una vez un profesor de matemáti-

cas divinas que la India despierta tanta pasión porque no hay quien la entienda, y eso se convierte en reto.

*Catorce de abril*

Querido amigo Ramiro: Además de mi cita con Surinder, Rishikesh para mí era también el *campamento base* hacia Gangotri, pero nunca llegaría, dado que había perdido mi equipo de alta montaña en Benarés, por lo que me conformé con quedarme allí más tiempo del previsto.

Gangotri se convertiría en esa espina clavada en la planta del pie, el viaje no realizado. ¡Fueron tantas las veces que había leído en tus libros el despliegue descomunal de la India del Gangotri, su amanecer ocre, sus montañas peladas, la precipitación del Ganges hacía las tierras bajas!

Ciertamente, la India es multilingüe. Habla a través de sus olores, de su temperatura y color; a través del ardor del ascetismo, a través de las cenizas de sus incinerados, del calor del mantra, del cimbreo de los pedigüenos... Pero en Gangotri se encuentra la casa de la Madre Ganga, rodeada de los irbis, los únicos grandes felinos que no rugen, y lofóforos, faisanes que, aun pudiendo volar, prefieren vivir corriendo entre la maleza.

Es como si allí todas las potencialidades se abandonaran para vivir en su reverso, como si se dispararan flechas hacia atrás, descendiéramos hacia el cielo o la sangre fuera blanca. En Gangotri el frío no inhibe a la danza, ni el remolino de las aguas, espanta. Tengo entendido que allí la memoria se borra y el corazón cae como un soldado a tierra.

Hoy recibí un correo de *Maga*, con una foto abrazada a su hijo frente a unos verdes viñedos. Parecían muy felices.

### *Quince de abril*

¿Sabes una cosa, Víctor? Yo me propuse conocer toda la India para poder cerrar los ojos y visualizarla como si estuviera un mapa de la misma desplegado ante mí. Parecía imposible. Lo he conseguido. Estaba en Gangotri, el río se precipitaba a mis pies, corriendo hacia Rishikesh, Haridwar, Patna, Calcuta, la Bahía de Bengala. Entonces entorné los ojos y pude visualizar toda la India. No digo su medio millón de pueblos y aldeas, pero sí todas sus regiones, muchas de sus ciudades y paisajes.

En los ojos de mi imaginación constantemente veo los enormes desiertos y planicies, las gigantescas montañas e inmensas mesetas, los bosques frondosos, las junglas selváticas, los excepcionales valles y las plácidas lagunas y canales tropicales. Visualizo sus grandes ríos: Ganges, Brahmaputra, Indo, Yamuna... Me proyecto flotando sobre los Himalayas, los montes Arawali y las colinas Kymore; penetro por el desierto de Sind y me dejo llevar por la meseta de Malva y por la llanura indo gangética. Miro y miro en el escenario de mi mente, donde todo ha quedado recogido, custodiado, para siempre. Miro los miles de santuarios que salpican las tierras de la India, los templos minúsculos y los que son casi como ciudades. Se suceden en mi mente los cientos, los miles y decenas de miles de *lingams* desparramados por todo el territorio. Contemplo toda suerte de rostros, de las más variadas razas, y escucho toda clase de idiomas y dialectos. Se me repite en la mente una larga y desenfrenada historia; una inmensa e interminable tradición. Asalto con mi recuerdo y mi amor este territorio, desde los Himalayas al Cabo Comorín, desde Mumbai a Bengala.

Empapado por las aguas del Ganges, desde aquella mañana del mes de agosto en el que me encontraba en las fuentes del río más sagrado y generoso de la India, tomé consciencia de mi larga búsqueda en ella y de los millones de vivencias e impresiones que en mi alma acarreo. Como he ido remontando el Ganges hasta sus fuentes, hay que ir remontando el pensamiento

hasta el pensador y más allá del pensador. ¡Qué país este de desproporciones y extremos! ¡Qué país este tan fabuloso! Dios muestra todos sus rostros en estas tierras asiáticas: los hay que espantan y estremecen, los hay que conmueven y emocionan, los hay que embelesan y fascinan.

¡Qué sensación! Un país tan descomunal prendido en mi cabeza, inscrito en mis neuronas. Han sido noventa y nueve viajes. Iba a realizar el número cien cuando enfermé. Tú viniste a despedirte de mí a la UCI, pero aquí estoy de nuevo, escribiendo juntos nuestro tercer libro.

#### *Dieciséis de abril*

Ramiro: Desde el comienzo de los tiempos, el ser humano intuyó que algunas partes del mundo eran *centros de poder*, cuando el dios de turno derramaba su esperma o su sangre, o los elegía para su nacimiento como mortal o para su muerte como inmortal. He visto bosques de sauces llorones y árboles milenarios, laberintos, petroglifos, monumentos megalíticos, montañas y cuevas considerados así: Palenque, Stonehenge, el bosque Sheka, los *turf maze* británicos, la casa cósmica de Usuré, las cuevas de los nadadores de Wadi Sora... En todos estos centros he buscado recargar mis energías, pedir una nueva mujer más cariñosa o solicitar paz. Lo maravilloso de la India es que en sí misma es un lugar sagrado, un gigantesco centro de poder que alberga en cada calle un lugar donde meditar, rezar o sanar espiritualmente.

Estas tierras y su arboleda intiman con las ciudades sagradas, los doce *miotir-lingam*, los grandes templos de Shiva, las distintas moradas de los dioses, los cincuenta y un *Shakti Pheeta*... La India no es la India, es un compuesto de distintas Indias: Los horst del Deccan y sus anillos exteriores; Vrindavan, la ciudad de las viudas; los canales tropicales del sur; el Rajastan y su ciudad rosa; la antigua y fértil Orissa... Hay tantos *dvara*, pirámides

indias que limitan lo sagrado y lo profano, como hervores en una olla al fuego. Posee tal magnitud que su espiritualidad ha traspasado las fronteras físicas, reconociendo hasta en las Islas Mauricio y el mismo Sidney sedes de la gracia del dios Śhivá.

Pero su enorme trascendencia no solo puede quedarse en lo que podemos tectar o ver; más allá de las fronteras de la vida, existe donde adorar a Dios y lugares en los que solo pueden ser visitados muertos: Tirupparkadal y Vaikhunta, los últimos *divia desham* (zonas sagradas) donde satisfacer el deseo de culto. Hay pocos países en este planeta comparables. Quizá Tíbet, Egipto, Perú o México, sin duda.

Hoy parto hacia Ometepe, una antigua isla pirata en medio de Nicaragua, con un istmo que la estrangula y le da forma de nudo infinito, y que tiene, a su modo, a Śhivá y *Shakti* en forma de volcanes. Uno se llama Maderas y el tiempo lo ha anegado y dormido; ahora reposa como lago. La otra es la *vulcana* Concepción, activa y violenta, cuya cumbre desnuda está cubierta por la escoria rojiza de sus entrañas.

#### *Diecisiete de abril*

Víctor: La India es un gran mándala, como un enorme cuerpo de conocimiento iniciático surcado por venas de energía, que son sus ríos sacros: El Ganges, el Yamuna y el Saraswasti, que simbolizan, a mi modo de ver, los tres canales de energía principales que se constelan en el ser humano. Del mismo modo, las siete ciudades sagradas de la India serían los siete chakras. Todo tiene un significado místico e iniciático en la India, donde también, a cada momento, se constela y se vive el poder de la Diosa, la consorte del Divino, su energía dinámica y que configura, sin embargo, todos los fenómenos ilusorios de *Mâyâ*. La India que tú y yo, por ejemplo, vemos, es muy diferente a la que pueda ver quien no esté interesado en el lado místico de este país milenario. Nosotros vemos más allá de la mise-

ria, las moscas, el sofocante calor, los olores nauseabundos, la belleza de Ajanta y Ellora o del Taj Mahal; nosotros vemos más allá de la miseria escalofriante de los *slams* peores de Asia, del tandoori o del sitar; nosotros vemos la India eterna, la *Shakti* en cada rostro y en cada sari, en cada *langoti*, en cada súplica. ¡Qué prolija es la *Shakti* en la India! Velo tras velo, de los más bellos a los más horrendos, la Mâyâ se complace en tejer el laberinto, defendiendo así su centro, que es al que el buscador tiene que acceder aun si se juega la vida. Durante años y años viajé a la India. Tras mi enfermedad, intenté hacerlo a los pocos meses y me lo prohibieron los médicos. No he vuelto. Nunca había estado tanto tiempo sin regresar: casi cinco años. Temo, en cierto modo, hacerlo, por no saber qué India me encontraré. Quiero volver a Joshimath y contemplar otra vez el Nanda Devi. Quiero volver a recorrer las zonas tribales, y a levantarme al amanecer para contemplar extasiado, desde Darjeeling, el Kanchenjunga. Tengo avidez por vivir de nuevo la aventura incierta de la carretera deleitándome con la visión de los ilimitados campos y la hilera de mujeres con sus cestos en la cabeza yendo a cosechar. Como decía Jung, la India deja una huella indeleble en el alma; como decía Mircea Eliade, en la India uno comprende realmente lo que es la religiosidad cósmica. Al rostro de la mujer, terriblemente mordido por la viruela, sigue el de la joven más hermosa. Mâyâ por doquier. Déjame compartir contigo ahora a Bhartrihari:

*Escuchad, aquí, el sonido del dulce laúd, y, allí, la voz de un vivo lamento; aquí se reúnen en congreso los graves doctores y grita, allí, la turba alborotada de borrachos; aquí vemos encantadoras doncellas llenas de alegría, allí ancianas vacilantes y marchitas. A cada luz corresponde una sombra. Yo no sabía decir si vivimos en el cielo o en el infierno.*

En la India, seguramente, Víctor, en ambos, ¿no crees? Y el secreto está en conciliar y situarse en esa consciencia-testigo que mirar con serenidad.



## CAPÍTULO 8: EL YOGA DE LOS YOGUIS INMORTALES

*Vivimos como soñamos: solos.* Conrad

*Veinticuatro de abril*

Ramiro: Hoy he vuelto de Ometepe, esa bellísima porción de tierra en el lago Cocibolca, el gran lago de Nicaragua.

El pueblo en sí es una oferta turística pero con cierta candidez. El Cocibolca no es un lago manso: la travesía, desde el puerto continental de San Jorge al isleño de Moyogalpa, es un vaivén continuo en una réplica de lo que son los medios de transporte nicaragüenses, es decir, sin sitio para sentarse; enseres, sacos con gallinas apestosas, bicicletas y motos por doquier; niñas y adolescentes vociferando sus cargas: bolsitas de agua, mangos, churros grasientos, dulces.

Al descender, decenas de estibadores autónomos abordan el *ferry* para disputarse y descargar las mercancías, ganarse así un par de dólares y paliar la pobreza de quien no posee un campo que arar.

Al fondo se ve la *vulcana*, madre mitológica de los quince volcanes restantes de Nicaragua, coronada de nubes que se desgarran en su cumbre. Para subir contraté los servicios de un guía local, con quien quedé a la madrugada siguiente. El

día lo pasé como un turista más, visitando las franjas de arena que penetran lago adentro y escuchando las leyendas sobre sus fantasmas, el *Chico Largo*, la *Madre Bucha*, sobre cómo una boa se comió a un hombre que echaba una siesta bajo un árbol, sobre el dueño de un hotel que había pactado con el Diabolo.

Naturalmente no salimos a la hora prevista, debido a que el autobús que nos dejaba en las faldas pasó antes de tiempo. En Nicaragua te tienes que acostumbrar a que nada funcione, pero funciona; a que nada llegue a tiempo, pero se llega. Te cultiva la paciencia, a veces de forma gentil; otras exasperante.

Dos horas más tarde de lo previsto comenzamos el ascenso, que fue tornándose cada vez más duro hasta terminar convertido en una auténtica prueba de resistencia aeróbica. Según se abandonan las plantaciones de tabaco y banano, las cuestas comienzan a empinarse y aparecen plantas de enormes pámpanos que alojan una especie de alga de color azul, madroños, hules, enredaderas de hojas en forma de corazón, bejucos. El suelo era polvo. Poco a poco, el paisaje comenzó a desolarse.

A los mil doscientos metros ya había perdido el resuello y sentía alfileres en los pulmones, por lo que paré en una planicie para hacer *prânayama*, aquietar el ritmo cardiaco y observar el contraste escalado del lago, las ciudades, la zona boscosa y las laderas, cuya neblina ácida evita cualquier atisbo de vegetación salvo una especie de orquídea azul, diseminada entre las vetas negras de arena volcánica, coladas de lava y profundas simas. Por fin, el silencio. Allí no se escuchaba nada; el jaleo de los congos, el silbo de las aves, la rama que se rompe, el fruto maduro que cae en un colchón de hojas secas, la estampida de los reptiles al paso de los escaladores era como si nunca hubieran existido.

Enterré mis manos en la arena negra como el agua penetra en las vísceras más duras de la tierra, intentando sentir el duro corazón de hierro y níquel del planeta, más allá de la capa de silicatos que forma su corteza y más allá aún del océano de magma, a miles de miles de kilómetros hacia dentro.

El sol comenzó a caer implacable y el ascenso al cráter con-

sistió en una escalada de cuarenta y cinco grados, resbalando sobre piedras fracturadas que me obligaron a caer y gatear repetidamente.

Nunca había introducido mi mano en una *Shakti* telúrica. Es similar a la sensación de abrazar árboles pero sin el arrobamiento que ofrece la vida vegetal. Es más tosco, enlutado.

En dos semanas llega el invierno, comenzarán las primeras lloviznas, que darán paso a intermitentes aguaceros devolviendo el verdor a todo el país, llenando de nuevo los cauces secos de los ríos, volviendo fronda la esterilidad de la tierra. Solo los bosques nubosos, envueltos bajo sus plantas aéreas y la niebla persistente, desconocen la sequía, viviendo perpetuamente en la fresca condensación de los vapores de su suelo.

#### *Veinticinco de abril*

Víctor: En la búsqueda espiritual, lo que de verdad sirve es la consistencia. Incluso aunque uno a veces se salga de la ruta, si hay consistencia, se volverá a la misma. Los retrocesos son aparentes si uno no deja el *sadhana* (la disciplina, el trabajo interior); los estancamientos son inevitables, pero si uno activa la motivación y no deja el *sadhana*, sale de ellos, como el intrépido explorador logra emerger de las arenas movedizas y seguir su marcha selvática. Por qué se busca, cuando podríamos llevar una vida relativamente plácida sin hacerlo, es muy misterioso. Quizá intuyamos otra realidad que se nos escapa o haya quedado en nosotros la «secuela» de un eco de infinitud que nos impulsa a rastrear como un obsesivo sabueso; tal vez, nuestra propia insatisfacción o profundo descontento por lo que es el *Samsara* (lo fenoménico) nos fuerza a buscar otro modo de ser y sentir o de hallar respuestas a los grandes interrogantes de esta enigmática existencia, en cuya película participamos, sin pedirlo, unos años como comparsas, para luego, de súbito, también sin pedirlo, ser expulsados de la misma.

El buscador es una raza singular; sondea en lo suprasensible pero también en lo sensorial. No puede dejar de seguir en el intento de hallar claves para darle a la vida otro sentido, de encontrar pistas para ir más allá de lo puramente aparente. Como el yoga es el método de Búsqueda más antiguo, los primeros yoguis fueron los primeros buscadores. Incluso buscamos al que busca, tratamos de conocer al conocedor. Hay una sed muy honda que queremos saciar, a veces caminando a tientas. Nos cuesta asumir el real compromiso de la Búsqueda y que todo palidezca en comparación a la misma. Desasir es mucho más difícil que asir.

Buscas por aquí, buscas por allá, pero no dejas de buscar mientras la insatisfacción muerda el alma. Buscas en el amor iniciático, en el Yoga y en el Zen, en los Himalayas o en Perú, sintiendo que algo te falta, que no te basta, como a otros, con una comfortable manera de vivir y un poco de diversión. A veces, de tanto buscar, no se encuentra; a veces, hay que parar y dejar que la Búsqueda nos busque. En ocasiones, al buscador le asalta la desesperación, pero incluso esa desesperación se puede convertir en una técnica liberatoria. El *vacío* existencial se impone y hay que saber amigar con él y convertirlo en catapulta para proseguir por la senda de lo ignoto. El viaje hacia los adentros es el más largo, el más laberíntico y sinuoso, el más apabullante en muchas ocasiones. El *Dharma* (la Enseñanza) y el *Sadhana* (la práctica) vienen en nuestro apoyo, los convertimos en nuestra inspiración y refugio, pues de otra forma incluso la salud psíquica podría correr riesgos ciertos. En su angustia, muchos buscan el gurú salvífico y, al final, se echan otra cadena encima. ¡Vaya negocio!

Tú y yo, Víctor, somos como buenos *gourmets* espirituales: probamos los distintos alimentos místicos y nos nutrimos con ellos. Es lo bueno de ser ecléctico y no dogmático, librepensador y no fanático; abrirse a las enseñanzas místicas sin aferrarse obsesivamente a ninguna. Desde luego, lo que no hará nunca el verdadero buscador es rendir obediencia ciega y abyecta a un líder espiritual; él es, en última instancia, su propio maes-

tro. No faltan los catacaldos que, al no tener luz propia, se aferran a la figura de su líder espiritual, estrechan su visión, y al final resulta que nacieron libres y son esclavos. Da igual si te aferras al Papa, el Dalai Lama, Tich Nah Ham o cualquier otro líder. Dejas de ser tú mismo para convertirse en mediocre; un imitador, un reflejo alienado.

*Veintiséis de abril*

Querido Ramiro, hoy pensaba, a raíz de tus letras, en lo fascinante que es la forma en la que los hindúes encuentran. Es una de las formas de chamanismo animista más grandiosa que se conoce. Al igual que los *sintoístas* japoneses, que queman barras de incienso a sus antepasados muertos, a los que ven ahora reencarnados en bosques de bambú o en saltos de agua, para los hinduistas Dios es cada uno de los *lingam* que se hallan a la vista u ocultos en los callejones de Benarés. Dios es la *Shalágrama Shilá*, los cantos negros que nacen en las orillas del río Gandaki. También es cada amonita fosilizada, los cefalópodos de piedra cuya concha representa el ombligo primordial del mundo y sus largos pistilos el alcance de la creación. Dios se encuentra en el *prasad*, los alimentos expuestos a un altar. Reside en cada molécula del Ganges, en la pupila del ojo derecho de cada hombre; es una caracola, es la Vía Láctea, el océano, unas sandalias. La fiebre, una bendición. La viruela, un culto.

Kabir escribió: *La criatura mora en el Absoluto y el Absoluto en la criatura. Distintos, pero siempre unidos.*

He decorado la finca con *thangkas* y cientos de *caballos del viento*, las banderas de colores tibetanas que, cuando se mueven, rezan por la Humanidad. En cada rincón he levantado un pequeño altar. Desde el exterior parece ya un *mandir*, por lo que hemos rebautizado a la finca como *Villa Ganeshha*. Es la forma en la que relleno el espacio que ha dejado *Maga*. En

la cocina, dejó una imagen de la diosa china Kwan Yin, para que todo lo que se guise sea compasivo y no produzca karma. A cambio, y para que lo llevara encima, le presté mi *gau*, un relicario tibetano de bronce en cuyo interior he guardado el mechón de mis cabellos que me cortaron cuando tomé refugio en el lamaísmo mágico y un buda tallado en una piedra de color negro; un buda que se tapa los ojos para no ver el horror del mundo y no perder la fe en el género humano.

Aquí, viendo los cañaverales que se levantan frente a *Villa Ganesh*, es fácil comprender la relación del Absoluto con los seres vivos. Es la misma relación de la semilla en la que palpita la planta y que posee su ancho y alto, el color de sus hojas o el sabor de sus frutos potencialmente. Tal vez por eso planté en el jardín una raíz de esa albahaca sagrada llamada tulasi, y que, para los hindúes, es el mismo Krshná.

#### *Veintisiete de abril*

Nadie adora como el hindú. Nadie, te lo aseguro, Víctor. Adora a su madre como nadie, y como nadie adora a sus hijos. Adora a sus dioses y a sus gurús. Adora su casta y sus tradiciones.

Me resulta desconcertante y, a la vez, soberbio tu retorno, Víctor, a la ofrenda. Como sabes, el devoto le roba el poder al Divino y se reviste del mismo. La *pooja* es un método para unirse con la fuerza de lo supramundano. El *murti* que se adora, se interioriza en lo más íntimo de uno, para sacarle toda su *Shakti*, es decir, su energía. El lugar más santo del que se dispone en un templo es el *garbhagriha*, o sea, el útero. El sancta-sanctorum es el vientre, la concavidad mística, el pasaje hacia el origen del origen, la fisura hacia el itinerario del Retorno. La caverna del propio corazón, donde mora la *shakti* en su esencia, la *Kundalini* o la concavidad central del cerebro, donde mora hivá; es el hueco cósmico, el canal hacia lo Eterno, el universo más allá del vacío y no-vacío, del todo y el no-todo. Al adorar,

te adoras; al ofrendar, te ofrendas, porque Śhivá y *Shakti* están dentro de ti, esperando desposarse en el *Loto de los Mil Pétalos*, de cuya unión nacerá el hijo del espíritu, la visión de la *Perla Azul*, la sabiduría.

La intensidad que decía Kabir, aquí la comprendes: intensidad en la motivación, en la práctica, en la búsqueda interior. En la India, Mircea Eliade comprendió lo que era la verdadera religiosidad cósmica. Pero dentro de la religiosidad hindú, se abre un abanico amplísimo, que va desde la más burda superstición a la más refinada mística, desde las expresiones religiosas más degeneradas o degradadas a las más reveladoras. El hinduismo es un fenómeno muy complejo, muy poliédrico. Pero, dentro de la corriente hindú, caben todas las escuelas filosóficas y, además, con un poder, a la par, sincretista y diferenciado. Me explico. Fui a un maestro hindú y le pregunté cuál de los *darshanas* era el verdadero. Como sabes, los *darshanas* son los «seis puntos de vista» sobre la última realidad. Uno te dice que hay Dios y almas, otro que hay almas pero no Dios, otro que no hay ni almas ni Dios, que todo son átomos. El mentor me advirtió que todos son verdaderos, en cuanto que son aproximaciones a la última realidad, como distintas laderas a la misma cima de la montaña. Ya sabemos que los dedos que apuntan a la luna no son la luna, pero estos *darshanas* son modos de aproximación a lo que está más allá del pensamiento. Es una constante en la historia del yoga que el pensamiento debe cesar para que se revele la luz del ser y por eso se nos brindan tantos y tantos métodos para conseguirlo. He trabajado recientemente en el *Vijñana Bhairava Tantra* y se recogen ciento doce métodos para la inhibición del pensamiento.

Ramakrishna decía: «A lo que otros llaman Dios, yo prefiero llamarle Madre». Los yoguis veneran al Śhivá, que termina insu- mido en el hombre y la mujer, lo masculino y lo femenino, lo absoluto. La *Perla Azul* constela a Śhivá. Puede ser tan pequeño como un grano de mijo o infinito. También el poder del Tao, neutro, según este poder se dirija, toma uno u otro carácter. Trasciende los conceptos de omnipotente, omnisapiente,

omnipresente, etc. Todas las palabras, al final, son jerga que más vela que desvela en cuanto al Absoluto. Por eso, Krishnamurti se refería a *ello* como lo Inmenso, lo Otro. Yo le llamo el *Vacío Primordial*, lo que los tibetanos llaman Sunyata. Ciertos filósofos aseveraban: «*De nada, nada*». Pero para el veedor de realidades supremas, «*Del vacío, todo*». Śhivá es, a la vez, el vacío y el todo, el observador y lo observado.

#### *Veintiocho de abril*

Si el mundo se volviera líquido, con el yoga, el hombre desarrollaría branquias. Al yoga no le importan dioses o libros, ni lo que tuviste o tienes, ni los romances, ni los actos fraudulentos de la mente, ni los sueños, ni las tardes de trópico, ni la rumba de las pasiones... El yoga entra en el cuerpo como el diente en la carne o la copa de la palmera alcanza altura, contorsiona hasta los cabellos y ni siquiera la muerte interrumpe su estado. A Śhivá no se le encuentra, se le busca, aunque esto sea igual a la hormiga que trata de escalar el cielo.

Así que busco y busco su aportación a mi vida, Ramiro. Necesito su luz en mi paisaje. Últimamente, apenas duermo, alimentándome con la idea de ser estremecido por uno de sus resquicios como si fuera una niña y que todo lo anterior quede como un boceto. Busco que todo lo previo pase rodando, que ningún árbol dé más fruto, que pade todo lo que no sea su flor para poder hundirme y libar hasta las pestañas. Que todo sea superficie, salvo su abismo.

No consigo abandonar esa idea. Me sobrevive y permanece desde el primer momento que subí al avión que hasta aquí me trajera.

Buscarlo todo dejando todo. Pero, por más empeño que pongo en concebirlo, no me es posible encontrar la ruta más adecuada. Según Gopi Kṛshná, a través exclusivamente del *prânayama*, el yogui puede entrar en cualquier modalidad de

consciencia, de la diurna a la ensoñada, y de esta a la profunda, hasta entrar en la cataléptica; y que esta característica es la que separa del no iniciado, dado que, para el yogui, hay una continuidad de la consciencia, mientras que, para el segundo, existen discontinuidades ¿Es posible, pues, vivir sin vivir los sueños? Y si yo mismo no dejo de ser un sueño, si así es, si solo soy un *sustituto* de algo real, pues hasta las formas más primitivas del yoga, aún vías más imperfectas que las que hoy conocemos, lo aseguran. ¿Qué será del Víctor que te escribe en estos momentos? ¿Qué será de mí cuando el durmiente despierte? Esa cautividad en el Espíritu, ese dejar de ser substancia para ser océano, ¿deja espacio a la personalidad? Creo que sigo sin poder utilizar todo el potencial espiritual presente en mí por depender aún de mi mente, de sus recalcitrantes preguntas.

*Veintinueve de abril*

Querido Víctor, pude entrevistar a Gopi Krshnáy, pero no quise. Se puso de moda, pero su visión era de corto alcance. La realidad ilusoria es en la que nos movemos. Por ilusoria que sea, una migraña es una migraña. Es un liberado-viviente el que solo espera lo que ocurre. No tiene expectativas, ni memorias abrumadoras, ni sueños distorsionantes, ni visión falseada en base a ilusiones o ensoñaciones. Por eso está en el mundo sin estar en él. Quizá, Víctor, haya una realidad subyacente que se nos escapa, pero con la que podamos conectar si vemos a través del resquicio, entre los fotogramas de la película. Hay dos películas superpuestas: la de la realidad aparente y la que se recrea en la mente. Hay dos *samsaras*, pues, el de afuera y el de adentro. Ya estamos muertos y no nos damos cuenta; ya olemos a cadáver y nos pasa desapercibido ese hedor. Una cosa es la muerte física, está ya aquí; otra es la psicológica para poder renacer aquí mismo y ser un adepto. Nos inician para morir. La muerte física es una, la muerte iniciática es otra. Debido a

los velos de *Mâyâ*, acumulamos *Mâyâ* sobre *Mâyâ*. Incluso creemos que los demás mueren pero no nosotros. Antes de que nos demos cuenta, estaremos en el lecho de la agonía. Mientras tanto, la vida se escapa como el agua entre los dedos. Y, a pesar, de ello no tenemos la intrepidez de morir iniciáticamente, de matar el ego para que nadie pueda morir, en suma, de matar la muerte. Que seamos capaces, Víctor, con un poco de intrepidez, de tomar consciencia en la agonía de lo que está sucediendo y, con la paz del verdadero sufí, decirnos a nosotros mismos: «*El alma se va, el alma se va*». Claro que para eso hay que haber ganado el alma; el alma no se tiene, sino que se gana. Me gusta mucho practicar el ejercicio de *Ham Sa*, es decir, la recitación de estas palabras con la inhalación y la exhalación. *Hamsa* es cisne blanco y el alma es como un cisne blanco, dispuesta a escapar. Pero vivimos como el ruiñeñor que está en una jaula, aferrado a sus barrotes, y cree que es libre. Necio ruiñeñor, tan fascinado por todo lo externo que no se da cuenta de que es un prisionero.

## CAPÍTULO 9: CALCUTA

*Si arrojas dinero a un perro, ¿se sentirá atraído?  
Solo el hombre busca papel, todas las demás criaturas  
buscan algo que se coma. Sri Ranjit Maharaj*

*Treinta de abril*

Managua es la ciudad de la memoria. Las direcciones carecen de nombre, no hay aceras en las calles, y los continuos terremotos y las secuelas de la guerra han derruido parte de la ciudad sin que el tiempo la haya recompuesto. Todo son referencias y apuntes geográficos: *Donde estaba el cine León, dos cuadras al norte; desde el busto a José Martí, dos cuadras al este; desde el colegio al lago, dos cuadras al sur.*

Pedro Páramo se equivocaba cuando decía que no había nada lo suficientemente resistente para que la memoria no sufriera el cataclismo del tiempo. Los ciudadanos de Managua lo demuestran: los niños tienen referencias de lugares que no conocieron, que ya no existen. Quizá eso es lo que hace del nicaragüense un hombre pacífico. Durante la guerra, somocistas y sandinistas se mataron largamente y de todas las formas. Con balas, con sierras mecánicas, con machetes, con garrotes. La sangre derramada entre los miembros de un pueblo que comparten sus apellidos no se olvida en ningún momento, per-

vive y eso les ennoblece, porque el pueblo que olvida su historia tiende a repetirla.

Benarés tiene memoria: ha sido siempre brutal y siempre mística, vive un eterno presente. El olvido es imposible. Llevo siete años viendo la misma escalera que accedía del suelo a un tendido eléctrico a las puertas del barrio de Bangali Tola. Alguien la dejó ahí y se ha quedado ahí. Kalkoota no tiene memoria. Siendo tan brutal como Benarés ha tratado de europeizarse, por lo que ha perdido toda la mística.

Kalkoota me recibió con sus brazos pútridos abiertos: no me esperaba una legión de mendigos como en Benarés, sino una sola mujer con un niño en brazos, apenas un bulto informe con una cabeza descomunal y un cuerpo que era todo ángulos, de brazos y piernas esqueléticas, en un baile de San Vito perpetuo. Al verme, la mujer se acercó a mí y me lo arrojó a los brazos. Instintivamente, agarré el bulto al vuelo y luego caí a sus pies, perplejo. Y, de nuevo, se repetía la misma historia, el no saber qué hacer, las ganas de salir corriendo. Se trataba de un *niño rata*, uno de esos tristes niños al que han dado una profesión al nacer.

Hasta los años noventa, en que un científico alemán descubrió la razón, la ciencia médica se esforzaba inútilmente en tratar de descubrir cuál era el origen, ya bacteriano, viral o genético de este tipo de deformidad endémica, dado que todos los afectados eran de la ciudad y mostraban los mismos rasgos patológicos: Oligofrenia y sienes aplastadas, dando al cráneo una deformación que le asemejaba la cara a una rata. La privación ambiental parecía ser lo más aceptado, pero no lo explicaba suficientemente.

Al parecer, este hombre se percató de que las lesiones eran similares a las que podía ejercer un fórceps que, mal aplicado, produjera fracturas en el cráneo fetal acompañadas de la rotura de los nervios braquiales. En otras palabras, las lesiones eran artificiales, provocadas por los mismos padres. Así se supo que, en algunas familias, cuando nacía un nuevo niño que ya era imposible alimentar sin arriesgar a toda la familia,

le aplastaban la cabeza con dos platos, dejándole deforme y retrasado.

Después de esta bienvenida, me encontré con el heterogéneo festejo de bocinazos de los coches, abollados de tanto golpe, las romerías de carros tirados por asnos, las humaredas de los viejos camiones con su desconchado tubo de escape, bici-rickshaws con conductores sudando a mares, peatones y animales que transformaban la calle en un atasco continuo, en una sinfonía satánica de cláxones al ritmo del estertor de la música de sus radiocasetes o de los puestos callejeros y las tiendas, en una competencia que buscaba que una melodía sobresaliera por encima de la contigua. Pero, salvo el turista, nadie perdía los nervios. Nadie se insultaba porque al coche de delante se le hubiera reventado el radiador, porque hubiera atropellado a un perro o simplemente se le calara el automóvil en el semáforo. Los policías no trataban de poner orden en este desbarajuste. Se limitaban a mirar o tratar de espantar con sus *sticks* y, con poquísimas ganas, a las vacas que, cansadas de su paseo, decidían tumbarse delante de la caravana de coches, que inmediatamente frenaban, pues atropellar a una vaca supone ir a la cárcel de cabeza o incluso ser linchado con ladrillos y palos. Cruzar una calle en Kalkoota es de suicidas gracias a esa brújula descontrolada por la que se guían toda clase de vehículos y seres vivos.

En Kalkoota, es muy visible la lucha por la supervivencia económica, creo que más aún que en Delhi: los sueldos en toda India apenas cubren la manutención de uno mismo, qué decir de un hogar, por lo que las condiciones laborales se basan en el hambre del trabajador. Los niños se ven obligados a mendigar, hacer malabares, payasadas, o trabajar en un puesto ambulante de *chai* al borde de las carreteras. Los dueños de los locales y bares son conscientes de que hay tantas y tantas bocas abiertas donde elegir que se permiten tener a un par de flacos camareros con uniformes de los años cincuenta y luego un montón de niños de apoyo que lavan los cacharros, retiran los servicios o limpian las mesas con las manos o sus mismas cami-

setas. Afuera del local aguardan otros, barriendo en cuclillas para agradar al gerente y conseguir ser esclavizados, lo que les volvería adultos e independientes, obteniendo una mesa donde dormir, sobre o debajo de esta, a la hora del cierre. Este sistema de vasallaje también afecta a los adultos. En las calles de Kalkoota, pude ver cómo empleados de un banco se quitaban su único traje y se echaban a dormir sobre unos cartones enfrente del mismo banco donde, a la mañana siguiente, trabajaban como cajeros. Muchos de los peones de un taller trabajan sin sueldo a cambio de la comida que se le da para que no mueran o para cubrir un sueldo anticipado que pague la deuda adquirida por la dote de bodas de una de sus hermanas. Para evitar esto, que puede durar hasta veinte años pues la comida del trabajador se suma a la deuda, a veces, la familia negocia las dotes en forma de ahorros que complementan con teléfonos móviles, reproductores ochenteros de vídeo, motocicletas viejas, ordenadores portátiles o televisores en torno a los cuales se reunía toda la casa. Es un sistema de *venta de la hija* prohibido en la India, como también está prohibido el sistema de castas o marginación de las viudas. Pero todo esto es una farsa política. Los *panchayat* (consejo de casta) y tradiciones medievales siguen funcionando abiertamente en las zonas rurales, la única jurisdicción a la cual debían responder sus vecinos y que impone multas talibanas si se trasgrede alguna ley. Si la pena es leve, todo se quedaba en una reprimenda, pero si la falta es grave, los castigos pueden oscilar entre el destierro, marcas al rojo vivo en los hombros, las mejillas, los senos o incluso la violación grupal. La mujer puede salvarse de todo esto si tiene suficiente para pagar la multa, lo que en sí ya es entregarse al castigo. En mi último viaje a la India, en 2012, hubo un caso en un pueblo próximo a Kalkoota de linchamiento. La hija mayor de una familia de brahmanes se había enamorado de un paria. Para evitar que mantuvieran relaciones sexuales, el paria fue linchado una noche por una multitud. Lo más bestial del caso es que el muchacho ni siquiera conocía la pasión que había despertado a la mujer. De este modo, los periódicos están sal-

picados de asesinatos de esposas a las que han rociado de gasolina, de vertidos de ácido en la cara cuando las dotes no cumplen lo pactado. Esto ocurre en el campo, donde es consentido popularmente, y en las ciudades, al amparo del anonimato.

Nacer mujer en la India es un drama, es como nacer perro: No hay animal peor tratado en el mundo que el perro en India. Cómo será que pude ser testigo de la boda entre un hombre y una perra como castigo de un *panchayat* local en Bihar. A los perros se les considera las reencarnaciones de los parias. Su contacto llena de impureza, como el contacto con una mujer menstruando, rezar a un dios sin lavarse las manos después de comer o tocar un *murti* con la mano izquierda. Los perros vagan por las calles llenos de llagas purulentas y llenos de miedo. Pero los indios no los matan en nombre del *ahimsa* (la no violencia) y del karma. Simplemente les ignoran, les condenan a una vida-muerte lenta. La vida de muchas mujeres indias también es una vida-muerte lenta, aunque cada vez hay menos que lo soportan, mujeres cada vez más valientes, más hartas.

En los años noventa, las agencias de viaje occidentales boicotearon a la India como destino por las escandalosas diferencias entre los turistas y los nativos a la hora de pagar la entrada para el Taj Mahal. Sin embargo, somos incapaces de mirar con compasión la cara más terrible de la India, la más repugnante.

Swamis y brahmanes no hablan de esto. Solo hablan de Dios. Ante una violación, pueden llegar a decir que la culpa es de la agredida, por no haberse encomendado a Saraswasti, por ejemplo, o por llevar pantalones vaqueros.

Kalkoota es así. Moderna en sus afueras, pero reaccionaria en sus adentros. Sus rascacielos apenas pueden ocultar barrios enteros de chabolas de cartón con techos de zinc, rodeados de aguas estancadas donde proliferan mosquitos zancudos, portadores de la malaria o el dengue.

## *Uno de mayo*

Querido Víctor: Yo he vuelto a Calcuta una y otra vez. Y volveré una y otra vez. En esa ciudad he sentido muchas veces la inmensa soledad de los que han muerto; la desenfrenada soledad de los que viven. Siento a este pueblo como un juguete en las manos de la Madre, pensamientos en la mente del Padre.

En mis libros, yo llamo a Calcuta (prefiero esta castellанизación a Kalkoota) *la ciudad de la noche espantosa*, repitiendo las palabras del escritor Kipling. Es una ciudad que persiste y persiste en su agonía, cuyos habitantes no luchan por vivir, sino por sobrevivir. Es el reflejo de dolor en todas sus formas: Hambre, inundaciones, epidemias... Fíjate: Hubo un tiempo incluso en que los padres llegaban a sacrificar a sus hijos para evitarles el terrible dolor de la muerte por hambre; se comían perros y gatos, y centenares de personas caían muertas en plena calle. Muchos niños fueron abandonados a la puerta de las casas más acomodadas, pero no todos recogidos. Se cuenta que hasta las vacas se comían a los cadáveres motivadas por la hambruna.

¡Qué no sabrá Calcuta de miserias, enfermedades, cataclismos, tristezas sin fin, heridas largas como ríos! Se la ha llamado "el agujero negro de la India". He visitado en ella los suburbios más amargos, y más aún. Al lado de ellos, el barrio de Pilkana, donde se inspiró el autor de *«La Ciudad de la Alegría»* es un vergel. No te imaginas cómo es Calcuta cuando diluvia. Por eso es el único lugar de la India donde los *wallash* llevan el carrito a mano, carrito en el que a veces se suben hasta tres personas, y ellos pedaleando, tísicos, aguantando gracias al *bhanga* o al opio. Con razón, es la ciudad de Kali. He visitado muchas veces su templo, donde se sacrifican cabritillas, pegado al moritorio de la Madre Teresa, al cual he acudido en diferentes ocasiones con mi hermano Miguel Ángel y mi hermano Pedro Luis. También he visitado el quemadero de Calcuta, al que se refiere con crudeza casi morbosa Blasco Ibáñez en *«La Vuelta al mundo*

*de un novelista*». Y, por supuesto, he meditado en la habitación que fuera morada de Ramakrishna y he entrevistado swamis en Belur Math, donde se encuentra la *Ramakrishna Mission* constituida por el activo Vivekananda, que decía aquello: «*A los pobres no les des mantras, sino pan*».

He soportado huelgas en Calcuta que me han dejado aislado. He visto morir gente en la calle. Ten en cuenta que visité Calcuta en 1972 por primera vez. También allí, junto al Ganges, he charlotado muchas veces con los *saddhus* que peregrinan a Ganga Sagar, una isla muy santa en la desembocadura del Ganges. Y, por fin, conseguí obtener los papeles necesarios en el ministerio para poder desplazarme por el río hasta Sunderbans, la reserva de tigras en la desembocadura. Toda una noche viajando sobre una balsa hecha de maderos, expuesto a todo lo imaginable. Dormí en un chamizo, de madrugada, donde las ratas se paseaban con sorprendente serenidad.

Muchas veces que he ido a mi amada Darjeeling, he pasado por Calcuta. ¡Oh Darjeeling! Años he viajado hasta ese lugar remoto de la India, para entrevistar al médico lama Lobsang Tashi, que me ha brindado visualizaciones sobre Tara. En Darjeeling nació Lawrence Durrell. Es la puerta para desplazarse por Sikkim. Todavía, en cambio, no he ido a visitar la escuela de Rabindranath Tagore al norte de Calcuta, llamada Santiniketan.

Calcuta es el rostro más amargo de la India, pero es una ciudad que se hace amar. En Bengala han nacido yoguis muy notables, y grandes escritores e intelectuales. Es precioso el viaje por unos parajes bengalíes impresionantes que se conocen como los Dooars. Los he recorrido varias veces, dos de ellas para llegar a Bután.

## *Dos de mayo*

Ramiro, a mí tampoco me extraña que Calcuta sea la ciudad de Kali. No podía ser otra, tan oscura, ensangrentada, irritada. Yo visité su templo, en medio del distrito rojo de la ciudad, en la ribera del río Hugli. El Kalighat es el otro *Shakti peetha*, en concreto, donde se le cayó un dedo del pie a Sita. Cuando llegó a la tierra, entonces, en mitad de la selva, un hombre lo encontró tallado en piedra y sobre este levantó un altar para adorarlo, y sobre el altar, una choza, y sobre la choza, un templo y, sobre este, otro más.

La estatua de la diosa también fue completándose con el tiempo. Al principio, era una piedra negra con tres ojos y mantos que la cubrían, luego se le añadió su famosa lengua, aquí de pan de oro. Después las cuatro manos, de oro y plata y, por último, la estatua de Shívá, a quien pisa mientras el dios plañe como un cachorrito para conmover su corazón y frenar su espantosa matanza. El lugar desde donde se puede ver la cara se llama *Natmondir*.

Me dijeron, pero no sé si es cierto, que antes hacían sacrificios humanos dentro. Lo que sí es verdad, porque fui testigo desde el *Jor Bangla*, es que continúan haciendo degollinas de cabras, tórtolas y gallinas, cuyos cadáveres dejan desde el amanecer hasta el atardecer en el exterior para que sean purificados por *Surya*.

El templo me resultó bastante complejo, aunque no del todo hermoso: En el exterior, hay otro recinto sagrado llamado *Kundupukur*, una piscina que drena desde el mismo río y que otorga el poder de dar un hijo varón al matrimonio que lo solicite.

Dentro, dispone de un altar rectangular con un cactus que da sombra al *Monosha tala*, tres piedras que representan a tres *mahavydias* de Kali (*Sati*, *Shitala* y *Chandi*) y cuyas ofrendas están hechas exclusivamente por sacerdotisas.

Los animales son sacrificados por parias en dos lugares llamados *Harkath Talam*, uno para búfalos y otro para animales más

pequeños, y, por lo tanto, también más pequeño. Los degüellan con una cimitarra, rápidamente, pero la sangre se vuelca escandalosa, como un torrente, salpicándolo todo en derredor.

El día que yo asistí tuve que sobornar a uno de los brahmanes para ver el sacrificio con mis propios ojos. Ese día, además, era especial porque al parecer contaban con la presencia de una especie de médium, una mujer que se arrodilló frente a un ternero de búfalo y que iba pintarrajeada de negro imitando a la diosa, pues teóricamente, durante unos instantes, ella iba a convertirse en la manifestación viva de la misma, iba a emplear su cuerpo como vehículo vivo de manifestación divina. Después de unos mantras, el matarife cercenó el gáznate del animal y la sangre salpicó a la mujer. Cuando terminó el torrente, y mientras el animal se caía de rodillas con los ojos espantosamente en blanco, la médium se giró hacia los devotos, con las manos crispadas como anzuelos y sacando su lengua, ruda, como un ave rapaz con las alas rotas que exhibiera sus garras. Con los ojos en blanco y ciega, miraba en todas las direcciones mientras los sacerdotes se volcaban sobre ella, zarandeándola. Después de un par de minutos se desmayó y se trató de incorporar, alternando entre sollozos y alaridos que la despejaban, momentáneamente, de todas las manos que trataban de ayudarla a levantarse.

No fue un espectáculo muy memorable, más bien lo recuerdo desagradable aunque turbador dentro de toda la turbación que sacude a la India, algo así como un eslabón más, una vuelta de tuerca más profunda aún. Los *Shakti peetha* tienen su propia reglamentación, se encuentran al margen de la escrupulosidad habitual del hinduismo, quizá uno de los cultos más fuertemente marcado por el precepto de la pureza. La simplicidad de la pirámide de las castas no es sino marcar la frontera en virtud de la cual los sacerdotes, dedicados a Dios, son más puros que los mismos reyes, aunque esto no tenga una relación con el estatus económico. Es decir, es una relación más basada en el honor que en el poder. Comprender a las castas es comprender a la India, del mismo modo que comprender la *Bhagavad Gita* es comprender el hinduismo.

Es falso absolutamente pensar que el hinduismo es paz y amor. La ética depende de la pureza de la mente, no del acto. La *Gita*, que cuenta el conflicto de intereses que sufre un guerrero que se ve empujado a asesinar a quien fuera anteriormente su primo, su amigo e incluso su gurú, no es sino la sanción a la idea de que la libertad personal debe ser restringida a favor de la decisión del sabio, sin cuestionamientos de ningún tipo. Esta pauta de comportamiento, Ramiro, ancestral, indica el claro componente marcial de la sociedad india que, a su vez, se amalgama por su devoción hacia la vida contemplativa.

El *saddhu* nómada, el yogui cenobita, el típico asceta asiático que come raíces del árbol que lo cobija, es el contrapunto, el que busca el culto interior y rechaza la teatralidad de todo lo exterior, considerando arbitrario y artificial todo lo que no sea reservado al interior.

Ayer de madrugada, un nuevo terremoto conmovió la casa. Me di cuenta porque los avocados apedrearón con sus aguacates la lámina de zinc, despertándome y alarmando a la familia de iguanas que viven en el cobertizo, correteando enloquecidas de un extremo a otro, hasta que se calmaron mucho tiempo después de que la tierra dejara de sacudirse.

### *Tres de mayo*

Te voy a contar, Víctor, mi experiencia en el templo de Kali. El recorrido al templo, a través de Calcuta fue un espectáculo de oficios difícilmente imaginables: Hombres que caminan cargados como bestias, tambaleándose; vendedores ambulantes de bellas ramitas con flores; otros, de lunares artificiales para embellecer el rostro; otros, frituras. Con minuciosidad y hasta con amor, el limpiador de oídos, por pocas rupias, atendía a sus clientes en la acera; en cuclillas, estaba el encantador de serpientes para sorprender al turista, y los vendedores de limonada, que vociferaban ofreciendo la refrescante bebida.; tam-

bién vendedores de agua y los que, tras un peso, por un par de rupias, te pesaban en plena calle. Oficios sorprendentes e inesperados, otros incluidos en el código de la más antigua picaresca. Eran los oficios del hambre: El guía espontáneo, el cuidador de zapatos a la entrada del templo, la persona que consigue donaciones por encargarse del cuidado de la vaca, el *toddy-man*, hombre que trepa con habilidad y velocidad admirables a la parte alta de la palmera para obtener las hojas cuyo jugo fermentado da por resultado el licor llamado *toddy*; eunucos y travestis que se muestran intencionadamente soeces para presionar a los comerciantes pues si no les das dinero te acarrearán mala suerte...

He terminado por tomarle un poco de manía al templo de Kali, y no es para menos, dada la gran matanza que se hace en el mismo de cabritillos. En los alrededores, legiones de niños mendigos, y no tan niños, zarandeando mi coche. ¿Y qué tiene este templo para despertar tanto fervor, tanta avidez religiosa y supersticiosa, tanto afán? Pues como templo no vale nada, la verdad, aunque tampoco es fea la construcción, pero lo que atrae a multitudes es que Kali es la diosa protectora de Calcuta y no dejan de venir toda clase de devotos a pedir, solicitar, reclamar, suplicar.

Penetré en el templo. El inevitable, molesto, enojoso, irreductible al desaliento sacerdote que se le pega a uno para dar explicaciones que no se desea. Cerca del árbol de la fecundidad del templo había una anciana cuyo rostro, víctima de la lepra, era como el de un payaso. Su cuerpo, un palo seco. Daba consejos a las mujeres y recibía su recompensa. Una nariz aguilena, como un loro y ojuelos maliciosos y huidizos. Sangre y más sangre para la Diosa Negra, insaciable, en un ritual desaconsejado y criticado por todos los yoguis y maestros. Pero la religión degradada es así. Burda superstición sin el menor refinamiento ni mira espiritual. Había cientos de devotos. De repente, una mujer emite pavorosos chillidos, se revuelca por el suelo ayudada por otra mujeruca, avanza entre el gentío mascullando palabras ininteligibles y con los labios llenos de

espuma. Desgreñada, exaltada, los ojos fuera de sus órbitas, el cuerpo abatido por una especie de ataque epiléptico. Ayudada de su *partenaire*, hacía oráculos, profecías, premoniciones. La temible diosa Kali la había poseído y Kali movía su lengua y se expresaba a través de ella, como la médium que tú mencionas.

Y al lado de este recinto, que de verdaderamente sagrado tiene poco, pero mucho de mágico y chamánico, está el que se ha conocido siempre coloquialmente como el *moritorio* de la Madre Teresa, aquella que hace años se desencarnó, pero cuya labor sigue viva, en las monjas que secundan su obra y en el recuerdo de miles de desvalidos ayudados y moribundos recogidos, y que se salvaron, al final, de las garras de la muerte. Hace muchísimos años ya, Teresa fundó este *moritorio* junto al templo de la diosa Kali. Con su inquebrantable autocontrol, se opuso a los brahmanes que se manifestaban hostiles contra ella. Eran un grupo de reaccionarios brahmanes. Ella, enfrentándose a ellos, les dijo: «*Si queréis matarme, hacedlo, pero no molestéis a los internos*». Tiempo después, un anciano sacerdote del templo, acudió a visitar el hogar para moribundos. Quedó tan impresionado por la labor de la monja, que se arrojó a sus pies y le dijo: «*Durante muchos años he servido a la diosa y ahora la tengo frente a mí*». Así siguió su gran labor Nirmal Hriday en un lugar digno para morir.

Recuerdo las palabras de Teresa: «*Mi comunidad son los pobres, Su seguridad es la mía. Su salud es mi salud. Mi casa es la casa de los pobres. No de los pobres a secas, sino de los que, entre los pobres, son más pobres. De aquellos a los cuales procura uno no acercarse por miedo al contagio o a la suciedad, porque están cubiertos de microbios o de gusanos. De los que ya no comen porque no tienen fuerzas para comer. De los que se derrumban por las calles, conscientes de que se van a morir y a cuyo lado transitan los vivos sin prestarles atención. De los que ya no lloran porque se les han agotado las lágrimas*».

### *Cuatro de mayo*

A mí, Ramiro, el templo en sí mismo me gustó y me llamó la atención que albergara el *Shamo Ray*, un templete dedicado al amor ilícito entre Rādhā y Kṛshnā, y que posee su propia cocina para ofrecerles *bhog* vegetariano, paradójico en un templo donde el olor al yerro de la sangre y a muerte lo impregna todo.

Las relaciones conyugales de Kṛshnā, que comenzó durante su pubertad, tocando flautas traveseras, fascinando a las pastoras, haciendo travesuras y vistiéndose con sedas coloradas y brazaletes en muñecas y tobillos, son objeto de un gran cisma entre sus muchos devotos al sugerir dos tipos abiertamente opuestas de relaciones: fuera del matrimonio, llenas de pasión y secreto, como la que mantenía con Rādhā y como casado, que mantenía con Rukmini; o la rama más conservadora y que solo permite la sexualidad para la reproducción, desde la que se observa el primer tipo como la relación más degradada, pues todo lo que existe en el mundo material no es más que un reflejo desvirtuado del mundo espiritual. Los riesgos que entraña este amor sensual de Dios hacen que la emoción sea superior a la moral.

Basado, sin embargo en la promiscuidad del dios, los *shadakas* tantristas desarrollarían el *kamakala pooja* (*Tiempo del dulce placer*), la adoración del cuerpo de la compañera sexual, la mujer-diosa a la que se le hacen ofrendas de flores y que se baña como a la estatua de una diosa. La mujer no debe ser tocada por el placer corporal, sino para el perfeccionamiento del espíritu, como descubrió a Occidente Mircea Eliade. Para los tantristas, Rādhā ofrecía a Kṛshnā un vehículo rápido que debía de ser re-dirigido con consciencia hacia lo sagrado, para superar el deseo apasionado, la golosina, el ardor que conduce a la locura y a los celos, el apego al goce, las apetencias de las que no escapan hombres, mujeres, jóvenes o ancianos. Ser Kṛshnā no implicaba estar iluminado.

Para los *gaudiyas*, muy conservadores, Dios es la Verdad Absoluta, y, como tal, abarca todo lo que existe pero en una relación de unidad y diferencia simultáneas. Esto es así por la razón de que Dios, en su forma personal es *el energético* que posee infinitas manifestaciones de energías, las cuales son diferentes de él y no lo son. Es algo así como el fuego y el calor: son uno pero diferentes. Esta unidad y diferencia simultáneas se producen por el poder divino, que puede reconciliar lo imposible. Rādhā y Kṛṣṇā son uno en su identidad, se separaron eternamente, se convirtieron en una bi-unidad pues en el amor hacen falta dos. Pero en el amor sexual se obtiene placer en las vanidades y no en Dios.

#### *Cinco de mayo*

Kali está por todas partes. Uno es el rostro amable y tierno de la Diosa, y el otro, el oscuro y devorador. Mira, Víctor, tenemos que poner nuestra osamenta a los pies de Kali y rendir al ego. El yoga viene en nuestra ayuda para menguar el ego y, sin embargo, como sabes, en el ámbito del yoga a veces se alimenta el ego hasta hacerlo rascacielos. Bienvenida Kali y que se desayune nuestro ego, y si es falta que se cebe en nuestro ser para llegar al Ser. Hay que lograr servirse de Kali para que nos lleve de la mano más allá de lo ilusorio.

El verdadero Tantra nos incita a afrontar el deseo, la repugnancia, el miedo y salir indemnes... o morir en el intento. ¡El *Samsara* es tan abrumador! La verdad es que es muy fatigante como uno no lo instrumentalice para ir más allá del mismo. Tú viniste a verme raudo, como hermano espiritual fiel que eres, cuando te llamó Luisa para anunciarte que yo estaba muriendo. Viniste. La muerte no se me llevó, Kali se empeñó en que siguiera así y volviera a enfrentar la muerte, como si una vez no fuera suficiente. Estamos en las manos de Kali, de la Diosa Negra. ¡Rindámonos a su tenebroso encanto! ¡Sucum-

bamos a su ferocidad para arrancarnos, de una vez por todas, esta máscara absurda de la personalidad!

*Seis de mayo*

Te debo confesar que estando en Kalkoota me surgió la gran pregunta de todo turista: ¿por qué no se comen a las vacas? Hay 280 millones de vacas, suficientes para paliar el hambre, o parte de él, al menos. Krshná Kumar Tiwari, un *shivacarya* de Benarés, al preguntárselo, me dijo que *atacar a una vaca es atacar al Dharma*. Según este encantador sacerdote al que acudía frecuentemente a resolver dudas, indagar sobre su vida o simplemente escuchar música (era un gran apasionado de Pandit Rasjat), el Cosmos necesita cuatro patas al igual que una vaca.

—Una vaca no sabe cojear —me decía—, no podría trotar. Moriría de hambre por no ser capaz de levantarse del suelo. El *Dharma* es muy simple: El pájaro vuela, el pez nada y el hombre tiene la obligación de unirse a Śhivá. El *no-Dharma* viene cuando el pájaro quiere nadar o el pez volar, y cuando el hombre no hace nada por su desarrollo espiritual. Se embrutece, y el agua del Ganges pierde valor y lo gana la cerveza.

Surinder, en Rishikesh, me había dicho algo similar cuando hablaba de una entidad que yo desconocía, *Narayaśhivá*, una forma de denominar a Dios y que, a su vez, era una forma de hacer una referencia al ser humano.

—De este modo, recordamos que Dios y nosotros somos una unidad. El cuerpo es transitorio, solo permanece el karma, al que hay que destruir. Cuando ya no se genera karma, como hace una vaca que solo rumia, somos *sât-cit-ananda*, plenitud, conocimiento y dicha, que son las cualidades de Dios.

Así pues, las vacas, no generadoras de karma, deambulan libremente, anoréxicas, regando su estiércol por las calles e interrumpiendo el tráfico en Kalkoota o Nueva Delhi. Atacar a una vaca es atacar a una santa viviente.

### *Siete de mayo*

En la India hay mucha santidad. No solo la de las vacas o los *saddhus*, sino de personas como Vicente Ferrer. Con todas sus máscaras de dolor, risa, llanto, amargura, felicidad, la vida fluye, hierve, se desborda por las calles de la India. Con su peculiar sentido del humor, Mark Twain dijo que al lado de la India todos los países son pobres, pues la India tiene millones y millones de dioses. Bien es cierto que para el que sabe ver, son solo aspectos de un mismo principio superior, en cuya pantalla se despliegan todas las formas inimaginables. Fue también Twain quien dijo que las aguas del Ganges no eran peligrosas, porque tan infectadas estaban que ni las mismas bacterias podían sobrevivir.

Calcuta es Calcuta, la gente más rica y la más miserable; los más brillantes cerebros y el mayor índice de analfabetismo; los más relevantes místicos y la más burda superstición. *Kali-cata*, la ciudad de Kali ¡Lo que he vivido en Calcuta! He visto morir gente a mi lado, a una anciana que vendía arroz cocinado, y los escasos granos de arroz que le caían al suelo, eran recogidos, de entre los excrementos de animales, por un niño que los devoraba con frenesí; a mujeres despiojadas por sus hijas; mujeres pariendo en la calle; ancianas que se caían una y otra vez. He visto enormes montones de basura, excavados por una bandada de cuervos, y la gente escudriñando en los mismos para conseguir algo de comer. ¡Qué contraste, el bullicio y la aglomeración de Calcuta con los parajes silentes de Belur Math, la sede de la Orden de Ramakrishna, al otro lado del río, frente a esta ciudad que se debate año tras año entre la vida y la muerte!

## CAPÍTULO 10: NACER Y MORIR, RENACER Y NO MORIR

*En esta vida tuya, en esta larga noche de contar los años, quiero un lugar para mí. Que la eternidad sea para los dos o que no sea de ninguno. Terenci Moix*

*Ocho de mayo*

Visitando la reserva natural del Mombacho, Ramiro, me encontré con una joven bióloga que trabajaba en Costa Rica, turisteando por Nicaragua. Mientras paseábamos por la reserva y comentábamos indignados la situación económica en España, me enseñó un árbol enorme. Podía verse un tronco muy alto y una especie de zarcillos que se anudaban alrededor del tronco del árbol. Es una planta que por aquí llaman bejuco, una planta mecánica, una especie de parásito trepador que sube hasta la copa de los árboles en busca de luz y allí deja caer sus raíces, es decir, no era uno sino dos árboles, uno con tronco y otro una enredadera móvil. Como el bejuco no tiene tronco, necesita de otro para soportarse.

Con el paso del tiempo, solo uno de los dos árboles puede sobrevivir, de manera que el que se haga más fuerte será el que viva, acabando con la existencia del otro. Habitualmente, el bejuco, al extenderse hacia abajo para formar una permanente y, a menudo, vital conexión con la tierra, crea un tronco

alrededor del tronco principal, con un diseño retorcido, caótico, con zarcillos cada vez más gruesos que se van uniendo y densificando hasta destruir al original por sofocación. Queda después un falso tronco, hueco, una torre vegetal que alberga el esqueleto de otro árbol y que se convertirá en el humus que enriquezca la tierra y otorgue fortaleza a su asesino.

Esta es una labor de años, una forma programada de paciente muerte, de aprender a vivir de forma taimada, esperando el momento en el cual triunfe la vida de uno en base a la agonía y muerte del otro.

Esto me recordó precisamente nuestro intercambio de cartas sobre Rādhā y Kṛṣṇā puesto que, tanto para los tantristas que conocí en Cachemira como para los *gaudiyas*, la compañera es considerada una *latha*, una especie de lianas asiáticas similares a los bejucos. Unos lo ven como un ideal: Perderse en la selva de la diosa manifestada en mujer, no tener la posibilidad de escapar de los anillos de la serpiente como la forma más instantánea de crear un cuello de botella que evitara que hivá, conciencia masculina, frenara el ascenso hasta su cubículo, donde se podría amancebar con él, forzando la desintegración de la dualidad.

Para los otros, esa *latha* no era sino los tentáculos inquietantes de una medusa que se buscaban para formar un oscuro embudo que convertiría un firme y sano tronco (el devoto), en el soporte de una planta endeble, que, comulgándole en el fervor de sus delirios, terminaría en el paroxismo de su verticalidad, ocultándole de la luz del sol (Dios).

Unos y otros, encontraban en la entraña incandescente de la mujer, señales y auspicios, pero sobre todo, muerte, humana o espiritual, pero muerte.

Para ambos, la compañera no es el ángel que porta liras o mieles, que entrega serenidad, que otorga la paz. Muy por el contrario, con ojos de sangrienta luciérnaga, su abrazo de amor no es sino un férreo alicate.

Los poetas de todas las culturas y tiempos, místicos y profanos, siempre han considerado así al amor, como una oveja sal-

vaje, una manzana furiosa, más maldición que cura, metáfora de una angustia y muerte segura, más lobo feroz que Bambi.

*Nueve de mayo*

Querido Víctor, ¡asentarnos sobre la tierra para saltar hacia el cielo! Cuando meditamos, el trasero sobre la tierra, lo telúrico, y la cima de la cabeza como si quisiéramos tocar el cielo. Nos convertimos en la columna vertebral del Cosmos. Los chakras se alinean, la Kundalini salta juguetona y quiere flirtear con la *Perla Azul*, en la que todos los mundos se esconden. Por lo manifestado que vamos experimentando en el laboratorio viviente de nuestra organización psicosomática, queremos llegar a lo oculto. Diluir los elementos en el *Akasha* o éter. Retornar al Vacío Primordial. A veces, tenemos ese sentimiento cósmico con la meditación, la contemplación de una obra de arte, el contacto con la naturaleza o la experiencia amoroso-erótica. Dejar de ser uno para ser el Uno. Morir para nacer a otro tipo de psicología, a una mente nueva y no egocéntrica, donde el yo y el tú no existan y vivamos el todo sin auto-referencias.

Tú entiendes lo que digo. Habrá lectores que se pierdan, pero tú lo entiendes. ¡Llega a ser tan pesado! ¿Verdad? ser Víctor o Ramiro... Quizá tú fuiste un trovador en una vida pasada, como pudo serlo mi hermano Miguel Ángel. Sois de una estirpe astral de seductores. Hubo algunos malentendidos entre vosotros por mi enfermedad, pero hubierais llegado a ser fraternos amigos de conoceros, y os hubierais divertido mucho. A mi modo, yo también he sido un seductor. Pero ¿lograremos seducir a la dama de la muerte cuando llegue? Ni Miguel Ángel lo logró. Viene y nos roba el alma, como esas mujeres hermosas que a veces vemos fugazmente y tanto nos turban. El trovador está enamorado del amor; el *baul* está enamorado del Absoluta. Amor verdadero es Amor: sin muerte. Para amar así hay que trascender el ego. Las guerreras espirituales te pueden

ayudar a menguar el ego. A veces, uno piensa: «*¡En mal hora aparezcan!*». No, lo peor es que aparezcan a deshora, cuando no sabemos servirnos de ellas para que nos trituren el ego. A veces, miramos y vemos a Parvatī, otras veces a Kali. La *danza del chod* entre los tibetanos es para desmembrarse y vaciarse y vivir el Sunyata de primera mano. Morir, insisto, para renacer.

### *Diez de mayo*

Estimado Ramiro: El hecho de que la vida humana se genere donde se genera el mismo impulso sexual, y la misma Kundalini, en su fase inicial, tendida e inconsciente, se acoja en el mismo sistema reproductor del ser humano, debe de responder a una arquitectura sagrada. La procreación física es la misma parcela de la transformación espiritual. La multitud de nervios que se aprietan en el perineo junto con la espesa maraña de venas que lo irrigan conforman la guarida sutil de la serpiente, y no de forma coincidente, pues, finalmente, Kundalini no ocupa lugar material. Sin embargo, cuando se desanilla asciende por la médula espinal como única vía posible de llegar a Śhivá, pero dista aún varias vertebrae de su entrada en el conducto raquídeo.

Los tantristas prehistóricos llamaban al territorio del perineo *Yonisthana* y su dominio era inmenso, pues se extendía hasta la garganta. Todo esto de los chakras no son sino un intrigante estudio acerca de cómo las pretéritas mentes científico-místicas utilizaban sustratos de la realidad objetiva, no solo para explicar de forma muy ilustrada los diagramas sutiles de los fenómenos cerebrospinales sino para dar consistencia a su misma filosofía. *Yonisthana*, para el tántrico, dominaba no solo la procreación y el deseo, sino también la fuerza y los sentimientos, resumiendo los chakras a hojas de un gran loto.

Pero incluso, cuando la Kundalini se despereza, aquellos que han tenido la experiencia de su despertar de siglos, lo han

descrito con terror y, de nuevo, con esa sensación de muerte. De hecho, los *sadripus*, los seis enemigos (lujuria, cólera, angustia, ilusión, locura y envidia) se encuentran cohabitando con la Kundalini en su misma cuna hasta que despierta y su actividad los transmuta en forma positiva.

Los grandes antagonismos de la existencia, el binomio vida-muerte, llegan a ser inseparables pese a que la presencia de uno anula la del otro.

Lamenté largamente la pronta partida de tu hermano, a quien tanto admiré junto a tantos otros que también lo admiraban. No tuvimos la ocasión de conocernos en una mejor hora, ni luego tuvimos la oportunidad de reconciliar lo que no fueron sino malentendidos. He sido, a veces, un imprudente, y eso abarca también a quien no lo merece. En ocasiones, le tiro piedras al sol que tanto me gusta.

Cuando me mencionas a Miguel Ángel o alguno de nuestros comunes me hace alguna referencia, no puedo sino recordarlo como un hombre-planta vigoroso y perenne a tu lado, cuando estabas en el coma. A veces, se levantaba y te acariciaba la frente, como hacen las madres cuando sus hijos tienen fiebre, y otras se frotaba las manos, plagado de desesperación. Y, por último, te hablaba, te hablaba mucho, de tus viajes, de vuestras cosas.

Fue un hombre grande. El fraternal amor, la devoción que te tenía, lo demostraba. Si hubiera podido, se hubiera cambiado por ti. Su época acabó y ahora resulta para muchos insustituible.

### *Once de mayo*

Querido Víctor, el pasado día veintiséis de abril se cumplieron dos años desde que Miguel Ángel se desencarnó. Yo me hubiera cambiado por él también. Fíjate, las sincronicidades, a veces, fatales, que justo dos años después de yo entrar en el hospital, entraba él. Igual que yo me recuperé contra todo pronóstico, pensé que él lo haría. Antes de morir, fui besando todo

su cuerpo, como tú besaste mis pies cuando pensabas que iba a morir. Ese día di una conferencia en su memoria. De haber estado tú en España y no tan lejos, te hubiera hecho venir. Jesús Fonseca escribió que «*lo mejor de Ramiro Calle es Miguel Ángel Calle*» ¡Qué enorme verdad! Cuando un ser querido parte, su forma física, su envoltura canal, se disuelve, pero en la Fuente, todos nos encontramos, por eso cuando iba a morir Ramana Maharshi y le decían que no se fuera, repuso: *¿Dónde podría ir? Siempre estaré con vosotros...*

No comprendemos. Quizá cuando conquistemos *la Perla Azul*, la sabiduría suprema, empecemos a entender. Ya sabes lo que me decía Babaji en Benarés: *No comprendo nada, no entiendo nada, pero Él lo sabe todo*. No pongamos nombres, ni etiquetas, ni cualidades a ese Él, porque lo limitamos hasta lo indecible, como han hecho las tres religiones monoteístas. Es lo Otro.

Miguel Ángel y yo viajamos juntos a la India en 1973. Me defendió en un callejón de Bombay de unos borrachos. Hubo peligro cierto. Era intrépido hasta grados indecibles; aunque yo le sacaba dieciséis meses, desde niño fue mi héroe. Le utilizaba como sujeto de experimentación en muchas de sus prácticas. Su cariño y admiración por mí eran ilimitados. En el misterioso y pavoroso viaje de la vida nos encontramos con seres que amamos profundamente y luego perdemos... o ellos nos pierden.

Este mundo es un gran chakra, Víctor, que asume todos los demás. Y el *Samsara* no solo está fuera, sino también en la mente. La muerte está siempre a nuestro lado, alarga la mano y nos fulmina.

El centro sexual se puede vivir desde muchos aspectos y canalizar de muchos modos. Es como un nexo entre lo más telúrico y lo suprasensible; es otro misterio. Es también el imparable juego de la biología, que edulcora el acto sexual para cazarnos, pero si uno pone el ojo de la Sabiduría de por medio, la cosa cambia. Entonces uno crea, pero no procrea. Entonces uno se empeña en crear el hijo del espíritu, pero no

de la carne. Hay quienes quieren ayudar al *Samsara* a que prosiga, hay quienes no.

Se dice que el salto del sexto chakra al séptimo, solo es posible mediante el *mandato del gurú*. Pero no se trata del gurú externo, sino del interno. De repente funciona, también misteriosamente, la gracia y se da el salto. Y ahí te diluyes en la Sabiduría, *la Perla Azul*. Entonces te compenetras con todas las criaturas, con todos los universos y con el elemento-sin-muerte anterior al universo. ¿Te imaginas? El hatha-yoga verdadero trabaja sobre los dos chakras más bajos; el mantra-yoga y el *prânayama*, y otras técnicas sobre el chakra del epigastrio; el radja-yoga sobre el chakra del corazón y de la garganta. La inhibición de pensamientos, nos permite visitar la *Mansión del Silencio*, la no-mente, en el entrecejo. ¿Por cuánto tiempo se puede quedar uno ahí detenido? ¡A saber! Pero si se produce el *mandato del gurú*, si la gracia interior opera, se da el salto y uno entra en el séptimo loto. Solo los que se instalan en el séptimo loto definitivamente, son *jivanmuktas* o liberados-vivientes. Nadie los entiende. Están sin estar; son sin ser; cuando todos duermen, ellos velan. Su ego es como el de una sogá quemada, que vas a cogerla y se deshace. Swami Chaitanyananda me dijo en una entrevista que «*el concepto del sistema de chakras puede parecer teórico o incluso una fantasía*» y añadió: «*No importa. Práctiquelo y verá su realidad por sí mismo. Se experimenta con la práctica, de manera natural. Los mantras (no es necesario vocalizar, sino mentalizar) son técnica fundamental. Hay mantras especiales para despertar Kundalini. Clasificar el poder de Kundalini como algo físico o imaginario es colocarlo en una categoría, definirlo. Hay que olvidarse y despreocuparse de las clasificaciones y definiciones*».

Fue él quien me dijo que la *Shakti* era ciega, que no tenía conocimiento.

Volviendo a Miguel Ángel... ¡Tantas cosas viví con él! La primera vez que fui a visitar a Nyanaponika, vino él conmigo. Con él hablaba sobre Tagore, Kipling, Hesse... Iba a volver a la India, pero murió poco antes. ¡Vivimos momentos muy intensos en Benarés! También viajamos juntos a Rishikesh. Disfru-

tamos mucho en Katmandú. Miguel Ángel tenía muy abierto el chakra del corazón, era incondicional con sus amigos. También el chakra solar, era muy visceral. Tenía un don especial para seducir y conquistar a todos; las mujeres podían seguirle en legión. Le veían fuerte y a la vez tierno, y luego su dominio de la palabra. Las mujeres son muy sensibles a las palabras. Yo le hablaba a veces de Padmini, la mujer-loto de belleza prodigiosa, la *nairatma*.

Improviso. Fluyo. Nunca preparo una conferencia o un taller, tú lo sabes. Nunca cómo voy a escribir cuando me pongo a hacerlo. Que irrumpa el inconsciente. Que la inspiración baje y me tome escribiendo. Otro punto que hubierais tenido en común Miguel Ángel y tú: vuestra enorme cultura, vuestra capacidad de hablar a muchos niveles, vuestra pasión por lo femenino, por la vida, por las sensaciones y los sentimientos.

Le gustaba mucho recitar un poema de José Martí:

*«En julio como en enero  
cultivo una rosa blanca  
para el amigo sincero  
que me da su mano franca.  
Y para aquel que me arranca  
esta vida con que vivo,  
cardos ni ortigas cultivo.  
Cultivo una rosa blanca.»*

## CAPÍTULO 11: DELHI

*Cada vez que la virtud del mundo mengua,  
yo me manifiesto. Sri Krshná*

*Doce de mayo*

Los mendigos de Delhi no son como los de Benarés. En Benarés son considerados santos, personas que están pagando su mal karma. En Delhi son parte de las mafias o son compinches de algunas tiendas.

Los pobres más afortunados pueden tratar sus enfermedades mediante sangrías en la *Rahat Open Surgery*, a la entrada de la mezquita de Jama Majid. El olor de la sangre llega a la calle. Dentro, los curanderos realizan cortes por cien rupias, mientras los pacientes presionan las heridas para sacar más sangre.

Si Benarés es la ciudad de Śhivá, para mí Delhi es la ciudad de Krshná, aunque allí se encuentren templos de todos los cultos: El templo del silencio de los *Bai'hai*, en forma de loto; el Lakshmi Narayan, en el que hay varios sacerdotes recitando los Vedas simultáneamente y de forma ininterrumpida; el moderno complejo Akshardam y el siempre ruidoso Kali Bari, cerca de Connaught Place.

Suelo visitar el Sri Rādhā Parsatharati Mandir antes de volver de India, cuando mis viajes finalizan, asistiendo a uno de los seis *arati* que ofrecen a sus dioses o al cambio de ropa

de sus estatuas. Suelo acudir porque me fascina el *kirtan*, la práctica de canto grupal en la que un guía entona los versos que luego los devotos repiten, armonizado por el *mrdanga* y los crótalos, hasta alcanzar cierta «borrachera mística». De hecho, gran parte de los medios de proselitismo de los *Hare Kṛṣṇā* e incluso de lavado de cerebro lo realizan a través del *kirtan*, que se convierte en lo que es la flauta para el ratón.

En el año 3.102 a.C. a las 14:27 horas a orillas del río Hiran en Prabhas Patán, con ciento veinticinco años, siete meses y seis días, murió Kṛṣṇā, el 57º nombre de los mil que posee Dios y que se había encarnado como vaquero pre-púber para devolver el amor al mundo.

He hablado mucho con los *bhaktas* y también con sus *sannyasines*. La aceptación y obediencia al fundador de la orden, Śrīla Prabhupāda, es tan absoluta e incondicional que toda conversación, cualquier aspecto de la vida e incluso del mismo día, es tamizado por las palabras de este, convirtiendo a toda la comunidad, ya sea en la India, en Rusia o en los Estados Unidos, en una única mente colmena. Las palabras del maestro y su interpretación del libro-dios, la *Bhagavad Gita*, se repiten como referencia inevitable, dado que uno es el revelado y el otro, el revelador.

Según me contaron, la relación con Dios podía ser de muchas formas: Una era planteándose, cuando uno se halla perdido, la pregunta ¿Qué haría mi padre?; la segunda, pensando que era un amigo y viéndole de igual a igual; la tercera, cuidar una estatua del dios como si fuera un hijo, alimentándolo, cambiándole las ropas y cantándole nanas. Pero la cuarta era la más intensa y en la que los *Hare Kṛṣṇā* viven: la relación con Kṛṣṇāes de amante. No se le pueden quitar de su mente, ni un solo minuto y cuando no se le siente cerca, se vive sumido en la melancolía y el desasosiego. Para ellos es la relación más elevada, implica que si el amado se vuelve cóncavo, el amante se vuelve convexo. Es tan potente este amor como es el magnetismo de la tierra hacia la manzana colgada en de la rama de un árbol y convierte al amor en fe y a la fe en amor.

El movimiento *bhakti* es muy celoso, es considerado un néctar del amor en sí mismo que hace al hombre perfecto, inmortal y satisfecho.

—Todo lo que no sea pensar en Dios es olvidar a Dios — me explicó un *Prabhupada* irlandés, Patrick (*Ram Govinda Das* como iniciado), al que encontré en la sala de culto—. En la vida material no puede haber ningún lugar con suficiente luz o suficiente oscuridad como para que no se vea al sagrado Vishnú. Todos los maestros lo dicen —y continuó, imparable en su discurso—. Sin la misericordia de un maestro estaríamos perdidos. Sri Krshná, la autoridad máxima de los Vedas, dice: «*Tan solo trata de aprender la verdad acudiendo a un maestro espiritual. Hazle preguntas de un modo sumido y ríndele servicio. Las almas autorrealizadas pueden impartir conocimiento porque han visto la verdad*».

Los hinduistas, sin embargo, no consideran a los *Hare Krshná* como hinduistas porque niegan su procedencia del Absoluto. Piensan que estuvieron a su lado pero decidieron experimentar el mundo material.

—Los devotos no podemos detener totalmente la ira de los demás, pero podemos controlar gran parte de nuestra ira a través del proceso de conciencia de Krshná— me dijo Ram Govinda Das, o sea, Patrick—. Los *sannyasines* son la cabeza de nuestra sociedad porque son los que inspiran la renuncia y los que no permiten que la sociedad en general olvide que la meta última es el amor por Krshná. Ellos son mi ejemplo, no se enojan ni con quienes blasfeman contra el Señor. Si se obstaculiza el Movimiento es que quizá algunos *sannyasines* no siguen la actitud de su *Divina Gracia* Bhaktivedanta Swami Prabhupāda, ni sus técnicas para impulsar la Conciencia de Krshná.

El primer contacto directo que tuve con los *Hare Krshná*, además de las flores y bombones que te ofrecen en muchos aeropuertos, fue en México. Entre la muchedumbre de la capital, una de las ciudades más superpobladas, contaminadas y peligrosas del planeta, en la boca de metro de Juanacatlán se

encuentra la sede de la Misión Kṛṣṇā Chaitania, por lo que en sus alrededores es habitual observar a jóvenes rapados con la *deshika*, vestidos con *dothis* y *kurtas* y con la mano derecha dentro de la *japa mala*, la bolsita de tela que protege a su rosario y que deja al dedo índice, el impuro, en el exterior. Para los *gaudiyas*, todo lugar es Vrindavan, la ciudad india donde nació Kṛṣṇā, y sus sedes son los lugares donde pueden actuar como sirvientes o, como fue en ese caso, celebrar el *Kṛṣṇā Janmastami*, es decir, el nacimiento, cuando rompen un jarrón de barro lleno de suero de leche.

El ideal del *gaudiya* es imitar a una *vajravasi*, ser una sirvienta de las *gopis*, las pastorcillas amantes del Dios, puesto que la *gopi* no ve al alma sino al súper alma. Allí me explicaron que toda teoría, incluida la de la evolución, la relatividad, la Gestalt, cómo el espermatozoide fecunda al óvulo o la relación química hormonal, es mentira. Todo lo que no sea explicado por la *Bhagavad Gita* no tiene una consistencia fidedigna, es un invento del hombre no inspirado por Dios y, de algún modo, no confiable al no poder, al hombre de la calle, comprobarlo por sí mismo sin necesidad de un instrumento óptico de aumento, señales de radio o generadores de frecuencia artificiales.

En mi infatigable curiosidad y asombro les pregunté por qué los gurús de su secta permiten o no el matrimonio entre aquellos que optan por una vida marital, tal y como *los ancianos* hacen entre los testigos de Jehová.

—Las esposas indias son muy castas, pueden dar la vida por sus maridos. Sus esposos pueden abandonarlas pero ellas jamás los abandonan. Esto es parte de la cultura védica. Los Gurús pueden ver mejor que nosotros quién es una buena esposa, madura y casta, porque es una situación lamentable cuando la esposa no quiere compartir el *néctar de la prédica* y de la vida espiritual verdadera; el avance es muy difícil y el matrimonio es un peligro. El Señor Kṛṣṇā lo demostró cuando abandonó a Rādhā. Ella le siguió siendo fiel y permaneció enamorada y sin volver a conocer a otro varón.

También me explicaron que era mejor abrazar a un tigre

que mirar a una mujer directamente a los ojos o escucharlas cantar cualquier canción que no fuera el *Maha-mantra*. De hecho, entre sus muchas estrictas restricciones, ningún hombre puede ver a una mujer a solas, y esto afecta al padre con su hija o al hijo con su propia madre.

### *Trece de mayo*

¡He vivido tantas y tantas experiencias de lo más diverso en Delhi, Víctor! He pasado muchas semanas en esta ciudad e incluso, por increíble que parezca, he podido entrar en contacto con mucha gente del espíritu. ¡Son tantas mis vivencias en Delhi! En esa caótica, ambivalente, turbadora ciudad, he vivido momentos de enorme plenitud y otros de exasperación o incluso desesperación. He vivido monzones impresionantes, huelgas de toda clase, estados de ánimo de plenitud y otros de gran desconuelo, exaltación y abatimiento. He pasado días visitando monumentos, templos, santuarios, *ashrams*. ¡Cuántos días por la Vieja Delhi, entrando y saliendo de sus templos, perdiéndome por sus tortuosas callejuelas, conociendo miserables hoteluchos en los que situar al protagonista occidental de mi novela *El Faquir*, conversando con gran número de hermafroditas, asistiendo a rituales! Me entrevisté, en la terraza de una casa en una de esas infectas callejuelas de la Vieja Delhi, con la gurú de los *hidrans* (hermafroditas), muy acaudalada y venerada. Ya sabes que hay un *Shivá/Parvatī* andrógino. Una bellísima *hidran* que se prendó conmigo. Todavía conservo las fotos que me sugirió hacerle. En Delhi, he entrevistado al médico personal de Gandhi, que se hizo gurú, llamado por los suyos *Dadaji*, y en Delhi he mantenido conversaciones inacabables con *saddhus* en la sede de los mismos en la Nueva Delhi. He asistido a festivales y bodas. Ya en mi primer viaje entrevisté al yogui de Indira Gandhi, un verdadero falsario; llegó a ir a la cárcel por tráfico de divisas y demás. En Delhi he entrevistado a tantos y tantos san-

nyasines. Muchas de estas conversaciones aparecen en mi obra *Conversaciones con yoguís*. Recuerdo vivamente mis paseos con el sacerdote, de la Misión Bombay, Jorge Gispert Sauch, un gran especialista en Vedanta. ¡Cuánto hablábamos sobre el *atmán* y el *Brahmán*, sobre este gran misterio que es el *Samsara*! Me acompañó a hacerle una gran entrevista a Swami Chaitanyananda, un gran personaje, muy controvertido, sanniyasin, que me recordaba a Gurdjieff por sus modos. Cuando un día le dijeron que tenía que someterse a la diálisis, él dijo que no se enganchaba a una máquina y murió. En las afueras de Delhi, entrevisté a un *babaji* tántrico, que daba mucha importancia a la práctica del *bhastrika* y que me enseñó una porción de mercurio que él había solidificado con su poder de concentración. Me he codeado en Delhi con diplomáticos, personas de una mente muy brillante y con insoportables mentecatos, hedonistas sin límite y ascetas. Me encontré en una habitacioncita contigua al templo *jaina*, con un anciano, desnudo, que esperaba la muerte, respetando el voto *jaina* de morir por inanición. He visitado a menudo el hospital de las aves. Me he deleitado viendo la Gran Mezquita al atardecer, iluminada por un sol rojo como la sangre. Tampoco me he privado de disfrutar de buenos helados de frutos secos, paseando por ChandiChow, de rebuscar en las librerías de la zona o de visitar la gran tienda donde venden ropas hechas al estilo gandhiano. En el templo Lakshmi Narayan, he conversado con monjes, oficiantes de los ritos. Lo visité varias veces con Almudena Haurie por los años setenta-ochenta; lo visité con mi madre y mi hermano Miguel Ángel. Muchos años después, al amanecer, en un día muy frío de Navidad, con los pies descalzos obviamente, lo recorrí con Luisa y Jesús Fonseca. ¡Cuántas veces habré ido también al templo *sikh*, donde tanto dinero se da que lo pesan en enormes balanzas! Así es Delhi. Y en las afueras, hay personas que agonizan por falta de un mendrugo que llevarse a la India. La avidez de santidad del indio, no solo del hindú. Se adora a una serpiente y a una tortuga, a una vaca y a un árbol. He visto cuando las mujeres, en un día determinado, el de las serpientes, colocan en tacitas de barro cocido leche para las ser-

pientes. Al fin y al cabo, Shívá cuelga una cobra de su pecho. He hecho noventa y un viajes a la India y me sigo sorprendiendo. La India no la comprenden ni los mismos indios. Es un caleidoscopio inabordable.

### *Catorce de mayo*

Para mucha gente, los sandinistas llevan demasiado tiempo en el poder en Nicaragua. Para mucha gente, más bien llevan demasiado poco. Muchos dicen que ya nada tienen que ver con esos jóvenes soñadores que dieron su vida por conceptos elevados e ideales románticos de igualdad y libertad. Algunos taxistas me lo platican en los viajes. Yo les digo que la tónica general de cualquier revolución es cambiar las cosas, simplemente y que gobernar es otro cantar, *otros cien pesos*. Me miran, sin entenderme. Callo, cambio de conversación.

En la calle, los detractores de los *rojinegros* dicen que quien gobierna en realidad es su esposa, una mujer al parecer bastante instruida e inteligente que ha decorado toda Managua con una estructura metálica de color amarillo que imita al árbol de la vida mexicano. Tratan de desprestigiarla acusándola de santera, de mantener en cada rotonda las figuras y luces de Navidad para que en Managua siempre sea Navidad.

A mí en particular no me caen mal, incluso tienen algo que me gusta. Me fascina ver las banderas sandinistas por la calle, le da un aire novelesco y combativo a la ciudad. Acostumbrado a ver la siniestra corrupción de gobiernos como el de México o incluso la desvergüenza de los politicastros de ambos colores de nuestra España, estos me parecen parte del pueblo. Cualquier documento en México se consigue mediante la *mordida*, hasta la misma licencia de manejar. La política de aquí me parece que hace su trabajo y conseguir que la sociedad nicaragüense, en mayor o menor medida, funcione, se me antoja todo un milagro. El día a día en la calle es difícil para noso-

tros, los europeos, hechos a un nivel mínimo de competencia, porque aquí hay mucha improvisación. La genialidad está en todas partes: En los talleres faltan piezas y ponen otras que encajan a martillazos; en los mercados, si pides una soga de cuerda te dan una de mecate de plástico; si no te funciona la alcachofa de la ducha el plomero te deja como solución el tubo desnudo de la cañería. Todo lo amarras, todo lo guindas, si el agujero de la pared es muy grande para el clavo que has hecho con la broca inadecuada porque no había otra, lo taponas con cartón, papel de periódico o lo rellenas de *superglú*... Rara vez encuentras lo que buscas y lo sustituyes por algo que no tiene nada que ver y cuya vida útil será inevitablemente corta. Hay alambres y cuerdas sosteniendo las cosas por todas partes. Cuando te acostumbras, le encuentras la ventaja, descubres que, finalmente, una rueda cuadrada no es lo que buscabas, pero aunque renquea, anda. Y si no, no importa, ¿qué más da? Estás vivo, respiras, tienes a mano una taza de pinolillo y si no tienes que comer, agarras de un árbol un mango, un aguacate.

La burocracia es muy soviética, muy proteccionista y estricta, lo que es muy bueno para ellos pero muy incómodo para el extranjero como yo. Muchos documentos se entregan y se hacen a mano, aunque sean oficiales, cuajados de timbres y sellos que compras en otra institución donde además de ventanillas oficiales hay puestos de helados o de pastelitos. En frente de los ministerios, los notarios públicos se apelotonan en la calle, conforman una masa compacta de oficinas portátiles compuestas por una silla, una máquina de escribir y una mesa bajo toldos de plástico que les protegen del sol. Eso sí, una vez recopilada toda la información, todo fluye intachablemente y con gran competencia. El trato con los funcionarios siempre me ha resultado particularmente amable, muy paciente, con muchas manos ayudándome e invitándome a saltarme todas las colas, atendiendo a la par a otro contribuyente al verme desamparado, intentando disimular su hastío. Los óleos de Sandino, el general de los hombres libres, están por todas partes junto a fotos de los mártires de la revolución o de mujeres

ejemplares. Aunque en la calle impera un grosero machismo, en temas de igualdad de género es un país ejemplar.

Abrir una cuenta corriente en un banco o darse de alta en internet es desesperante; el tiempo mínimo de espera para cualquier gestión de un servicio privado no es inferior a los tres cuartos de hora, las entregas de material o las entrevistas se postergan varios días de la fecha programada. Habitualmente, nada es directo. Acudir al dentista, instalar una tarjeta de memoria en un ordenador, reparar un terminal móvil... Todo se hace dos o tres veces o en dos o tres sitios distintos. Pero, para ser el segundo país más pobre de toda Latinoamérica, es en el que menos pobres he visto. Aquí los mendigos *trabajan*, recogiendo botellas de plástico, por ejemplo. Pocos alargan la mano. Recorriendo México o Brasil, he tenido que ser testigo de pobres de solemnidad hurgando en la basura buscando qué comer, de *niños de la calle* colocando su boca en los tubos de escape de los coches en los semáforos para tomar una buena dosis de monóxido, de niñas pre-púberes prostituyéndose.

En cualquier caso, la sociedad se halla dividida muy sutilmente por quienes lo defienden y por quienes lo detestan, aunque no hay una oposición ni fuerte ni organizada. Todos mis amigos son sandinistas, eso sí. Sandinistas pro-gubernamentales o anti-gubernamentales pero todos aman la revolución. Escucho a unos, escucho a otros, a los que me dicen que las abismales diferencias sociales y la endémica pobreza del país apuntan a que pueda surgir una nueva confrontación, pues el nicaragüense no es violento, pero sí es guerrero; a quienes me hablan de su papel en la historia del continente y del masivo apoyo popular que recibe el presidente, un héroe de la revolución.

Cuando yo era adolescente admiraba mucho a los sandinistas y a sus comandantes, soñaba con compartir y finalizar su guerra. Para mí eran David frente a Goliath, *Coca-Cola*. Desde el 11-S he aprendido a reconciliarme con los Estados Unidos, pero en mi adolescencia tenía otra visión, más contestataria. Pero los prejuicios se curan viajando y a mí me los sanó la ciu-

dad de Nueva York y San Francisco. Con todo, encontrarme treinta años después por la calle con algunos de esos revolucionarios que le plantaron cara al *Imperio* me resulta increíble. Les paro, me hago fotos con ellos, les digo lo mucho que significaron para mí a mis quince años, que tenía fotos suyas en la pared de mi cuarto, en mi carpeta de colegio. Un día tuve a Gioconda Belli en una de mis clases. Se me saltaron las lágrimas de emoción. Otro me encontré a Ernesto Cardenal en una exposición, con Aminta Granera en la catedral de León a la que di un fuerte abrazo burlando a sus guardaespaldas o con Carlos Mejías Godoy en una librería de Managua.

Recuerdo que la política en Delhi era espantosa, otra lacra que flagela a la India. La última vez que la visité, Ramdevji Maharaj, un gurú de Haridwar, mitinero eficaz y multimillonario, dueño del emporio ayurvédico *Patanjali Yog Peeth*, lideró una manifestación de sesenta mil personas en la ciudad para exigir una ley anticorrupción. La policía llegó, destruyó con agua fría los generadores de energía que alimentaban los focos que alumbraban su campamento, incendió sus tiendas de campaña, les dispersó con gases lacrimógenos aprovechando la oscuridad y detuvo a Ramdev cuando huía vestido de mujer. Hubo algunos muertos y chicas universitarias desaparecidas.

De nuevo, en Haridwar, Ramdev demostró que no solo le resultaba fácil pronunciar amenazas, sino también cumplirlas, pues, en esa ocasión, reunió no a sesenta, sino a cien mil seguidores, dispuesto a repartir armas automáticas para derribar al gobierno. Después exigió la horca para los corruptos y empezó una huelga de hambre que abandonaría nueve días después.

Yo pude ver a Ramdev de cerca en su *ashram*, donde acudí con la intención de tener un encuentro personal. Mientras me atendían en un jardín, pude verle pasar, rodeado de su equipo. Iba descalzo, con su túnica de *saddhu* y agitando unos papeles. Aunque me lo imaginaba mucho más alto, Ramdev es inconfundible y, a su modo, un titán: es muy velludo, tiene un pecho simiesco y su cara, deformada por una parálisis, hace que uno de sus ojos sea mucho más grande que el otro, que parece que

esta guiñado. La misma anomalía afecta a su boca, y trata de disimularlo por una espesa barba.

Finalmente y después de esperarle cerca de tres cuartos de hora, llegó uno de sus secretarios.

—Yogirhi Swami Maharaj Ramdevji debe declinar su invitación —me dijo muy amablemente—, pero me pidió que le comunicara que nuestro *ashram* es un espacio de ayuda para todos los necesitados. Posee dos *langar* donde damos cinco mil comidas diarias de forma gratuita a los más necesitados; disponemos además de un hospicio para mil peregrinos y ofrecemos a diario clases gratuitas de yoga. *Baba* Ramdev está muy preocupado por la India. Aunque él se encuentra en contacto con el espíritu universal, sus pies están en esta tierra y observa cómo los ríos sagrados están contaminados, como se maltrata a las vacas. El destino de India ha sido siempre el de ser la maestra del mundo, no necesitamos nada porque lo tenemos todo.

Después me dio una lista interminable de muchas más actividades que realizaban por todo el país, fechas, números y más números.

Cuando le pregunté sobre su amenaza de desencadenar una guerra civil contra el gobierno, lo que no era en absoluto muy yóguico, me miró y me respondió firmemente:

—En esa misma amenaza se encuentra su grandeza: *Baba* es consciente del mal karma que se genera en su contra, pero es capaz de sacrificarlo en favor de los más desprotegidos, en favor de la democracia. Además ¿Con qué herramientas podemos juzgar las palabras de quienes se encuentran en tan altas esferas de santidad?

Cuando terminó le pregunté si todos esos datos se los había dado *baba* para mí y me dijo que no, que *claro que no*.

—Solo pienso en el Maharaj y él habla por mi boca.

Por último, me invitó al *iagnā*, la ceremonia védica del fuego que se celebra en un altar de piedra y en el que se enciende una hoguera sagrada justo en el último momento en que los

rayos del sol se ocultan o aparecen tras la redondez del planeta y en el que se quemaran todos los pecados del mundo.

*Quince de mayo*

Querido Víctor, acabo de escribir una obra llamada *Sadhana*. ¿Sabes por qué? Porque lo esencial es la experiencia y no la creencia, y ya sabes bien que el yoga es todo experimental. Muchos hablan, pocos saben. Muchos se enredan en tertulias pseudomísticas, pero prefiero asistir a una de tenderos antes que a esas que solo son afirmaciones egocéntricas de cada uno, ideas, adoctrinamientos, creencias no sometidas al registro de la experiencia. El lado oscuro de la Nueva Era es muy oscuro. Los que deliran, los falsarios, los que se aferran a creencias estafalarias, los mercenarios, los que explotan a los incautos, los que vierten teorías «cuánticas» que son ridículas, anti-científicas y no se sostienen; los mismos, sí que juegan al barato cientifismo para liar a los otros y, si pueden, esquilmarles sus ahorros; los que dicen ver ,y no ven sus propias cejas, y el larguísimo etcétera de charlatanes, caraduras, mistagogos, «gurús» codiciosos, «swamis» mentecatos...

En fin, volvamos a Delhi. Muchas experiencias en este contradictoria ciudad, pasando de la gran serenidad que reina en el Parque del Buda al estruendo de Chandi Chowk o Connaught Place, remansando mi espíritu en una de las salas del Lakshmi Narayan; divirtiéndome con la jerga de los eunucos o abocándome a larguísimas conversaciones con Swami Chaitanyananda; pasando de una reparadora comida en uno de los restaurantes del centro de la ciudad a estar sentado en suelo duro y soportando innumerables moscas en mi charlas de horas muertas. De Delhi me trasladé a Mathura, para vivir las abluciones en las aguas santas del Yamuna y visitar la ciudad de Krishna, Vrindavan. ¡Vaya con Krishna! Su presencia cautivaba a las *gopis* como si pusiera en sus ojos el colirio del

amor. Otra de las contradicciones del pueblo hindú: por un lado, el puritanismo ardiente y asfixiante y, por otro, el Tantra reflejado en templos como Khajuraho o Konarak. ¡Cuánta represión ha habido y hay en la India! Y hablando de Tantra y como siempre en Occidente, la compulsiva tendencia a distorsionar y falsear. Neo-yogas, neo-vedantas, neo-tantras... Pero que cada gusano siga su gusto, los hay que prefieren las ortigas. Decenas de veces he penetrado Delhi y he paseado entre sus innumerables ruinas, pues por algo hay siete (otros dicen que nueve) ciudades superpuestas. También desde Delhi me he desplazado muchas veces a Simla, donde situé buena parte de mi novela *El Faquir*. ¡La belleza de las montañas indias! Al ser Delhi el corazón de la India, cada vez que uno viaja por el norte y el centro, recalca forzosamente en Delhi. Una de las ciudades que en siglos pasados fue más codiciada y donde se ha derramado más sangre. Cada ciudad de la India tiene su propia impronta. A veces me ha gustado más Mumbai que Delhi y otras al revés. Es como tener dos novias y no saber cuál te atrae más. Pero ahora estamos hablando de Delhi, así que me siento bien en esta ciudad de tantos contrastes y que está cambiando a velocidad vertiginosa y donde el materialismo impera tanto como en Tokio o Nueva York.

#### *Diecisiete de mayo*

Al margen de ser un gurú polémico con una idea de socializar y hasta politizar el yoga, que no puede dejar a nadie indiferente, Ramdev ha sido el primer indio que ha desmitificado a Patanjali, un juicio al que me sumo, después de haber leído intensamente la obra de Feuerstein en la que llega a demostrar con cierta coherencia que no solo hay versos en los *yoga sūtras* que se contradicen, sino que, con cierta claridad, exhiben que no fueron escritos por la misma persona. La abierta falta de interés de rastrear arqueológicamente al yoga y de mantener

intactas ideas que desmontarían años de aseveraciones en los que nadie se planteó sobre la realidad o no de las mismas, aún hoy en día hace que se desconozca la fuerte influencia de la escuela budista *Vijñānavāda* en el sistema *aṣṭāṅga yoga*, datado casi cinco siglos después de la supuesta elaboración de los *sūtra*.

Prácticamente se podría hablar no solo de varios *Pātanjalīs*, sino más bien de una escuela derivada de la recopilación que hiciera, el considerado como *padre del yoga*, de las ideas de su abuelo Hyranigarbha, discípulo directo de Kapila, autor de la filosofía Shamkya, y a la que añadiría un lado práctico.

La misma inclusión del yoga como una de las *darshanas* (diferentes escuelas del hinduismo) no fue sino gracias a los comentarios acerca del yoga, *sūtras*, que hiciera el mejor amigo y primer discípulo de Pātanjali, Dattatreia.

La contribución de Feuerstein al mundo del yoga es sobreco-gedora, solo comparable a la de Mircea Eliade y, sin embargo, muy pocos hemos leído algo de sus más de treinta libros, rele-gándolos continuamente a la idolatría del maestro, lo que, ade-más, nos convierte en una ventana al exterior repleta de pre-juicios, un *yo-mi-me-conmigo* que creemos disuelto por besar las sandalias de un gurú cuando lo único que hace es marcarnos en la frente con una X ¿No eran los sufís los que decían que se reconocía a un sufí porque no decía que lo era?

Feuerstein era un técnico, no un filósofo, un obrero de la construcción espiritual.

Unido a esta egolatría nos encontramos con una difusión creciente de propuestas de autoayuda que pretenden, iróni-camente, curarla con la misma dinámica afirmadora del yo: *Tú tienes el poder para enfermarte y para curarte, todo es parte de tu aprendizaje, nadie te humilla solo tú te sientes humillado...* Falsifica-ciones fenicias que han mercantilizado los principios de filoso-fías escritas hace quince siglos.

Cada vez soporto menos ese tipo de tertulias pseudo-místi-cas, eternas, aburridas, reiterativas, vedánticas. Son una espe-cie de *globalización* sin ningún tipo ya de aporte, son como cor-tinas que nunca se han descornado, libros que no se han sacado

nunca de sus estanterías, soldados de plomo que creen que ganan batallas. Necesito de la acción, de la práctica, del calor, del movimiento.

Si he de encontrar la unidad es, primeramente, en lo cercano. Ya no distingo entre nicaragüenses e indios, ni indios y españoles, ni españoles y franceses, polacos o chinos. El Absoluto empieza con una sola raza, identificada por el color de su sangre y no por el de su piel; por su silencio y no por su idioma; por su espíritu y no por su dios. Cuando veo a estos hombres y mujeres de piel de cuero, de pies encallados, mujeres de enormes tetas cargando cestas en la cabeza sobre los hombros, obreros con la camisa sucia tostándose bajo el sol, persignándose al pasar por delante de un santito de escayola mal pintado que se cae a pedazos por el peso del tiempo, expuesto a las lluvias, cuando observo sus anillos de hierro, sus sortijas de latón, las uñas negras bajo las capas rotas de esmalte barato, los niños dormidos sobre el regazo de su madre que cabecea en el desarreado asiento del microbús, no puedo sino ver al famélico conductor indio del *tuktuk*, al barbero callejero, al dentista, a todos los hombres y mujeres que comerán toda su vida chapati o pan amargo, arroz y maíz hervido con agua y sal. Son el alma de este planeta, son el puro Espíritu. El planeta entero se levanta sobre sus lumbares.



## CAPÍTULO 11: LA TRASCENDENCIA Y LA INTRASCENDENCIA

*Me había otorgado el don de vivir más de una vida. Como una reencarnación sin cambiar de cuerpo. Asha Miró*

*Dieciocho de mayo*

He intentado introducir a *Doncita* Jasmina en algunas técnicas muy rudimentarias del yoga, infructuosamente. Ella me pregunta sobre qué escribo, si hago versos, como Rubén Darío. Cada vez que me ve quemar incienso a mi *murti* de Kali o hivá, bañar en leche y *teeka* a *milingam* de piedra pulida, servir en cuencos arroz y agua a un Buda que me traje de Tailandia, se santigua, con cierta suspicacia.

Cuando me pregunta si son mis dioses le digo que no son varios, que no hay plural, que son solo uno pero que se dividió en muchos para el deleite de encontrarse en un juego de ratón y gato, que el juego es el más supremo porque en esta búsqueda el ser humano alcanza su máximo rendimiento, que sus muchas caras se resumen en lo que nos devuelve un espejo.

—Mi dios se llama Yahvé —me dice muy digna.

—El mío, también —le digo— Pero no tiene barba, ni siquiera forma. Está en el aire pero no es el aire; está en las piedras pero no es piedra; esta en el agua, pero no es agua —

pero todo esto último solo lo pienso, para no desconcertarla y le sigo diciendo, mentalmente, como si pudiera leerme el pensamiento: *Para el adepto todo deviene en el Absoluto, la guerra y la paz, toda la existencia y los fenómenos, todo lo demás son casas vacías.*

No sé si yo estaba preparado para todo este contacto tan directo con la Madre Tierra y del que siento su convocatoria incesante, desarrollando en mí una inesperada necesidad de contemplación y recogimiento, algún tipo de mística que está naciendo en mí, forzando mis goznes, rebasando todo dique.

#### *Diecinueve de mayo*

Quizá el secreto está, querido Víctor, en ser capaz de dar ese salto impresionante y aventurado que nos conduzca a otro lado de la mente ordinaria. Es un despojarnos de lo conocido para ir a lo conocido, desasirnos del sensible para proyectarnos hacia lo suprasensible, atravesar el sinsentido para arribar al sentido. Ese adentrarse por la vacuidad de las nadas, allende el ego y la pequeña mente, sin saber siquiera qué nos espera, es una decisión que a menudo espanta. El religioso se aferra a sus creencias, rituales, liturgias, jaculatorias o mantras, ideas preestablecidas y patrones, pero el auténtico místico, en su desasirse, en su soltar para poder tomar lo Otro, entra en arenas movedizas donde se suceden momentos de enorme dificultad, agónicos me atrevería a decir. El místico es un guerrero espiritual y no necesita de analgésicos religiosos, se expone a alma descubierta, sin ampararse en creencias cristalizadas ni cultos petrificados. Abandona el camino reglado o de las normas, para tomar la senda propia, y esa es una responsabilidad dolorosa incluso. Seguirse a uno mismo es mucho más difícil que seguir a un maestro o gurú. No puedes poner la salvación en manos de otro. Lo fácil es la obediencia ciega e incluso abyecta, el que otros dirijan nuestra vida espiritual o anímica. Lo extraordinariamente complejo e inquietante es tratar de

ser uno mismo, sin rótulos ni etiquetas, tratando de resolver esa gran paradoja que es con la mente pequeña caminar hacia la mente grande. La mente pequeña tiene que llegar a comprender que es una usurpadora y que debe apartarse para que pueda aflorar la mente grande. Pero el ego llega a ser mezzquino, incluso ruin. Quiere todo el poder. ¡Tan iluso es, que no se da cuenta de que sus días están contados! Cuando le pregunté al gran experto en Tantra el profesor Pío Filippini Ronconi: «¿Dónde asirse?». Repuso: «A uno mismo». Uno quiere tener alguna seguridad o incluso se extravía en una neurótica demanda de seguridad, pero no hay tal, es un mito. Tampoco en la senda mística. Esa es su grandeza y también explica el terror que a muchos inspira. Desasirse de tu personalidad sin saber qué encontrarás; despojarte de tus disfraces, sin saber si soportarás la desnudez del Ser. Tú tomas tus derroteros, Víctor, a veces, nadas en círculo, como navegaba Ulises, pero estando en el intento, de repente tienes un toque del universo paralelo y algo se mueve en tu interior. Tenemos que dar la bienvenida a los «*choques conscientes adicionales*» a lo que nos remueva un poco y saque el sueño psíquico en el que estamos.

#### *Veinte de mayo*

Creo, Ramiro, que el hecho de que, salvo los fraudulentos gurús de internet que aseguran vivir en la consciencia o los escasísimos Budas vivientes, que, de la legión de practicantes de yoga que existen en la actualidad no tengamos noticias de que alguno más se haya encumbrado en el *Samadhi*, indica que hay pocas esperanzas de que con el método contemporáneo de nuestra práctica lo consigamos. Por lo que he leído, el yoga no solo busca la paz en cualquier circunstancia y momento, que en sí ya es una proeza, sino el ejercicio de facultades supra sensoriales.

Tú has visto la interrupción voluntaria de la respiración e

incluso la desaceleración del ritmo cardiaco en yoguis que han reconocido que no es sino un fenómeno físico obtenido a través de la *sadhana*. La naturaleza extremadamente perseverante de la mente, los escollos en el camino que pone la vida diaria y nuestro mismo ego nos dejan anclados en el yoga como una práctica, física o de serenidad ante la aflicción, pero que impide aún llegar a su experiencia más sublime. La paz mental no es sino una fracción de inmensas posibilidades que ahora solo contemplamos como ficción o como farsa. Creo que sí es posible alterar la energía psíquica bajo el estado del yoga, del mismo modo que es posible alterar la energía sexual a través del *prânayama*, convertir a la consciencia del sótano en una consciencia orbital, por encima de una elevada. No aspiro a una transformación permanente, sino a conseguir entrar en *dhyana*, el estado de meditación durante apenas una décima de segundo.

Quizá haya que volver a cierta esencia, a ese regeneracionismo del que a veces me has hablado. No me refiero a ser un manojo de inhibiciones que luchan por asomar la cabeza, vivir en la abnegación o maltratar a la carne, pero quizá someterse a un ayuno y a ciertas privaciones para conseguir limpiar la mente y entrar en la meditación, sea necesario. Siempre he escuchado que no se puede enseñar a meditar, que es como enseñar a dormir, pero que una vez que se consigue entrar en *dhyana*, es posible inducirse voluntariamente a ese mismo estado en cualquier momento. Con ello se accede a esas regiones remotas de la mente donde pierde irresistiblemente su control. Con eso quizá consiga zambullirme en esa piscina de existencia donde la vida se guía por pura intuición y donde el espíritu adopta su apariencia verdadera. Y así empiece a acortar distancias. En ningún *ashram* de India y ni siquiera en mis años más *talibanes* he tenido una oportunidad tan clara como la tengo ahora.

*Veintiuno de mayo*

Mí apreciado Víctor: Desde que partiste de Europa puedo observar cambios bastante significativos en ti, cuyos síntomas tú mismo percibes. No podemos olvidar bajo ningún concepto que el yoga hace miles de años nació como una técnica espiritual, que favorece la evolución consciente para hacer posible estados superiores de consciencia que puedan reportar un conocimiento intuitivo que le está vedado a la mente ordinaria. Esa es una de sus vertientes primigenias, pero en su posterior evolución se convierte también el yoga en una ciencia de la salud integral y, por supuesto, el precursor indiscutible de la ciencia psicosomática. Como un ser humano es una entidad biopsicosocial, la verdadera salud o salud integral consistirá en el bienestar físico, psíquico y afectivo. Aunque este sea un ideal de salud no fácilmente alcanzable —pues implica armonía en todos los planos—, sí puede uno aproximarse al mismo siguiendo determinadas actitudes, normas de vida, ejercicios psicofísicos y prácticas e higiene mental.

A lo largo de este viaje existencial disponemos de unos instrumentos vitales que son el cuerpo, la mente y la energía. Aunque todo lo compuesto tiende a descomponerse y lo constituido —antes o después— a declinar, podemos hacer mucho por el equilibrio de nuestros instrumentos vitales. El equilibrio es salud y bienestar, del mismo modo que la ruptura del mismo desencadena desórdenes. El equilibrio tiene que conducirse, Víctor, como indica el yoga, a la bioquímica, los elementos vitales y el sistema endocrino, así como a la mente y a las emociones. El yoga descubrió desde sus orígenes la estrecha interrelación que hay entre el cuerpo y la mente, y cómo uno afecta inevitablemente a la otra, y viceversa. Solo cuando el cuerpo está equilibrado y la mente permanece armónica, podemos hablar de salud integral o total, que no es solo física. Cuando la mente está agitada y los estados mentales conflictivos prevalecen, esas tensiones se somatizan y perjudican al cuerpo, de la misma

manera que cuando el cuerpo no opera armónicamente, también se resiente la actividad y el buen funcionamiento mental. Las enseñanzas y prácticas del yoga pretenden que haya cooperación entre las distintas funciones del organismo, que los aparatos y sistemas vitales cursen equilibradamente y, con respecto a la mente, que prevalezcan actitudes y estados mentales sanos. Así, el cuerpo se pone al servicio de la mente y la mente del cuerpo, para cooperar recíprocamente y actualizar todos los potenciales psicosomáticos. No cabe duda de que muchas de las técnicas del yoga son de control psicosomático, y el practicante va aprendiendo a valerse de los medios para que su organización psicosomática funcione mejor, evite la dispersión de energías y el desequilibrio, y se convierta en una aliada en su tránsito por la vida.

Como ciencia integral de la salud que es, debes observar en la práctica que vayas a someterte ejercicios de higiene tanto somáticos como mentales; técnicas de ejercitamiento muscular; procedimientos de control respiratorio; técnicas de relajación; ejercicios para aprender a pensar y dejar de pensar; técnicas de meditación para reorganizar la psique y modificar los modelos de pensamiento negativos y, por último, pero no por ello menos importante, enseñanzas y actitudes para mejorar la afectividad, dado que estás en un momento muy delicado, casi al borde de la desconexión de la realidad que te rodea.

Todo ello es para que no te pierdas, dado que es fácil y todos hemos pasado alguna vez por estos estados «elevados».

Presta atención a la purificación de los nervios, la pacificación del sistema nervioso y el perfecto equilibrio de los principios vitales, que son la función linfática, la energía nerviosa y el metabolismo. No hay rama del yoga ni ninguna de sus técnicas que no deba ser observada a la luz de la consciencia. La consciencia misma es salud, y el metódico desarrollo de la atención mental integra la mente, desalinea y ayuda a prevenir trastornos psíquicos y psicosomáticos. Hay innumerables ejercicios para el entrenamiento de la atención y la intensificación de la consciencia, como bien sabes.

*Veintiuno de mayo*

Acabo de leer tu agradable mail. Yo vivo aún en lo que para ti es ayer.

Te entiendo perfectamente, Ramiro, y te agradezco tu preocupación. Efectivamente, ha habido un cambio drástico en mí, exterior e interior. Llevo un par de semanas que ya no viajo, al sentir más la necesidad de un viaje interior que acontece en cada momento, ya sea en el microbús o mientras que, junto con don Roberto, cavamos en la finca un estanque que quiero llenar de peces de colores. Nunca he usado ni un pico ni una pala, tampoco una azada. Ahora mis manos tienen callos, mi piel no es tan suave y el sol me ha oscurecido el semblante.

Mientras volvía a *Villa Ganesha* me acerqué a la casa de una de las familias que viven en la vereda, una de esas tantas barracas que alternan las paredes de madera con paredes de zinc encalado, y cuyas letrinas desembocan en el mismo camino de sus aguas negras. Allí viven mujeres de varias generaciones y se hacían niños de distintas ramas primas de la familia. Gansos, gallinas y perros duermen encima o debajo de las mismas camas de los matrimonios o de las viudas, y los más pequeños en una cobija sucia en el suelo. Las cocinas son un horno de concreto en el exterior, los lavaderos se protegen del sol bajo un techo de aluminio. Había comprado dos pizzas y les di una, pretextando que me sobraba.

Una de las muchachas que estaba haciendo la colada, Milady, bajo la atenta mirada de una anciana que se balanceaba en una mecedora, me dijo que en la comunidad me veían como un ser raro, un *chefe* (blanco) de apariencia joven pero que tenía barba con muchas canas y muy poco pelo en la cabeza, por lo que, a la vez, les parecía casi un viejo. Además, aunque parecía *gringo* no hablaba ni me movía como ellos y cada vez que me veían pasar por delante de su puerta, siempre me veían recogiendo los mangos que encontraba en el camino.

Los niños me preguntaban sobre el Madrid y el Barça, que

a quién le iba mejor, y me pedían que les tomara fotos con mi iPhone y luego se las enseñara. Milady continuó hablando y hablando, pues los nicaragüenses son tremendamente sociales. Me dijo que en toda su vida apenas había salido un par de veces de la comarca, que lo más lejos que había llegado era Masaya, a tres leguas y media, lo que para nosotros son unos veinte kilómetros.

### *Veintidós de mayo*

La belleza y la fealdad están en todas partes. Quizá en la India sea más evidente el contraste, más atroz y desconcertante. *Mâyâ* es tan prolija en sus manifestaciones que nos deja perplejo; la *Shakti* se desliga de tal modo en sus millones de formas, que nos atolondra y abruma. Aquí o allá, en España o la India o Hispanoamérica, tendríamos que aprender a vivir con plena intensidad y, a la par, desde la consciencia-testigo. ¡Qué difícil! Todo tiende a identificarnos, atraparnos, hipnotizarnos, desvincularnos de nuestro ser interno, sumergirnos en las aguas pantanosas de nuestro ego, en lo que devienen la ofuscación y el desconsuelo. Los llamados humanos hemos cogido la sustancia de la *Mâyâ* y la hemos convertido en desigualdades sociales, atrocidades, voracidad y odio. No hemos sabido convertirla en amor, claridad, honestidad. Esa gran fuerza que es la *Shakti* la hemos corrompido y utilizado indecorosamente. Miles de predicadores de todas las religiones y ¿qué ha cambiado? Revolucionarios y reformadores, ¿y en qué hemos mejorado? Se requiere una mutación honda, abisal, sin timidez. Pero, ¿será posible? ¿Habrà incluso que aprender a penetrar en la célula y cambiar sus códigos? ¿Tendremos incluso que modificar los *Samskaras* de la evolución de la especie, que han terminado por abocarnos a un mundo tan cruel?

### *Veintitrés de mayo*

La raíz de todo es debido a que, cuanto más investigo, más desenmascaro que, pese a todo lo escrito e investigado, seguimos teniendo grandes desconocimientos de este mundo y trabajamos en exceso alegre con fórmulas como los mantras sin llegar a comprender del todo su riqueza mística... Hace poco descubrí que los mándalas, sin ir más lejos, son considerados entidades vivas, cuyos vértices e intersecciones, más importantes que el mismo color con el que se pinten, representan sílaba y cada una rige áreas del cuerpo. Pasé la noche diseñando uno que quiero tatuarme en una pantorrilla. Luego lo deseché al averiguar que ya somos un mándala vivo: El espacio entre los dos ojos, la raíz del orificio nasal derecho e izquierdo; el medio de la espina dorsal situado entre la espalda y la cúspide de la cabeza e incluso el vacío que hay en el orificio de la garganta no son sino *yoguinis* en los que residen poderes no materiales.

Es de tal importancia el mándala que no hay mantra que no se haya creado sino es gracias a la intersección de sus líneas, a sus vértices y ángulos. Averigüé además, leyendo textos recónditos, que existen mantras *machos* y *mantras* hembras, que los primeros son contundentes y que los segundos solo deben recitarse después de los quince años, que uno son de fuego y otros de lunares, pero que todo mantra debe ser escrito en una corteza de abedul, perfumarlo con almizcle, encantarlos soplando agua bendecida bajo un potente *bija mantra* como OM o HRIM y finalmente dejarlo flotar en un soporte de leche para que una deidad lo active, momento en el cual el autor del mantra debe protegerse del influjo del mismo dios, pues podría volverse loco o incluso morir.

No sabemos nada, todo lo suponemos... Pâtanjali, los mantras... Balbuceamos, jugando con fuerzas exteriores que nos sobrevuelan. Esta embaucadora multitud de *Shakti*, devas, mándalas, *bijas* y serpientes, nos separa de la realidad tangible, que es lo que nos importa y tú me propones, pero, a su vez, se

protege, pues nadie es tan proclive a creer en las brujas como quien las persigue. Necesito que el conocimiento se convierta en algo más. No es suficiente.

*Veinticuatro de mayo*

Amigo Víctor: Confundir las herramientas con el fin es la mayor ceguera, donde la *Mâyâ* ya nos envuelve sin remedio. Es como confundir el dedo que apunta a la luna con la luna misma. Como dicen los adeptos zen: «*Si te encuentras a Buda en el camino, máatalo*». Hay que matar a Pâtanjali para ir más allá de Pâtanjali. La mayoría de los gurús y líderes son los peores cánticos de sirena. Buda fue el hombre más lúcido de su época, pero incluso de él hay que desasirse. Si matas el ego, matas todas las tendencias narcisistas e incluso superas el *Dharma* y te conviertes en puro *Dharma*. La balsa es necesaria para cruzar el río, pero no hay que cargarla luego encima. ¡Qué pensar de esos guías o líderes espirituales en sus giras mundiales, recaudando fondos, afirmando su ego, mostrándose como genuinos salvadores de almas! ¿Acaso la flor corre tras la abeja? ¿Acaso la playa persigue a la ola?

Besa los pies polvorientos de uno de los campesinos de la tierra en la que estás, como yo hacía con los *saddhus* en India, pero da la espalda a esos líderes presuntuosos, falsos salvadores de almas, ego-maniacos que seguro te los encuentras. No te imaginas cuántos pasan también por Madrid y quieren que vaya a sus actos o les entreviste o escuche sus vacías monsergas. Me niego por sistema. No son de fiar. Mejor escuchar la voz equivocada de nuestro propio yo, que la voz altisonante y perversa de su yo.

## EL BARRIO DE GOYA

*Los escritores, al menos los que están dispuestos a correr riesgos, los que se arriesgan con todo, tienen mucho en común con otra raza de solitarios: los que se ganan la vida jugando al billar o a los naipes. Truman Capote*

*Veinticinco de mayo*

Gabriel García Márquez dijo que los primeros españoles que vinieron al Nuevo Mundo vivieron *aturdidos por el canto de los pájaros, mareados con la pureza de los olores*. Así vivo yo, querido Ramiro, día tras día, en un embudo de caída infinita.

Nicaragua es una sociedad sentimental, muy apasionada, espontánea dentro de una densa inmovilidad. Quiero decirte que el tiempo aquí es de una gran relatividad. Como vivimos en el trópico no hay días más largos que otros, se amanece y se anochece desde siempre a la misma hora, no hay cambios en el reloj. El color del paisaje es o amarillo y quebradizo durante la sequía o esmeralda y exuberante durante las lluvias...Vivo ahora en un país donde el tiempo es estático y aleonado, donde todo se repite de forma igual y necesaria, día tras día observas al mismo campesino arar el mismo surco, a la misma niña indígena barrer la hojarasca del quicio de su choza levantando la misma nube de polvo del día anterior, las mujeres con paraguas para protegerse del sol pero no de la lluvia,

con los mismos vestidos y alpargatas, las mismas cuajadas de sudor lampeando las camisas de los viajeros de los atiborrados y destartalados autobuses rusos, los mismos disparos, invariablemente a la misma hora, de los mismos cazadores... No pasa el tiempo, se arrastra. No llega mañana, se espesa. El verano es extenso. Las mismas cigarras. Lo que fue tiempo para mí es recuerdo. Desconcertado me pregunto cuándo fue lunes o si hoy es jueves, a qué hora vives en tu latitud y en qué día, al borde de qué amanecer.

Lo que marca el paso del tiempo es la muerte, la decadencia, que un día dejas de ver a un señor que siempre ha sido anciano y te dicen que se ha ido, o escuchas su nombre porque un coche anuncia la invitación a su entierro a través de un megáfono.

Practico mi entrenamiento. Pero no sé si practico hoy o estoy practicando ayer porque hace tiempo que aquí no ha muerto nadie.

#### *Veintiséis de mayo*

Fíjate, Víctor: La última vez que me encontré con Babaji Shivananda de Benarés fue en compañía de Luisa y Jesús Fonseca. Estábamos haciendo un recorrido tras las huellas de Buda, visitando todos los lugares por los que él caminó a lo largo de más de cuarenta años predicando el *Dharma*, en la cuenca del Ganges. Estuvimos tres días en Benarés y pasamos muchas horas con Babaji. Nunca hubiera yo podido suponer que era nuestro último encuentro en esta tierra. Después vino mi enfermedad y estuvo meditando diariamente en mí mientras estuve al borde de la muerte. Ya repuesto, me propuse ir a visitarle y volverme a fundir con él en uno de nuestros intensos, sentidos e inolvidables abrazos. Pero el señor de la muerte, Yama, no respeta a nadie. Viene un día y te roba el alma, dejando el cuerpo vacío como una calabaza.

Viajando un día en tren hacia el sur de España para impartir un taller de meditación, recibí una llamada de mi buena amiga Cristina Lázaro, comunicándome que Babaji se había desencarnado. No pude impedir las lágrimas. No lloraba por él, que ya estaba en *samadhi* intemporal, sino por mí, que me había quedado a partir de ese momento sin mirarme en sus preciosos y confortadores ojos ambarinos o sin poder disfrutar de su contagiosa risa ni fundirme con su cuerpo menudo.

Muchas horas pasamos Luisa, Jesús y yo junto a Babaji. Luisa le adoraba e incluso se quedaba sentada a su lado mientras Jesús y yo íbamos de aquí para allá por las vetustas callejuelas adyacentes a los *ghat*. Una luminosa mañana, después de que Jesús hubiera depositado un puñado de las cenizas de su amada mujer Esther en el centro del Ganges, le preguntó a Babaji si no quería venirse con nosotros un tiempo a España. Nos miró intensamente (¡qué ojos los suyos!), sonrió y exclamó: «¡Qué chiste!» ¡Cuántas veces ya me había dicho que la flor no necesita correr tras la abeja, pues la abeja acude a libar en la flor! La playa no necesita perseguir a la ola ni un maestro verdadero necesita de pupilos. Muchas veces me había dicho que los más grandes yoguis de la India no se dejan ver en público, cuánto menos formaban instituciones, y no se apoyaban jamás en toda una estudiada gestión de marketing para ir recorriendo el mundo entre bambalinas. Era en este sentido tan alérgico como Krishnamurti a las organizaciones e instituciones. Me recordaba, en algún punto, a Ramana Maharshi.

He visitado varias veces el *ashram* de Ramana Maharshi y he escrito varias obras sobre este extraordinario ser. Jung dijo sobre él que era el punto más blanco de una hoja en blanco; tal era su pureza. He meditado en las cuevas en las que él viviera en Arunachala y me he sentado al lado de su *Maha samadhi*. Su fama de santidad, por decirlo así para entendernos, se extendió por todo el mundo y no necesitó nunca moverse de donde estaba. Lo tuvo bien claro: La abeja debe acudir a la flor. No le tentaron lo más mínimo las giras mundiales, hacer acopio de millares de oyentes, fundar instituciones, verse rodeado de

discípulos incapaces de utilizar el discernimiento y descubrir que el maestro exterior no es un mástil al que aferrarse, sino una vía para llegar al maestro interior.

Cuando iba a morir, los discípulos le suplicaron que no se fuera. Él dijo: «*Pero ¿a dónde podría yo ir? Siempre estaré aquí.*».

La gracia está dentro de nosotros y no viene de afuera. Lo sabía Ramana Maharshi y así lo declaró; lo sabía Babaji Shivananda de Benarés y así lo evidenciaba. Ambos creían, por encima de todo, en el poder del silencio, en que no hay un lenguaje más elocuente. Ya sabemos aquello de que muchos se dicen los elegidos, pero muy pocos lo son. Para las personas puras, las palabras son innecesarias, porque saben comunicarse de corazón a corazón.

Como ahora tú y yo, que entiendes que nunca te has movido de ningún lugar, y ese trópico maravilloso en el que vives te lo demuestra.

#### *Veintisiete de mayo*

Hay días en que me levanto, querido Ramiro, sin emociones, como viven los muertos. Es sorprendente en mí, solo reconozco estos estados cuando vivía periodos deprimido, lo que me parece hace mil años. Es una especie de depresión sin depresión, me levanto no a escribir a tientas como es lo habitual, sino a observar, casi vacío, cómo despunta el día y cae a plomo el calor.

Si doy clase (llevo un tiempo sustituyendo a una profesora muy querida, Nadia, e impartiendo *hatha* a su grupo matutino de practicantes, mujeres muy esforzadas de edades y nacionalidades diversas) me animo momentáneamente al ver a esa gente que arrima tanto el hombro, que acercan tanto su alma, que sudan como si bailaran, que se deslizan como si volaran. Pero luego espero regresar a *Villa Ganesha* y me tumbo en la hamaca o aplasto con un atizador a esa infinita miriada de

moscas que entran desde la mañana en la casa cuando se ponen a mi alcance. Luego observo cómo algunas se reaniman y vuelven a volar. Otras, con las alas rotas, son rápidamente rodeadas por las hormigas al caer al suelo y se enganchan a sus patas impidiéndoles la huida: se mueven como la lenta marcha de un elefante que se desangrara y finalmente, cuando ceden, las hormigas las cubren por completo y las despiezan, girando a su alrededor como espirales de guadañas, o se las llevan enteras a su hormiguero formando un círculo a su alrededor. Por muchas que maten, nunca se acaban.

Sin embargo, si yo me muriera por un manotazo gigante, Víctor se acabaría definitivamente. En realidad esa hormiga despedazada también, no deja de ser única, a su manera irremplazable.

Si la *doncita* Jasmina pela mangos, el número de insectos se multiplica, o si abre una piña o destripa aguacates. La estación de lluvias se retrasa, no termina de llegar y la naturaleza, alterada, se embrutece.

Del estanque salvaje que he construido en la finca me invaden por la noche decenas de ranas que parecen pequeños astronautas y junto a mis perros, un teckel de color negro muy bravo y una cimarrona de color gris a quien llamo *Negro* y *Fantasma* respectivamente, nos pasamos un tiempo largo cazándolas y devolviéndolas al estanque, donde el agua se ha cubierto de una capa de algas verdes que impiden ver el fondo y su vida acuática, tortugas de la Florida y truchas *koi* que compro en los mercados. Según atardece, escorpiones negros, de un considerable tamaño, se pasean encima de mi biblioteca pero ni los perros ni yo nos acercamos a ellos. Por la mañana vuelven a su grieta, a los conductos de ventilación del aire acondicionado, bajo las piedras.

Rompo esa especie de desidia cuando acudo a mi *sadhana*. Resume lo que busco, lo que deseo, lo que amo. Aumento día a día su duración. Cuando estoy fatigado voy al estanque y charlo, brevemente, con don Roberto, que anda podando el

césped o plantando nuevos *palos* y le encanta echar de comer a los peces y, como yo, detenerse en silencio para ver el agua.

### *Veintiocho de mayo*

Si un día al despertar, de súbito, Víctor, te encontrases en un campo de concentración, toda tu motivación y esfuerzo estarían encaminados a poder fugarte. Cuando uno se da cuenta desde lo más profundo y no solo intelectualmente, de cómo es prisionero de su propio campo de concentración, trata de salir del mismo y empezar a deleitarse con el sabor de la libertad. Tu búsqueda nunca es fácil, ninguna lo es, y a muchos aterra, porque a veces es un camino de «*sangre psicológica*». En tu afán por encontrar un modo más elevado de comprensión y una manera más apropiada de ser y «*serse*» estás tanteando por uno y otro lado, probando cuantas enseñanzas y cuantos métodos has vivido pero también vives esos momentos de gran soledad y realizas esfuerzos que muchas veces no están bien dirigidos y resultan estériles. Todo ello forma también parte de la Búsqueda.

Sírvete de las enseñanzas de las mentes más realizadas a lo largo de la historia de la humanidad, aunque luego sigas tu propia senda. No es que te diga lo que hay que hacer, ya lo sabes, sino que las mentes realizadas a las que me refiero te van a aportar los medios para poder lograrlo; no es apuntar hacia dónde hay que dirigirse, sino que nos procuren los vehículos para poder hacer el desplazamiento y saber poner las condiciones para el trabajo interior que nos transforme de manera real y no se quede todo en una mera elucubración o buenas intenciones ineficaces. Aquí es donde juega un papel esencial la *sadhana* que ejercitas, aunque aún debes ser más diligente.

Cuéntame cómo va el asunto de *Maga* con la custodia de su hijo, cómo lo vives. Percibo que me ocultas algo, no me hablas ya casi de ella. Te quiere, Ramiro.

*Veintinueve de mayo*

Querido Ramiro: Es cierto, la verdad es que no te hablo de ella porque vivo como si no existiera. No encuentro otro remedio a su ausencia. Ella insiste en hablar de nuestra situación y yo me niego porque ya no encuentro un *nuestra* en la frase. Solo hablo de la situación, *su situación* y la mía. Quiero ahorrar palabras, porque, en realidad, todo está definido, no por nosotros sino por esas fuerzas superiores a nosotros. Todo está definido Ramiro, todo lo está. Sabemos que hasta los pétalos de las flores están seleccionados por una geometría sagrada. Hasta el número de moscas que entran en mi casa o incluso las que golpeo por *azar* con mi atizador. Palabras, siempre palabras. Las palabras entre *Maga* y yo siempre han creado muros densos, difíciles de arañar en la superficie. A veces, desesperado, rompo a llorar ante su desidia por lo que hago o ella lo hace cuando se aferra a la compasión universal para intentar cambiar el curso de los acontecimientos invariables. Termina diciéndome que si no estoy incondicionalmente a su lado, estoy en su contra.

Creo que estamos cansados de ser como somos ahora. Prefero recordar cómo fuimos.

Es posible que nos hayamos encontrado antes o después de lo que podía haber sido nuestro tiempo. Pero hemos encontrado nuestro lugar en el Cosmos, en esta telaraña que parece una broma de mal gusto del destino, dado que este no coincide en el mismo espacio.

Así que sí. Echo mucho de menos a la *Maga*. Pero no sé a qué *Maga*, si la que tuve o la que no tengo. O si me echo de menos a mí con ella.

Su risa, su sonido, su calor.

Mi alegría, mi deseo, mis ganas de tocarla.

Cuando lo éramos todo, el uno para el otro, y no había bajezas.

Antes, tenía muchas relaciones de dependencia: necesitaba estar lejos de la persona que compartía mi almohada para

saber que quería estar tan cerca de ella como para poder soñar sus sueños. Ahora, no sé, más fácilmente me miento, cuando estoy lejos me vuelvo más libre y vaporoso. Y cuando llega el final, pues todo es inestable, nos guste o no, los duelos son más cortos y lo que encontraba de físico y de espiritual en mi relación se vuelve un fantasma del que tengo la consciencia de su existencia, de sus pasos por mi cuerpo y mi alma, pero que se ha vuelto manso. Me da un poco de hambre, me da un poco de tristeza, un poco de pereza, un poco de todo. Me dolerá muchas veces más, claro, porque tengo mucho de su amor en mis brazos. Y yo a ella le doleré pero, poco a poco, sé que mi olor se difuminará de sus cabellos, de su escote, de sus sábanas.

Busca eso, ese alguien que le apoye de forma incondicional y que no soy yo, evidentemente. Mi único apoyo ciego lo encuentro solo en mis convicciones, las que nunca he traicionado. Suena duro, suena real, suena a madrastra. No estoy convencido de esta guerra, tengo mis dudas. Siempre hay dos versiones.

Saber esto convierte al dolor en un pequeño pellizco que se irá difuminando hasta ser una molestia y, quién sabe, quizá un día me pregunte qué fue de la *Maga* y si realmente me importó tanto, como ahora hago con quien fue mi primera novia, por la que me sentía morir cuando la dejaba con mi moto a las nueve en el portal de su casa y con quien hice planes de viajar, tener hijos, morir a su lado tras toda una vida de amor fiel y eterno. *Para siempre* nunca lo es y *nunca más* es una gran mentira.

Y para ella seré ese español loco que hizo sus maletas sin pensarlo, regaló su biblioteca repleta de las obras de Saragat, Márquez, Llosa y Hesse, e hizo trizas en un bidón de metal todas las fotos de su infancia para cruzar el mar con una marioneta de su infancia, «*El faquir*» y pantalones cortos.

Poco a poco, todo se diluye, como dijo Nexus 6, la réplica de humano que quería ser humano: *Todo se perderá, como lágrimas en la lluvia.*<sup>[3]</sup>

---

3 El villano de una película imprescindible, *Blade Runner* de Sir Ridley Scott

*Treinta de mayo*

Querido Víctor: En la relación erótico-amorosa, donde las dan las toman. Como nadie puede lanzar la primera piedra, jamás me he sentido agraviado por nada ni he dado gritos ni montado escenas ni nada similar. O aceptas o no aceptas, pero nada más. Incluso hay quien prefiere compartir a perder. Va en caracteres, pero en este tema el noventa por ciento somos corruptos o corruptibles.

Por eso, llevo tanto tiempo dando clases en mi centro de Goya, para mantenernos ecuánimes y firmes. Ya Buda lo advertía: *Ningún infierno como la pasión, ni veneno como el odio.*



## MASAYA

*Oh ingenua, dame un mordisco despiadado con tus dientes, átame con las lianas de tus abrazos. Aplástame con tu pecho, despierta mi gozo porque, sino, por la herida abierta por la flecha del amor, mi alma se escapa. Gita Govinda: Canto X. Cantinela 19.10*

### *Uno de junio*

Además de mi *sadhana* física, he conseguido practicar la ambicionada intensidad del silencio. Finalmente, paso gran parte del día escuchando como *Emilie*. Quisiera poder hablar sin mover los labios o poder vivir sumergido, sembrado en el lecho del estanque, dentro de una bodega aromada por el musgo, en la barriga de una ballena, en el reposo de los cerezos en primavera, sin nada que decir.

El silencio te permite escuchar la sangre circulando por las venas como una manada de búfalos salvajes, el interminable murmullo de la yerba, la vibración de las alas de los insectos.

Es una música divina, pálida y desbordante, la que se escucha cuando desnudas un hombro, te enjabonas o soplas un diente de león.

Es el sonido del origen, del final, del instante previo al primer vagido, el sonido del último suspiro. Entre ambos cortocircuitos, la vida, llena de luz.

### *Dos de junio*

Hay muchos tipos de *sadhana*. Si el hatha-yoga es el *sadhana* del trabajo consciente sobre el cuerpo, el radja-yoga es el trabajo consciente sobre la mente, que reorganiza la vida psíquica, y así con los diferentes yogas. Para muchos, el ayuno o la austeridad son su *sadhana*; para otros, las danzas sagradas o el *prânayama* muy intensificado; los hay que recurren a las técnicas de visualización o a la recitación de mantras o a la entrega incondicional al Absoluto o a preguntarse ardientemente ¿Quién soy yo? o a las peregrinaciones o las liturgias. Barcas para tratar de cruzar de la orilla de la mecanicidad a la de la consciencia, mente oscurecida a la mente clara. La observación, atenta e inafectada, es un gran *sadhana* y también poner los medios para captar el silencio interior, logrando ir más allá de los automatismos mentales y consiguiendo conectar con «aquello» anterior al pensamiento, es decir con la fuente de la mente, lo que permite otra percepción de ser y «serse» la aprehensión de una presencia que se nos escapa.

Ningún lenguaje tan poderoso, decía Ramana, como el del silencio interior. Desde el silencio interior, surge otro tipo de comunicación mucho más rica y se hace posible la comunión con nosotros y con los demás. En el silencio interior, que es máxima quietud, vienen a ayudarnos otro tipo de energías más sutiles o finas, que nos hacen sentir de una manera más plena. El pensamiento es tiempo, espacio, acumulaciones y todo lo que ello condiciona y roba la libertad interior. El no-pensamiento es silencio, paz, visión interiorizada, ego trascendido. En la tradición cristiana, la Nube del No Saber o el «*permanece quieto y sabe que yo soy Dios*»; en la tradición hindú, *unmani* o no-mente; en la tradición china, el *wu-nien* o no-pensamiento; en el budismo tibetano, la naturaleza *dogchen*; en el theravada, «aquello» de lo que ni se sale ni en lo que se entra, ni fuego ni tierra, ni aire, agua. Hay que escuchar desde el silencio y desde el silencio escucharse. En el silencio conecta-

mos con la plenitud, con la energía que nos anima, y logramos saltar de la mente pequeña a la mente grande. En el silencio hay ecuanimidad, belleza, beatitud.

*Tres de junio*

Más consciente que nunca, sé que lo que considero *yo* no es sino los residuos de gases estelares que forman también la corteza de los árboles, los termiteros, la hojarasca y la piel de los calamares. He tomado la decisión de ir a meditar que me confirme vestigios de *la Perla Azul* o, simplemente, no pueda más. Finalmente, no soy sino un cadáver que sueña que anda, que sueña que piensa, que sueña su soñar. Morir no significa nada. Renacer y cesar en el renacimiento lo es todo.

Muchos son los mimbres que trenzan los talegos de la mente, y, en su entrelazado microscópico, hay aún más laberintos. Pero no guarda nada, pues lo que creemos pensamientos no son sino espejismos. No puede existir una lámpara tan luminaria que permita encontrar rastros de la salida. Solo ese núcleo común que tanto traes a colación, Ramiro, el mismo que se encontraba en el corazón y en la palabra del Buda: La lámpara interior que ilumina cualquier rincón del laberinto dentro del laberinto. No hay ecuación, ni mando a distancia ni sistema de control sobre la mente que no sea esta lámpara.

Hoy he comenzado mi preparación psíquica para partir a las faldas del volcán Masaya con la firme decisión de romper esa cadena dependiente de las percepciones exteriores, utilizándome como un laboratorio de pruebas que busque la tecnología para alcanzar el *vacío* en el cual pueda experimentar, más allá de la teoría, que *tú* y *yo* no somos sino una ilusión de simetría, el baile de máscaras de *Shakti*. Muchos son el Uno, pero solo en el Uno hay esencia mientras que en los *muchos* solo hay apariencia.

### *Cuatro de junio*

¡Las aventuras y desventuras del buscador! Meterse una y otra vez en callejones sin salida, en atolladeros en los que hay que afinar al máximo la percepción *suprasensible* para poder salir de ellos. El cuento de la paloma que, en un templo de paredes espejadas, busca en los reflejos la rosa que el sacerdote ha colocado en el santuario. Y persiguiendo reflejos se estrella una y otra vez contra los muros, hasta que revienta su frágil cuerpo y entonces cae sobre la rosa verdadera. Persiguiendo reflejos perdemos la vida y no alcanzamos la rosa del conocimiento. La Perla Azul está escondida detrás del pensamiento y si el pensamiento no cesa, difícil será deleitarnos con su hermosura sin límites. La vida nos la pasamos jugando al escondite con nosotros mismos y con los demás.

¡Qué difícil es saltar fuera de la propia sombra! Qué difícil hacer el viaje desde el cerebro viejo, el del reptil, para acceder a un cerebro nuevo y por tanto sin códigos de supervivencia, territorialidad, apegos y odios, miedos sin número. Y todo ello se complica con el pensamiento en el cerebro humano. Somos adictos al pensamiento. Si no hay problemas, creamos problemas imaginarios y buscamos soluciones imaginarias. Vivimos en la ganga, en la bisutería, en el fango y no nos dejamos mirar en la Perla Azul, que destella como mil soles. El laberinto con su entramado defiende su centro. En el centro está la Perla Azul esperando ser rescatada. Pero una y otra vez nos extraviamos. El placer nos embota; el dolor nos abotarga. Hay que saltar más allá de lo que me gusta o me disgusta a través de ese néctar de ecuanimidad que los místicos llamaban «la santa indiferencia» porque no se hace diferencia, no se parcela la vida, y, al final, se vive para morir y renacer en esta propia vida. La muerte iniciática. Morir al ego para que relumbre el ser. Este, no me extraña que Jung lo dijera, es un camino que a muchos espanta. Hay que dejar de ser lo que uno cree ser para ser de verdad. ¿Te das cuenta, Víctor? Viviendo el holo-

grama como si fuera real, sin tratar de convertirnos en nosotros mismos, en los que nunca hemos dejado de ser. Toda una paradoja. A veces solo se puede resolver mediante la lucidez y el amor o mediante la entrega total al poder más alto, que no está fuera, que también está dentro.

### *Cinco de junio*

Despojado de todo lo que es importante para mí, sólo me queda despojarme de mi mente y de mi cuerpo para entrar en esa área en la cual todo es devenir, y la apariencia se convierte en consciencia y la consciencia se convierte en esencia.

He visto en la reserva de Chocoyo árboles que crecen en piedras y cuyas raíces, al buscar tierra firme, llegan a formar limpias criptas naturales donde hasta puede entrar un hombre de pie. El ambiente es fresco, el aire limpio. Y aunque me apetece meditar allí, trato de seguir las estrictas indicaciones del *Hatha Yoga Pradipika*. En la selva, el silencio señala un peligro de muerte, un cazador solitario rondando, un seísmo, un tsunami, manadas de depredadores... Mientras tanto, todo es silbo, todo es canto, rumor de hojas, de pasos de lagartijas nerviosas, de carreras inesperadas, de mandíbulas cerrándose en torno a una garganta cuyos huesos se astillan.

Sin embargo, alrededor del volcán no hay vida, ni siquiera insectos. Es un paraje de desolación sobrevolado solo por zopilotes que buscan restos de muerte entre la muerte. Silencio sobre silencio, formando un espeso muro aislante.

No sé si podré o si sabré llevar a cabo lo que pretendo. Desde Heráclito sabemos que el mundo es evolución y revolución, que el mundo es *Śhivá* pero lo agita *Shakti*, que no nos bañamos dos veces en el mismo río....

He fracasado muchas veces en la aplicación de la técnica, vencido por el desánimo, la pereza o incluso mi falta de fe.

Nada ahora implica que esto no sea un nuevo intento destinado al fracaso.

Pero me encuentro fuerte, me siento bien. Para comenzar, voy a seguir un ayuno de tres días: Hoy, jueves, mañana y pasado, desayunaré piña, almorzaré vegetales aliñados con lo que me queda de aceite de oliva que traje de España y, por la noche, cenaré pasas remojadas; el domingo solo fruta, y el lunes, martes y miércoles, trataré de mantenerme con agua, descanso y baños de sol; el próximo jueves, melón o piña y el viernes de la semana que viene volveré a cierta normalidad de verduras crudas, frutos secos y arroz integral. He leído en algunas páginas que encontré en Google que puede que sienta cierto frío, lo que me parecería aquí extraordinario.

Voy a desconectar el *wi-fi* y el teléfono, para ayunar también de *las ondas*. Después partiré al volcán.

### *Seis de junio*

El mejor ayuno es el de la mente. Y he hecho ayunos muy prolongados, hasta bajar de noventa y ocho kilos a sesenta y ocho. Pero no hay ayuno como el de la mente, que los pensamientos cesen para que se manifieste el brillo de la *Perla Azul*. La vida fenoménica es un despropósito, pero se puede vivir con consciencia o con consciencia de lechuga. Hay que saber actuar y parar, ser y no ser, pensar y dejar de pensar. Me gusta y ayuda, practicar la *detención consciente* para despojarme unos minutos de mi cuerpo (que me tiene secuestrado) y de mi mente (que aún me encarcela más) y conseguir así que afloren energías más finas o sutiles, más *suprasensibles*, que me permitan, al menos, un instante, recuperar otro sabor de la vida, un eco de infinitud.

La soledad del ser, la soledad cósmica, nos persigue a todos los buscadores. A veces, damos muchos traspiés, andamos a ciegas. Queremos combatir esa soledad absorbiéndonos en los

deleites de la vida, o en los ardientes brazos de una mujer, o sin dejar de viajar o escudriñar libros. Nada sirve que no sea conocer al conocedor, desenmascarnos con intrepidez y rendir el ego, saber que hay que desconfiar de los reflejos para posarse en la rosa del conocimiento. ¡La gran prueba del laberinto anímico! Pasadizos, vericuetos, umbríos rincones que ir explorando. Lo que está fuera está dentro; lo que está dentro está fuera.

Practico la meditación del silencio interior y no dejo de practicar la de la observación inafectada, en el intento por no dejarme atrapar, fascinar, hipnotizar por lo aparente, que se disfraza como deleitoso o como repugnante.

#### *Dieciocho de junio*

La dieta me resultó algo decepcionante, pues no cultivó mi espíritu como pretendía, dado que me resultó bastante fácil de llevar, y, quizá, solo fue la costumbre la que me hizo sentir que me faltaba algo durante los tres días que estuve exclusivamente a base de agua. Por lo demás, estaba alegre y optimista e incluso conseguí, mezclado con la *sadhana*, dejar definitivamente a un lado, mis tétricos pensamientos sobre el amor y su tiempo de duración.

He de confesarte que lo que más añoraba fue no tomarme al mediodía una cerveza que fabrican aquí y que se llama *Toña*, y que mezclo con hielo, sal, salsa *Perrins*, picante y limón, y a la que me acostumbré desde el primer día que llegué al país. Pero es relativamente fácil dejar lo exterior. Me refiero a que me olvidé de las drogas, el tabaco, el alcohol, el café y hasta me he hecho vegano varias veces con facilidad. Cuando he vuelto al café y a la dieta omnívora, con la misma facilidad retomo y abandono el hábito. Pero evitar que se activen los resortes interiores es más complicado, supongo que por cuanto tienen de innato, supongo que porque pasan por una estricta y continua observa-

ción. La ira, el sueño, la sensualidad... Es como el apetito por lo dulce: tira de las tripas. Así que lo que llevo peor, mucho peor, es este *brahmacharya* forzoso e hipócrita. Yo no estoy hecho para este tipo de contención. El olor a oveja negra, a flor amarilla, de estas mujeres nicaragüenses, me confunde y siento que entra en mí todo su mundo de vitalidad y alboroto como si fuera el oscuro guardarropa de su obscenidad. Me siento selva, hermano de los árboles y de las fieras. Lo sufro de forma dulce, de forma pura, de forma vírica, a veces. Respiro y me centro en sus oleadas, pero se me corta el aliento. Entonces, me viene la sensación de que revienta y mi mirada se vuelve empalagosa. Cuando me subo a un autobús trago saliva y la siento aguardiente.

Convierto esa energía reprimida, como hice anteriormente con mi rabia, en *Ojas Shakti*, como me enseñaron en el *ashram* de Bihar. Si mi *sadhana* tuviera cabellos serían manojos de serpientes. Las *asanas* se han vuelto grandes, estables y claras, y algunos límites de mis flexiones han sido ampliamente superados. Las torsiones son más espirales, las extensiones más frescas, como si mi corazón fuese una ventana abierta y mis hombros, alas enormes. Mantengo más tiempo el apoyo sobre mis brazos, apenas sin esfuerzo y con tiempos más breves de recuperación y siento algo que se derrama en mi carne cuando paso más tiempo inmóvil en una postura. El ceño se mantiene sin fruncirse y las mandíbulas se descuelgan solas, sin lucha. Percibo, como dicen los brasileños que *yo hago mi cintura*.

En cualquier caso, tras leer tu último mail partí para mecirme en el abismo de mi mente. El único modo en el que podemos entrar en contacto con el mundo más allá del mundo es sintonizando el cerebro para volverle más sensible a las vibraciones que no son perceptibles por los sentidos. Las vías somáticas solo pueden captar la realidad somática. Pero en esa región cerebroespinal deben de existir otras vías que intensifiquen la capacidad ordinaria de la multitud de nervios y transmitan la energía de la verdad.

Alrededor del Masaya, se abre en círculo un paraje yermo salpicado de grandes rocas de basalto, catapultadas por las

nubes ardientes de la caldera sobre vastas extensiones de espigas amarillas. No hay sombras, sino restos de vida de un bosque extenuado y marchito, producto de las continuas erupciones a lo largo de los siglos.

En un morral, cargué varios kilos entre fruta, pasas, avena, pastillas de sal y seis litros de agua azucarada. Un amigo del barrio, un *broder*<sup>[4]</sup>, que siempre quiere presentarme a sus primas o que participe en un extravagante campeonato de ping-pong en el que se juega después de una ronda de marihuana, quiso acompañarme hasta la cima cuando al encontrarle en la salida del pueblo, el kilómetro catorce, me preguntó dónde iba tan cargado, pero le dije que era un camino que tenía que andar yo solo, como Cristo con su madero. Eso aumentó más aún su curiosidad y me acompañó parte del camino, que quise hacer a pie, hablándome inevitablemente de las virtudes de sus primas y de muchas otras mujeres para el *muele*.

Además de las dos leguas y media hasta Masaya, la subida al cráter es de una legua más. Allí, en un mirador por encima del cráter, los españoles colocaron una cruz para conjurar al Diablo, pues creían que era una de las puertas del infierno. Cuando llegué, el sol caía con inclemencia. Ascendí. El sol me ardía en la cabeza y tras los párpados, y en poco tiempo me quité la camisa, convertida en un palio de sudor. Tardé mucho más de lo previsto en llegar a mi destino.

Unos días después, un guardabosques me encontró desfallecido, al borde de la deshidratación y con algunas quemaduras de primer grado, cerca de un refugio improvisado que construí con ramas, hojas de palma y espigas, parecido a un techado que don Roberto ha hecho sobre el estanque de *Villa Ganesha* para evitar que el sol alimentara a las algas que vuelven verdes e insoldables a las aguas.

Al parecer, le llamó la atención un grupo de zopilotes que giraban sobre mí, al confundirme con carroña o, tal vez, simplemente, esperaban que no volviera a recuperar la conciencia.

---

4 Malformación de *brother* (hermano en inglés) y que se emplea sin género, en referencia a camarada, colega

No tengo una idea clara de cuándo perdí el conocimiento, ni el tiempo que pasé ni vivo ni muerto, sino en un estado intermedio. Fue rápido, pues apenas estuve tres días allí arriba. Lo más probable es que sufriera un golpe de calor, saliera de mi *fresquera* y empezase a andar en dirección a la salida, impulsado por el cansancio o la misma *pájara*, desmayándome a los pocos metros. Quizá fue el terror al vacío, que me trizó como un vaso estampado contra el suelo, quizá lo que vi mientras meditaba y sentía infinito ese fragmento, ese pedazo de tiempo en el que entré en meditación y pude observar aquello... La inmensidad, esa respiración de asno bestial, el vacío absoluto, la gravedad cero en el interior de mis vísceras, ese océano principal sin arriba ni abajo y con su ombligo desgranándose en un loto que era el mundo sin tiempo y mi alma como si fuera hueca, un eco en un bote vacío de leche condensada.

Alrededor de mi cuerpo se encontraban los restos de cáscaras de aguacates y bananos, una papaya pequeña podrida, picoteada por los pájaros y las garrafas de agua vacías.

Me desperté *del todo* en una caseta, con algunos apósitos sobre la piel, que había quedado expuesta al sol. Me preguntaron varias veces por mi nombre o si sabía qué día era, qué hacía allí, si conocía las consecuencias de mi imprudencia. El nombre lo dije pero no el día, aunque traté de explicarles que era habitual en mí no saber en qué día vivía. Un *cruzrojista* me echaba agua con una *spontex* desde un cubo de hojalata y un policía tomaba algunas notas. Después me dieron *Gatorade* y el *cruzrojista* me dijo que comiera un plátano. Mi pulso, rápido y débil por la hipovolemia, se normalizó con cierta rapidez.

Cuando llegué a casa, después de convencerles de que me sentía perfectamente bien, me encontré con don Roberto, recogiendo aguacates de los palos.

—¿Encontró lo que buscaba? —me preguntó.

Le miré. Luego, más allá de él, hacia el cañaveral. Vi que los campesinos habían podado la mitad del campo y ahora se veían con claridad dos ceibas. Una de ellas, estaba seca. Dos años atrás, la había herido un rayo durante una tormenta eléc-

trica y la había desecado irremediablemente según me habían contado los vecinos, pero las cañas impedían ver su tronco. La del fondo tiene su copa extraordinaria, largamente verde y espesa, como son las cejas de la selva sobre los ojos de los manglares. Parece una bóveda de un cielo de clorofila.

—No —respondí.

### *Diecinueve de junio*

A mí el ayuno me procura lucidez mental, ligereza, flexibilidad anímica. Tanto el ayuno físico como el mental; tanto prescindir del alimento físico como del de los alborotados pensamientos. Nada, Víctor, roba tanta energía como la obsesión. Hasta del apego por el Nirvana hay que liberarse. La obsesión es un pensamiento acosador e indómito que nos merma todo el *prâna*. ¡Cuánto se ríe desde sus aposentos *la Perla Azul* de nuestras obsesiones! Kṛṣṇá estaba obsesionado por las *gopis*. Te he conocido también muchas *gopis*, la mayoría con esa presencia *deshakti* cautivadora, pero has de aprender el enfoque de Kṛṣṇá: El enfoque lúdico que lo tonificaba, y si uno no lo hace con ese enfoque y uno se atormenta, se debilita, se extenua, se vacía como una rueda pinchada. Pero tú, tú prefieres que te duela a que te deje indiferente, prefieres experimentarlo todo a que te lo cuenten. Esa es tu naturaleza, tus *ruedas de molino*. No pasas por la pasión, te sumerges aunque te ahogue. Has encontrado paz en el yoga, pero no sensatez, amigo mío. Conoces las herramientas, las transmites a otros, pero no te las quedas porque tu naturaleza es la del buscador incansable, el experimentador nato.

La obsesión estrecha, esclerotiza, aliena. Harías bien en mirar la naturaleza y no dejarte atrapar por las trampas de *Mâyâ*. El enamoramiento es el mayor *Mâyâ*. ¿Y sabes por qué el sexo crea tanto apego? Porque intervienen los cinco órganos sensoriales y también el sexto: la mente. Todo implicado. Más

y más apego. No es amor, es deleite sensorial, que embriaga, que narcotiza, que durante unos minutos u horas te ayuda a sobrellevar la ineluctable pesadez de vivir, pero ese no es un camino salvífico, porque luego sobreviene lo pesante. La *brahmacharya* es un extremo; el compulsivo coleccionismo de contactos sexuales es otro. Antes, me quedaría con la *brahmacharya* que «escupir esperma».

El camino del medio, de nuevo se impone. Hacer el amor con consciencia y autoconsciencia y utilizando el ojo de la sabiduría. Dos cuerpos, dos egos fornicando, raramente las almas, las *Perlas Azules*. Pero puede haber un *almor* (amor del alma) que ilumine, no obsesione y haga libre.

Es difícil, pero lo hay. Hablarte así a ti es como predicar a un converso.

#### *Veinte de junio*

Me cuesta volver a sentarme frente al ordenador. Pero abro mecánicamente mi *Facebook*, mi *Hotmail*. *Maga* me escribió desesperada, diciendo que no encontraba una forma de escapar, que no soportaba tanta pesadez en su corazón. No le conté nada de lo sucedido. Solo la escuché.

Afortunadamente ella es, de las dos ceibas del cañaveral, la que sostiene su copa inquebrantable, la más terrestre, la ceiba que da gritos, la hambrienta vegetalmente. Espero que gane ese juicio y que los dioses sean azules y tengan cabeza de elefante y que la bendigan. Espero que pueda reconciliarse con el padre de su hijo y que realmente exista un *compartir* más allá de lo que dictaminen las leyes de los hombres.

Tienes razón en todo, Ramiro. Quisiera muchas veces ser más ecuánime o incluso tan radical que algunas cosas me dieran igual. Pero vivo en el fuego. A veces había discutido con *Maga* a propósito para que me olvidara, para alejarla de mí porque sentía que nada me aportaba, ni tampoco yo a ella.

Los hombres, en general, somos así, nos cuesta cortar en seco. Somos guerreros de gelatina en los sentimientos. Nos acobarda la idea de la mujer a la que le encanta persistir en la tragedia, en el abandono. La que chantajea sin querer chantajear, sin verlo como tal. La idea de Dido chillando abandonada, como Madame Butterfly.

Desde siempre, la idea de no saber si mis palabras siguen encantando, de ser un océano seco, una sombra de quien fui en una vida, de que lo que fue sudor no volviera a abrir los poros, me ha parecido siempre patético, luctuoso, ajeno a mí. Pero lo mejor de jugar con fuego es que aprendes a no quemarte.

Separarnos gracias a su partida a Europa fue un alivio para ambos. Nos soportábamos en apariencia, nos aburríamos mortalmente, nada nos emocionaba. Nos ahorró el cara a cara terrible de decirse *ya no te quiero*.

Sí, es cierto, soy el que soy. Inevitablemente.

Ahora mismo y, en estos instantes en que te escribo, Ramiro, se celebra el *arati* en cada templo y el *ashram* de India. A su luz, la de los flashes de los turistas; a su canto, el de los estudiantes occidentales de yoga. Siguen naciendo niños que se convierten en ratas en Kalkoota, la fábrica de incineración de Manikarnika aún continua roja y amarilla, proyectando nuevas sombras.

India se refrena. Aquí todo empieza e estar en movimiento. Veo desde el portón de *Villa Ganesha* a un *maje* borracho en mitad del adoquinado, a una madre que lleva una hilera de niños uniformados, peinados y aseados al colegio. Las niñas llevan largas coletas. Parece una madre pato. Se ve al fondo una carreta con bueyes blancos, y el sol, ese órgano de fuego, cae sobre las pieles de hombres y mujeres de bronce, sobre las erectas, duras, montañas. Las chozas, los haraganes, toda esta tierra cubierta de yerba. Vivo entre pobres, con los de abajo, los que nunca tienen oportunidad de nada, los que huelen a *guaro* o a pan duro, a gallo pinto, los que seguirán siendo pobres, alegres y desesperanzados. Para ellos, siempre quedará, ya sea en los alrededores de las estaciones de tren de Benarés o en los

arrabales de Managua, en cualquier lugar del mundo, donde sigamos siendo desiguales, un mundo pendiente. Aunque sea ilusorio.

Los he visto en los destinos a los he viajado, hacinados en casas construidas a retales que son en todas partes iguales; donde acaba la piedra, empieza la madera; donde termina la madera empieza el zinc; donde no hay ya material, el plástico. Con suerte, la mitad de las paredes estarán cubiertas con concreto o incluso pintadas. Lamina sobre lámina, material sobre material, como mi vida, piel sobre piel, de esos fantasmas mansos, las pieles ajenas que hice íntimas y mías, las pieles de quienes me han apretado, hundido, desvanecido en mis debilidades o amarrado a los rincones de una fuerza insospechada. Capas de cebolla reventadas contra las aceras de los mercados.

El tercer mundo es igual en todas partes. Nosotros mismos, sin la deflagración de *la Perla Azul* somos un tercer mundo, una psique anémica, un cuerpo ilusorio, un alma a la que se le asoman las costillas.

En estos instantes, entre el *arati* y el despertar nicaragüense, miles de personas están naciendo en jaimas, hospitales, chozas, favelas, caravanas, adosados de clase media, rascacielos de Hong Kong, mansiones de Beverly Hills, pero siempre sangran en rojo y revolotean como polillas alrededor del sol.

Antes adoraba la noche, su brujería, sus habitantes, lobos y bandidos. Nunca buscaba la mañana porque despertaba con dolor de cabeza, la boca apestando a tabaco y una terrible resaca. A veces, despertaba al lado de una mujer de la cual no recordaba su nombre o cómo había llegado hasta mi cama. Ahora quisiera poder vivir sin dormir, pues, si bien sigo sintiéndome ese animal noctívago busco también continuamente al sol, el que devuelve el color a las carnes de los enflaquecidos por penas y disgustos; a los ciegos, la luz; que inyecta en la sangre alegría después de las tormentas y abarca a todos los cuerpos con sus lenguas. El sol, que vuelve tibios los lomos de las mascotas en el jardín, lo mismo que al agua de una jarra olvidada en el exterior y, enemigo de la nieve, la convierte en

el agua que luego corre por los ríos. El sol tiene el color de los ojos de los cocodrilos en todas las partes del mundo.

Donde no llega, hay humedad, frío, aguas estancadas, recintos pétreos, malos olores, muerte. Los hombres sentimos escalofríos y nuestros ojos, aun sin ser ciegos, nada pueden distinguir. Hay cielos como párpados.

Ahora quiero recordar cada nombre, cada paso. Saberlo todo. Amar toda una vida con mi vida, un año con mi vida, una noche, un instante, con una noche de mi vida, con un instante de lo más profundo.

Todo, pues, se repite y repite, unifica y no separa sino es en los recintos de la mente, y por lo siglos de los siglos así ha sido.

En todo momento, y, de un modo u otro desde que entré en esta ruta que es el yoga, he buscado a *la Perla Azul* y en todos he fracasado. He buscado su color, su forma, su designio, he sido esclavo de su cadena corta y masculina, de su propósito, de su exactitud hasta volverse casi mi enemiga. Sobre las pieles de la experiencia y de las compañías, el duro pellejo del fracaso, de los talones a mi cabeza, su turgencia, su insistencia. El universo, elíptico, repite sus movimientos. Las células, un diseño genético. El ser humano, su historia. Así pues, no será la primera vez pero sí la última: he buscado hundirme en la flor de la meditación como una abeja sin entender que no hay abeja ni hay flor porque la muerte nos talla todas las mañanas y la abeja que vuela hoy no es la misma de mañana por lo que jamás puede encontrar la flor.

Si un día hallo *la Perla Azul* no seré yo quien lo cuente pues no seré yo quien la halle.

En esta mañana de trópico me siento hambriento, curioso y feliz como un recién nacido, limpio de todo mal.

*Veintiuno de junio*

Existen los joyeros espirituales y los bisutereros espirituales. Y es que, querido Víctor, y tú lo sabes, la India atrae de todo y en el mundo fenoménico del espíritu se encuentra lo mejor y lo peor. El que es un poco espiritual se torna más espiritual; el que es un mentecato, se vuelve más mentecato. Adoro la India, pero eso no quiere decir que no sepa ver su lado más oscuro y que no sepa ver a los enajenados y necios que la visitan. No creo en los «valores» de esta sociedad, como no lo hacía Hesse. Almas anémicas, sí, mentes escleróticas, sentimientos falaces, ideales paranoides. Y, todo ello, avanza como una colosal e imparable mancha de aceite por todo Oriente, y llama la atención aún más que lo haga por toda la India. Tendríamos que ser siempre como recién nacidos, renovando la mente a cada instante, muriendo a cada momento para renacer. ¡Vaya panorama el del homo-animal! Miles de millones de homo-animales convirtiendo el planeta en un infierno, en un manicomio, en un gran caos. Pero por eso cada día hay también más buscadores de *la Perla Azul*, aunque sea por la desesperación, por la hambruna de un mundo mejor, por la necesidad de hallar una respuesta supra-intelectual a todo este desatino.

Tú has vivido esa desesperación que te ha estado desgarrando las entrañas. Pero también te has dado cuenta de que era la hora de salir de ella. Has de volver al alambre, amigo mío.

## EPÍLOGO

Volví a encontrarme con *Maga* el día veintiséis de junio, en Costa Rica. Yo llevaba dos días recorriendo Nosara, sus selvas y sus playas en un cuadriciclo Yamaha que alquilé a un surfero australiano.

Costa Rica no me gustó mucho. Parece un estado más de la Unión, todo destinado al turismo americano y con tal oferta que los *resorts* y escuelas de yoga se amontonan uno detrás de otro hasta la saturación. Todos los negocios están vinculados a explotar esta imagen de *paraíso de retiro* y sus dueños no salen de su gueto de lujo, tratando al *tico* o con condescendencia o con desdén. Los carteles de las inmobiliarias cuelgan de las palmeras, en los anuncios con fotografías de familias *cheles* que hay al borde de las carreteras, gigantescas tarántulas capturan a los pájaros distraídos. En mitad de tanta exuberancia, el despiadado negocio, sin escrúpulos ni buen gusto. Pero, al igual que Nicaragua, abundan los caminantes, las mujeres orondas y sonrientes en motocicletas, familias enteras en una bicicleta empujada por el padre. Qué gente tan hermosa, cómo me gustan.

Ojala Nicaragua conserve su *duende* y pueda desarrollarse sin perder su identidad de Macondo, su salvaje tibieza de ron, su piratería. Esa es la labor que familias, como la dinastía de los franceses Poncon y su proyecto de crecimiento sostenido en Morgan's Rock, tienen por delante. Llegaron como cooperantes en plena guerra civil. Hoy son ocho más entre hijos, esposas y nietos, los ocho primeros de un futuro de conciencia en el cual es posible compaginar el desarrollo económico manteniendo

intacto el medio que lo sustenta. Ese es el eslabón del futuro de este país, de todos los países del mundo en realidad.

No puedo decir que fuera una despedida del todo hermosa la de *Maga* y yo. Ella había interrumpido finalmente toda comunicación conmigo y yo, bueno, yo traté de olvidarla a mí modo, es decir, con otras mujeres.

Cuando *Maga* y yo nos vimos hubo reproches aunque hicimos esfuerzos por mantener la dulzura que siempre hubo entre nosotros. Pero a cada rato discutíamos y a cada rato disimulábamos nuestro malestar. Es muy difícil la diplomacia entre seres tan cercanos a los animales. El daño era profundo y el desprecio que ella sentía por mí obvio; del otro lado, el cansancio que a mí me embargaba por su aptitud de desgana se imponía. Nos abandonamos al abandono, al desamor y lo bueno se terminó escurriendo de nuestras manos hasta ser un eco más distorsionado aún de lo que fue. Una discusión por una cantidad de dinero miserable terminó de joderlo todo. Además, me encontré con la noticia de que debía de abandonar *Villa Ganesh*.

Así que me encontré sin casa, sin mis perros, sin mi estanque con peces de colores y ranas, sin la que debía ser mi pareja yóguica, cósmica y carnal, y con unos ahorros raquíticos. Como Hernán Cortés, había quemado todos mis barcos pero sin prender la cerilla ni verter la gasolina.

Mis amigos de España me llamaron para que regresara de nuevo a la suave costa andaluza, donde finalmente tenía todo lo que había trabajado durante nueve años. Dadas las circunstancias, quizá era mejor ser un retornado que alguien desentrañado, un inmigrante espiritual. Dudé. Me asaltó la nostalgia y también el miedo. Este era terrible, como los puñetazos desesperados de Pedro Picapiedra al quedarse fuera de su cabaña troglodita. Quizá era verdad que a Nicaragua solo llegaban los náufragos, los idealistas y los surfers, no los profesores de yoga. Pero España ya no era una opción. Fuera del trópico nicaragüense solo me quedaría un lugar en el mundo donde recabar: la India.

Ese mismo día, me dieron la noticia de que la Universidad

Centro Americana había aceptado un proyecto, promocionado a través de su secretaria general, Vera Amanda Solís, para ir incorporando el yoga de forma pedagógica hasta convertirlo en una asignatura alternativa con carácter permanente, lo que sería todo un hito para el conjunto del continente. Quedaba mucho trabajo, no había garantías al ciento por ciento, pero era el primer paso de algo grande, quizá en el lugar más insospechado del planeta. Mientras que otras sociedades con más medios, universidades con más recursos y más biografía ni se lo planteaban o se entretenían en darle un cuerpo cualificado que correspondiese a intereses particulares, aquí se había visto con asombrosa claridad cómo el yoga constituía una tecnología para la sociedad del futuro.

Era el mejor homenaje que podía hacerte, Ramiro, seguir las huellas que ya marcaras en la Universidad Autónoma de Madrid, impartiendo durante años clases de yoga junto a tu pupila Nieves Corrales. Fue una experiencia histórica. Gratiano Nieto, por entonces rector, te dio el título de profesor para poder impartir las clases en la Universidad. Habías demostrado que el yoga tenía que llevarse a todas las instituciones, a los colegios, a las facultades, a las cárceles, a los ministerios... Esa noticia hacia realidad un sueño que no había soñado.

Todo tenía sentido. La *Maga*, nuestra ruptura, mi viaje a Nicaragua, mis días de soledad. El *Dharma* es perfecto, es un estrategia irreductible. Sé que ya nunca saldré de esta tierra.

La última semana, *Maga* y yo intentamos, una vez más, ser quienes fuimos, los amantes que nos embriagábamos en las tabernas españolas de Frankfurt, comíamos en los tailandeses, íbamos a las iglesias anabaptistas a escuchar cantatas barrocas o paseábamos por los puestos callejeros de verdura orgánica. Volví a dormirme en su panza, a sostener su mano. Fue bonito. El último día que la vi compartimos una *sadhana* hermosa por la mañana. Horas más tarde nos despediríamos con un abrazo en silencio. Luego le di la espalda y me marché sin mirar atrás.

Ahora nos separan de nuevo miles de kilómetros y horas de vuelo, y ese silencio interminable sobre las olas que hace más

de quinientos años vivieron los primeros españoles que pusieron sus botas en una tierra que asolaron buscando la riqueza, huyendo a la par de sus tierras arrasadas por la pobreza. Llegar a la devastación huyendo de la devastación. Ellos vivieron su propia comedia dentro de esta tragedia: morir en una tierra que confundieron con China, pero a la que también aprendieron a amar y a criar en ella a una nueva raza de hombres y mujeres ni de un lado ni del otro, hijos de la luz y de las sombras, niños bastardos de violaciones, incestos, matrimonios forzados, uniones por conveniencia o por amor. Sus huesos están enterrados debajo de los huesos de otros miles y miles de emigrantes, aventureros o exiliados que llegaron a sus puertos ocultándose de la justicia o buscando una nueva patria, una nueva razón, una nueva ideología, un sitio en el que morir y un por qué morir. No creo que tengamos que seguir flagelándonos por Colón. Compartimos los latinos de España y de América los mismos genes, los mismos abuelos, aunque no nos gusten. No fueron perfectos, es más, fueron de lo peor, ignorantes y despiadados. Su hambre y desesperación crearon esta conjunción de países bastardos, de sangres sin linaje, hermosamente impura, con un suelo esmeralda bajo un cielo inconcebible. Me gustaría que las flores funerarias que esparcieran en mi alcoba fueran de aquí aunque me quemaran en Benarés.

Hoy sé que quien me entregue a las manos negras de los parias será una hija del sol de dientes muy blancos, de cabello fuliginoso, con alma de canela en rama. Se pierde una mirada para encontrar otra en la que se pueda percibir la sombra de los ojos de *Shakti*, la fulgurante, la Madre Cósmica.

Miro por la ventana. Cierro los párpados y te veo, Ramiro, sobreviviendo a la muerte en esa habitación de la UCI del hospital de la Paz. La muerte nunca debería llegar en un sitio tan triste, tan aséptico, con ese olor a cloro y medicamento. Pero llega, siempre llega, en cualquier lugar, y muchas de esas habitaciones son sus antecámaras. Veo a nuestro común amigo Antonio, un gran hombre. Veo a *Maga* hace un año, cuando nos conocimos: alta, flaca y *temblorosa como una luna en el agua*.

Pienso en ti, Ramiro, mi amigo y confidente, el que nunca me juzga, en la muerte que no te llegó, en mis queridos hermanos en la senda del yoga, en cada uno de mis alumnos, cada uno de mis maestros, en todos a la vez dentro de un calidoscopio, en la vida sobre el alambre, y en ese desordenado pase de diapositivas de la memoria me veo en Benarés de nuevo, interminablemente, como si nunca hubiera salido de allí, como si siguiera allí con los ojos entrecerrados por el calor de las piras funerarias, ya el humo ascendiendo, ya el alma buscando un nuevo cuerpo donde acceder para refinar su karma y siendo despedida por la oración más vieja del mundo:

*«Como el hombre deja los vestidos viejos para tomar otros nuevos, así el espíritu abandona los cuerpos viejos y se interna en los nuevos. Ni le hieren las armas, ni le quema el fuego, ni le mojan las aguas, ni le marchitan los vientos».*



## AGRADECIMIENTOS

Toda mi gratitud para mis buenos amigos y leales alumnos: Antonio García Martínez, Paulino Monje, Arturo Mesón, Quique Fidalgo, José Ignacio Vidal Morán, Joaquín Maestro, Javier Suárez Illana y César Vega.

Siempre estoy especialmente agradecido a mi fraterno amigo el gran periodista y escritor Jesús Fonseca, por su apoyo incondicional y su inquebrantable cariño. Mi sentido reconocimiento para mi buena y encantadora amiga Liliana Riesco, que con tanta minuciosidad y cariño coordina mi Facebook.

RAMIRO CALLE

Quisiera dar desde estas páginas mi gratitud a todos aquellos que me ayudaron a dejar de forma gentil mi tierra de siempre, la que me vio crecer y despedirme llegado el momento. En especial a Belinda Christensen, Julia Castellanos, Gloria Albina, Aurelio Álvarez... A Rosy, Silvia, Sonja y a Marcos. A Alfonso y Carmen. A Eugenio, Leti y el pequeño gran hombre, Ganesh.

A mis camaradas Joan y Jaime, en Mallorca. A Victoria y a José en Madrid y en mi corazón. Les echo todos los días de menos. No saben cuánto.

También quisiera dar las gracias a quienes me acogieron en lo que hoy es mi nueva tierra: Las hermanas Elizondo, Ruth y Desiree. A la familia Poncon, a Jesús de Santiago Blanco, el gran promotor de la cultura, el arte y el yoga a través del Centro Cultural Pablo Antonio Cuadra. Y a su *staff*, imprescindible, simplemente. A María Xavier Gutiérrez, buena del corazón a la cabeza. A Mónica Wheelock, médica del alma. A la visionaria y comprometida Vera Amanda Solís, secretaria general de la UCA, por su ayuda incondicional, su compromiso, por el futuro que ofrece. A Gabriela y a Jaime, su ángel desplumado, de *Equilibrio Yoga* por su gran labor humana y amistad. A Danilo y Linda, quienes considero ya de mi familia. A Nadia, David y Narita, de *Alma Yoga*. A Ezequiel Masis, un hombre despierto.

Y a Alejandra, por su enseñanza oculta, su incondicional amor.

VÍCTOR M. FLORES









